

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Facultad de Filosofia y Letras

TEORIA SOCIAL DEL TRABAJO EN LA EDAD MEDIA

T E S I S

Que para optar por el título de

LICENCIADO EN HISTORIA

p r e s e n t a

LORENZO MARIO LUNA DIAZ

México, D. F.

1974



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

P R O L O G O

Durante mucho tiempo, la Edad Media fué considerada como la "edad de las tinieblas", como un período negativo de la historia de Europa. Aún hoy, no acaba de liquidarse esta concepción en nuestro medio. La historiografía medievalista actual ve en la era feudal la forma que configuró a nuestra civilización occidental, y le concede a su estudio, como es natural, una gran importancia. En el ambiente historiográfico mexicano, tal relieve de los estudios medievalistas no ha sido todavía reconocido plenamente. De esta manera, una primera motivación para realizar este trabajo fué, contribuir a despertar el interés por esta región del estudio de la historia.

Es conveniente señalar, asimismo, el por qué del objeto que hemos escogido investigar, ésto es, lo que los hombres del Medievo pensaban del trabajo. Las condiciones de nuestra época piden al estudioso de la historia y de las sociedades que se ocupe de las realidades económicas, cuyo centro lo constituye justamente el trabajo humano. Sin embargo, sería un error analizar tan sólo el desarrollo de las técnicas y procedimientos de esa actividad y su interrelación con el resto de la organización económica; es también indispensable desentrañar la evolución de las ideas que los hombres han tenido sobre esta operación fundamental que es el trabajo, pues en ellas encontramos el antecedente de nuestras propias concepciones sobre el papel que juega en nuestra sociedad la labor de los hombres. Pero la exposición de la Teoría Social del Trabajo en la Edad Media, no tendría

todo su valor si no se hiciera el intento de relacionarla con las formas concretas de trabajo que prevalecían en la época; es éste, pues, un ensayo para encontrar los hilos que unen el desenvolvimiento de las técnicas, procedimientos y en general de las condiciones del trabajo real, y su contrapartida en el campo de las ideas; para tentativamente descubrir como se influyen mutuamente. Un ensayo, nada más.

Por otra parte, resulta indispensable aclarar los límites temporales y espaciales dentro de los cuales se mueve nuestro estudio. En cuanto a los primeros, el período de estudio abarca desde los orígenes de la institución feudal - sin olvidar ciertos antecedentes necesarios en el Bajo Imperio Romano - hasta los tiempos en que se inicia el resquebrajamiento de tal institución. Y nos hemos restringido, en cuanto a los límites espaciales, casi exclusivamente a la zona que algunos historiadores llaman de feudalidad clásica - aún cuando lo adecuado de la expresión sea discutible - es decir, aquellas regiones en donde la institución feudal presentó características más homogéneas, aunque de ninguna manera se excluyen una gran diversidad de situaciones. Nos referimos a Francia, sobre todo en sus partes centro-orientales; la Alemania que riega el Rin, Italia del Norte e Inglaterra. No sólo su menor variedad de formas nos llevó a acotar este campo. También estuvo condicionado por una mayor cantidad de fuentes pues, en efecto, las carencias en nuestro país en cuanto a documentación y a suficientes trabajos de investigación sobre el tema, presentaron obstáculos sólo salvados a medias.

Por último, unas líneas de agradecimiento al Maestro Eduardo Blanquel, de quien hemos recibido una ayuda que va mucho más allá del auxilio que nos prestó en la elaboración del presente trabajo. Y es justo asimismo, dejar constancia de que esta tesis se llevó a cabo bajo el patrocinio del Programa de Formación de Profesores de la Facultad de Filosofía y Letras.

CAPITULO I

UNA SOCIEDAD RURAL

La Edad Media es una época en la que predomina la agricultura. Hablar del trabajo en la Edad Media, es hablar sobre todo del trabajo campesino. Pero no sería posible entender la actividad productiva de los hombres sin estudiar el marco social en que se localiza. Para nuestro caso, tal marco es la propiedad señorial.

Orígenes de la Sociedad Rural

El Bajo Imperio Romano heredaría al Medievo una estructura esencialmente campesina. Durante mucho tiempo se ha discutido el momento en que se puede dejar de hablar de Antigüedad y dónde comienza la Edad Media. Aquí no intento resolver el problema en ninguna de las direcciones que los estudiosos han apuntado. Mi objetivo es describir las transformaciones operadas en el Bajo Imperio, en cuanto a la población rural se refiere; el efecto que en ellas tuvieron las invasiones bárbaras y las soluciones encontradas, con la feudalidad, a los problemas que habían aquejado a la sociedad romana al quebrarse su organización tradicional.

El Imperio Romano era una civilización urbana, sin embargo, como consecuencia de la gran crisis del siglo III d.C., las ciudades, en Occidente, pierden importancia. Es ahora el campo donde se llevará a cabo el movimiento económico, y es en el campo donde se refugiarán las otras actividades sociales.

Uno de los resultados de la crisis del Imperio será la formación de una nueva clase terrateniente y latifundista, que habrá de consolidarse firmemente en el siglo IV, y que van a integrar una nueva casta senatorial ante la cual los mismos emperadores, a menudo, se encontrarán desarmados. A su prepotencia económica agregan numerosos privilegios que harán inexpugnable su situación. Sus villae cubrían inmensas extensiones de

tierra; la mitad de la provincia del Africa, según Plinio, estaba repartida entre seis dueños (1). Es en sus dominios donde aparece la división entre las tierras trabajadas por los esclavos del propietario y aquellas que fueron cedidas a la labor de los locatarios; esta distinción habrá de generalizarse en la Edad Media.

Ante la dificultad de encontrar mano de obra, pues para esta época los esclavos escaseaban y eran costosos, los emperadores primero, y los grandes propietarios después, se vieron obligados a entregar, en forma permanente, parte de sus tierras a terrazgueros: Así surge el colonato. "El colono era un hombre libre, pero arrendatario perpetuo, vitalicio" (2). El colonato, que en un principio era un contrato personal entre el colono y el propietario, se transformó más tarde en materia del derecho público, cuando la legislación imperial ató al colono, de forma obligatoria, a la tierra.

La finalidad perseguida por esa legislación era doble: Por una parte, la motivaban las necesidades fiscales de los emperadores, ya que este sistema facilitaba que el Estado percibiera las iugatio-capitatio (impuesto por la tierra y por persona). Pero por otra parte, la decreciente producción y la carencia de mano de obra exigieron que se tomaran tales medidas para sujetar al trabajador a la tierra. La estrechez económica del Estado coincidía con el aumento de sus gastos. El peligro exterior reclamó el acrecentamiento del ejército (cerca de cuatrocientos mil soldados en tiempos de Diocleciano); asimismo existía cerca de medio millón de beneficiarios de las distribuciones de víveres que el Estado debía hacer.

A lo anterior se agrega la crecida población urbana a la que el campo tenía que alimentar. El intercambio comercial de todas las provincias imperiales había permitido la especialización de la producción, algunas regiones se dedicaban a producir objetos de artesanía o a cultivos especialmente rentables (3).

El decaimiento del comercio aunado al de la producción, llevó a los habitantes de las ciudades a trasladarse a los lugares donde ésta se realizaba (4). Esta situación fué una de las causas principales del despoblamiento de las ciudades, pero no la única: Las cargas fiscales que el Estado hizo pesar sobre ellas, para sostener el ejército y contener la presión externa y las alteraciones internas; y la rigidez con que se trató de ligar al trabajador a su oficio, arrastró a muchos al campo, donde recibían la protección de los 'potentes', a cambio de la cual labraban sus tierras. Las medidas que los emperadores dictaron para impedir esas evasiones fueron estériles.

Al ritmo que las ciudades reducían sus perímetros, su movimiento económico y su población, el campo iba cobrando importancia y se reforzaban la gran propiedad y la posición de los latifundistas.

Acicateados también por las imposiciones fiscales del Imperio, los pequeños campesinos libres se pusieron bajo la protección de los poderosos. No pudiendo cultivar sus tierras, recurrieron a los precaria, contratos por los cuales cedían su propiedad a algún latifundista, a cambio de ello, recibían protección y el usufructo de esa tierra por un período de tiempo que tendió a hacerse vitalicio; el campesino se sometía además a trabajos en favor del latifundista y a entregos en especie (5). Salviano describe tal contrato de la siguiente manera: "La especie de contrato de compra que conciertan es algo nuevo. El vendedor no entrega nada y lo recibe todo; el comprador no recibe nada y lo pierde todo. Esta clase de convenio es algo desconocido, pues los recursos de los vendedores aumentan, pero a los compradores no les queda sino la mendicidad". Y en otra parte escribe: "Pero hay algo más grave e irritante. Cuando las gentes de que hablamos han perdido sus casas y sus tierras a causa de un latrocinio o cuando fueron expulsados de ellas por los recaudadores, se refugian en tierras que pertenecen a

los poderosos y se convierten en colonos de los ricos. Igual que aquella mujer omnipotente y a la vez malhechora que tenía fama de transformar a los hombres en bestias, todos los que se establecen en los dominios de los ricos experimentan una metamorfosis como si hubieran bebido en la copa de Circe, pues los ricos consideran como de su propiedad a los que acogieron como extraños y no les pertenecían; así, tales gentes, que eran ingenuos auténticos, se transformaron en esclavos" (6).

Lo que llevó a los campesinos a aceptar, y aún buscar, estas condiciones fué, además de ponerse a salvo de los recaudadores, el hecho de recibir en usufructo más tierras de las que tenían en propiedad. Por otro lado, su manutención fué más segura y no podían ser lanzados del fundo (7). En todo caso, fué un convenio que, en ese momento, pareció aceptable a los campesinos; sin embargo, los dejaba a merced de los propietarios y, al sucumbir las instituciones políticas y jurídicas del Imperio, que de algún modo los protegían, las cargas que pesaban sobre los colonos habrían de acrecentarse.

El Estado no tuvo fuerza suficiente para impedir esos contratos, que no sólo menoscababan sus percepciones fiscales y su autoridad frente al latifundista, sino que contribuían a la desaparición de la "clase media" campesina y al crecimiento de la gran propiedad.

Las Invasiones

El proceso descrito en la parte anterior habría de precipitarse por la irrupción de los bárbaros. El siglo V d.C., es el de las grandes invasiones y, tradicionalmente, se le considera el último de la Antigüedad.

Probablemente sean ya pocos los historiadores que sostengan una 'leyenda blanca' respecto al estado que guardaban los pueblos germánicos antes de su penetración al Imperio. Incluso el punto de vista que los hacía limpios del 'pecado original' de la pro-

piEDAD privada, no puede ya sustentarse (8). Ni puede, tampoco, mantenerse en pie el criterio que hace de los bárbaros los 'asesinos' de la brillante civilización romana. Parece más acertado invocar la interpretación que apunta Jacques Le Goff: "Ese mundo medieval resulta, pues, del encuentro de dos mundos en evolución el uno hacia el otro, de una convergencia entre las estructuras romanas y las estructuras bárbaras que se hallaban en proceso de transformación" (9).

La sociedad germánica estaba muy lejos del igualitarismo que algunos le han atribuido; existía una nobleza guerrera y propietaria. La sociedad romana, por su parte, había ido perdiendo mucho el lustre de su cultura urbana; las guerras, la inestabilidad política, el empobrecimiento del Imperio, la habían ensombrecido, sobre todo para los indigentes, y, cada vez en mayor medida, lo eran todos los que no poseían grandes propiedades. Estos indigentes, como Jacques Le Goff hace notar, colaboran conciente o inconcientemente con los bárbaros.

A ello los indujo la opresión que padecían y, también, la exaltación de los sentimientos nacionales. En efecto, los romanos habían fundado muchas ciudades con fines exclusivamente administrativos y militares, sobre todo en la parte occidental del Imperio, algunas eran alimentadas con importaciones de lugares lejanos; las ciudades poseían una élite romana, que ni tenía arraigo entre los artesanos urbanos, ni mucho menos entre los campesinos que conservaban su nacionalidad a flor de piel (10). En períodos normales, la élite romana mantenía sin mucha dificultad su dominación, pero, después de la crisis del siglo III, su situación se tornó cada vez más precaria. "Las masas rurales - explica R. Rémondon - exasperadas por las invasiones y la opresión fiscal o social, hallan en estas transformaciones (las provocadas por las invasiones) rápidas y desordenadas, una ocasión de liberarse" (11).

Cuando el poder imperial se mostró incapaz de mantener los lazos de sujeción en el campo, manifestándose también su inefica-

cia en la defensa del territorio, la aristocracia terrateniente y la militar se alían en su contra; se acentúan sus tendencias centrifugas. Esta aristocracia militar y terrateniente acaba por arreglarse con los bárbaros: El Estado romano en Occidente desaparece. El proceso de su aniquilación fué largo y llevó consigo profundas alteraciones en toda la sociedad, ciertamente las invasiones de los bárbaros acaban con la organización política del Imperio, pero sólo porque existían las condiciones internas para que el Imperio de Occidente pereciera.

En todo caso, quienes menos sufrieron con las invasiones fueron los ricos honestiores. "Excepto en el Africa del Norte, los conflictos por la tierra no fueron causa de hostilidad entre los conquistadores y los conquistados. Ya en fecha tan temprana como el 415, los visigodos, bajo Wallia, habían recibido, por acuerdo del emperador Honorio, un tercio del producto de los provinciales romanos de Aquitania, y más avanzado el siglo, en la propia Italia, los rugios y los ostrogodos de Odoacro recibieron un tercio del producto de la tierra" (12).

El que no haya constituido un gran problema el reparto de tierras fué, en gran parte, debido a la escasez de pobladores que se manifestaba desde hacía tiempo en el Imperio. El sistema de 'tercios' y el reparto de las tierras del Estado, hicieron innecesarias las confiscaciones en gran escala.

Los grandes terratenientes, pues, conservaron su posición económica, y a menudo, recobraron su importancia política y social, y en ocasiones la aumentaron (13). La nobleza germánica y la aristocracia romana tendieron a fusionarse (14). Ambas poseyeron dominios extensísimos; ambas mantuvieron su superioridad sobre los trabajadores de la tierra; ambas coadyuvaron a la desaparición de las instituciones políticas del Imperio. En efecto, en 476 d.C., Odoacro es proclamado emperador por sus tropas, destituyendo a Rómulo Augustulo, pero para entonces el Imperio se reduce únicamente a Italia; Odoacro envía las insignias imperiales a Constantinopla: Es un rey bárbaro más.

Pero la estructura económica subsiste: La propiedad latifundista explotada por campesinos - bajo el patronazgo del dueño - no en calidad de esclavos, sino de arrendatarios. Subsiste y se acentúa, el proceso de decadencia de las ciudades y del comercio. Subsiste una sociedad rural jerarquizada, y ahora acéfala, en que la posesión de la tierra comenzará a serlo todo. Tal situación permanece hasta la época carolingia, en que se originará una nueva estructura política: La feudalidad.

NOTAS:

- (1) MAIER, Franz Georg: Las Transformaciones del Mundo Mediterráneo, Siglos III/VIII, México, Siglo XXI editores (Historia Universal Siglo XXI Vol. 9, p. 82.
- (2) LATOUCHE, Robert: Orígenes de la Economía Occidental (siglos IV-X), México, U.T.E.H.A., 1957, (La Evolución de la Humanidad T. LXIII), p. 19
- (3) MAIER, op. cit., p. 73.
- (4) LE GOFF, Jacques: La Civilización de Occidente Medieval, Barcelona, Ed. Juventud, 1969 - p. 55-56.
- (5) LATOUCHE, op. cit. p. 24.
- (6) Ibidem, p. 24-25.
- (7) HODGETT, Gerald A.J.: A Social and Economic History of Medieval Europe, London, Methuen & Co., Ltd, 1972, p. 26; Cf. Latouche, op. cit., p. 24.
- (8) LATOUCHE, op. cit., p. 30 y ss.
- (9) LE GOFF, op. cit., p. 55.
- (10) TREVOR-ROPER, Hugh: The Rise of Christian Europe, London, Thames and Hudson, 1966 (History of European Civilization Library), p. 50-51.
- (11) REMONDON, Roger: La Crisis del Imperio Romano, de Marco Aurelio a Anastasio, Barcelona, Ed. Labor, 1967 (Nueva Clío: La Historia y sus Problemas, Núm 11), p. 136.
- (12) HODGETT, op. cit., p. 5.
- (13) MUSSET, Lucien: Las Invasiones, las Oleadas Germánicas, Barcelona, Ed. Labor, 1967 (Nueva Clío: La Historia y sus Problemas, Núm 11), T.I. P. 122.
- (14) MAIER, op. cit., pp. 199-200.

CAPITULO II

SEÑORIO Y FEUDALIDAD

El trabajo campesino, explicábamos arriba, se lleva a cabo en el marco de la propiedad señorial. Es hora ya de caracterizar ésta para, más tarde, abordar la relación entre ella y la organización feudal así como sus repercusiones en las condiciones del trabajo.

Ciertos elementos constitutivos de la propiedad señorial se encontraban ya definidos desde la época imperial romana, pues las relaciones de señorío se desprenden del derecho de propiedad sobre la tierra. Había quedado ya establecido que la propiedad en el Bajo Imperio se había señalado por la existencia de grandes dominios (villae). Los esclavos del propietario realizaban la labor de una parte de la villa; otra porción era cultivada por terrazgueros. A cambio del asentamiento en una tierra, éstos debían entregar ciertos tributos al propietario. Con el tiempo, su permanencia en la propiedad se hizo obligatoria, unas veces por disposiciones legales, otras, simplemente por la fuerza del terrateniente.

"El estado perteneciente a un señor y que tiene arrendatarios dependientes en él, conocido en Inglaterra como 'manor' y en Francia como 'seigneurie', era la unidad de cultivo que se encontraba más frecuentemente sobre grandes zonas de la Europa central y occidental a lo largo de la Edad Media" (1). El señorío es pues, ante todo, una unidad productiva, su objetivo primario es "asegurarle (al señor) las rentas, a partir de una participación en los productos del suelo" (2). El trabajo de los arrendatarios dependientes proporcionaba esas rentas. El señorío y la red de relaciones inherentes a él variaron según las regiones, y se transformaron con el tiempo (estas transformaciones se verán en otra parte). No obstante, para las zonas arriba señaladas, se pueden determinar de la siguiente forma:

existencia de grandes propiedades divididas en tres sectores. El dominio o reserva (terra indominitata), o sea las tierras labran-tias que el señor explotaba por sí mismo. Las tierras cedidas a aparceros (mansos) para su cultivo. Los bosques abiertos al uso comunal y de importancia extraordinaria en la economía medieval. A cambio de la tierra, los campesinos dependientes de un señor pagaban tributos en trabajo (el trabajo era la contribución principal en este período, sin embargo se efectuaban también pagos en especie y en efectivo). Aunque las fuentes mencionan la existencia de esclavos (mancipia), su papel fué decreciendo continuamente (por demasiado costosos); en cambio los mansos se nombran desde el siglo VII (3). Si bien esta forma de explotación no era nueva, se difunde desmesuradamente en los tiempos merovingios, pues la falta, cada día mayor, de numerario constreñía al propietario a contratar a sus trabajadores cediéndoles tierras.

En un principio un manso era, según expresión de Beda el Venerable, "la tierra de una familia" (4). Es decir, aquella que era suficiente para sostenerla. Por tal motivo, la extensión de los mansos varió mucho, según fueran las condiciones, sociales y físicas y en que estuvieran localizados. Así encontramos mansos llamados serviles (de esclavos) más pequeños que los ingenuiles de los libres. El esclavo debía al señor una cantidad de trabajo muy superior a la del hombre libre, por lo tanto el tiempo que podía emplear en su pégular era menor, en cambio recibía alimento del señor. Pero incluso entre los propios mansos ingenuiles había diferencias notables (por ejemplo, en las tierras de la abadía de San Germain des Pres, algunos mansos ingenuiles medían un promedio de 4.85 ha., entanto que otros abarcaban 9.65 ha.). La diversidad se explica bien por la diferente posición social de los ocupantes; por dedicarse a distintas actividades agrícolas, o por su diferente productividad.

Pero el manso dejó muy pronto de ser una unidad productiva y cobró más bien el carácter de unidad fiscal con base en la cual el señor exigía sus rentas. Cierta aumento demográfico de la época condujo al fraccionamiento de los mansos entre varias familias:

"En ciertos polípticos, y particularmente en el de la abadía de Prüm, se mencionan 'cuartos de manso'. Pero generalmente el señor mantenía intacta la unidad de percepción, sin ocuparse del modo en que las familias ocupantes se repartían las cargas, la superficie del recinto y las parcelas exteriores". Así pues, "no existía ya (En la época carolingia) una correspondencia entre las fuerzas y las necesidades del grupo familiar y la porción de tierra que podían trabajar, las cantidades de viveres que este trabajo podía producir y, finalmente, las exigencias del señor" (5).

Las cargas señoriales variaban según las épocas y los lugares (6). Georges Duby clasifica de la siguiente manera la contribución en trabajo exigida a los hombres dependientes de un señor: Tareas adjudicadas al manso que era entregado en arriendo, podían ser el levantamiento de cercas, o las labores de una parcela del dominio, etc.. Las corveas, o días de trabajo al año que los mansos debían al dominio. Finalmente estaban las 'noches', o sea varios días consecutivos de servicios en los cuales el arrendatario no podía volver a su manso, esto permitía una reserva de mano de obra móvil (7). El trabajo era la más importante de las cargas que pesaban sobre los arrendatarios, y la principal en la economía dominical, pero se encuentran otro tipo de rentas; como el censo anual consistente en algunas monedas de plata, una o dos cabezas de ganado, gallinas, huevos, etc., pero estas cargas, por lo general, eran bastante ligeras.

Entre los campesinos sujetos a distintas gabelas coexistían diversos niveles de dependencia (8). Así los metayers, campesinos con un contrato por tiempo largo. Similares a éstos serían los hörigen de Alemania. Las necesidades de la roturación de nuevos campos hicieron que se les diera facilidades a los pioneros u hospites, que gozaron siempre de una situación menos opresiva. En Inglaterra existían los socmanni liberi, que debían ciertas cartas al señor pero que conservaban su libertad personal. En Italia, los campesinos libres, en proceso de desaparición, fueron cayendo en los contratos de enphiteusys o los de

precaria, que los ataban por tiempo definido, veinte o cinco años respectivamente. Los cercocensuales, dependientes de algunos monasterios, pagaban una contribución en cera en las grandes fiestas religiosas. En fin, las gradaciones eran numerosas pero, por debajo de todas ellas, estaban los coloni propiamente dichos, germen de la servidumbre, y que formaban la mayoría de la población campesina dependiente. A medida que avanza la enfeudación, las diferencias irán borrándose y cederán paso, cada vez en mayor medida, a la servidumbre de la gleba.

La Primera Edad Feudal

Aún cuando señorío y feudalidad son conceptos que corresponden a instituciones diferentes que no deben confundirse, existe entre ambos una estrecha relación. El sentido de esa relación es lo que nos interesa hacer resaltar aquí, pues ello permitirá comprender mejor la sociedad en que se desarrolla el trabajo campesino.

Las condiciones que coadyuvaron a engendrar la institución feudal son de múltiple origen y de orden y desarrollo diversos, sus raíces se hunden tanto en el Bajo Imperio romano como en las costumbres de procedencia germánica.

En el centro de las relaciones de tipo feudal se sitúan los lazos de vasallaje. Los jefes germánicos tenían bandas de hombres que los seguían en sus correrías y en la guerra y a quienes ellos alimentaban, vestían y armaban. Entre los romanos existían los bucellarii, los soldados privados de los latifundistas, siempre prohibidos por la legislación del Imperio, pero nunca extinguidos. En la etapa de los reyes bárbaros, ambas tradiciones de mezcla, amplían e institucionalizan y tenemos el caso de la España de los visigodos donde, en 475, el Codex Euricianus acepta a los bucellarii (9).

La inseguridad de esos siglos favoreció la tendencia a buscar la protección de los poderosos. Dice Marc Bloch: "Imaginemos en efecto, la sociedad de la época merovingia. Ni el Estado ni el linaje ofrecían ya abrigo suficiente. La comunidad aldeana no te-

nía fuerza más que para su policía interior. La comunidad urbana existía apenas. Por todas partes el débil probaba a aguparse con uno más poderoso que él. El poderoso, a su vez, no podía mantener su prestigio o su fortuna, ni tampoco afirmar su seguridad, sino procurándose, por el convencimiento o la fuerza, el apoyo de inferiores obligados a ayudarlo" (10). De esta manera se teje una tupida red de relaciones personales, de las que la fidelidad y la protección son el nudo. La primera consistía en el consilium y el auxilium (militar más que nada), la segunda, en el sustento.

En la cita anterior se ofrece un elemento clave, la debilidad del Estado. Entre la confusión política, producto de las invasiones bárbaras y de la destrucción del Estado imperial romano, la acción misma de Estado desaparece casi completamente. Los reyes merovingios consideraban al reino como de su propiedad. Pero el elemento principal que trabajaba en contra del poder central, además de las frecuentes luchas dinásticas, era la nobleza terrateniente, que tendía a una independencia cada vez mayor. Entre el poder central y la nobleza se entabló una lucha ininterrumpida. Los reyes, cuando eran fuertes, podían llegar a reprimir a la nobleza pero no eliminar su poderío. Un ejemplo entre muchos, que pone de manifiesto la debilidad de los reyes en este período, es el haberse hecho electiva la monarquía visigoda (Concilio de Toledo, 633) por la presión de los obispos y los poderosos. Pero en España la invasión de los árabes impidió el arribo a una organización plenamente feudal. Otro es el caso de Francia.

La Galia de los merovingios, después del primer impulso de éstos, era un compuesto de unidades políticas más autónomas a cada paso. En algunas regiones de tradición romana y donde persistían fuertes aristocracias locales - Aquitania por ejemplo - se soportaba mal el dominio franco, que por otra parte era cada vez más nominal que real. Asimismo las pugnas dinásticas favorecían los factores de disgregación y fortalecían a la aristocracia. La mayoría de los reyes merovingios mueren prematuramente, violentamente (11). La Iglesia, por su parte, les arranca la libertad en la elección de obispos. La costumbre de repartir liberalmente sus

propiedades merma la riqueza particular de los monarcas; paralelamente, los impuestos se cobraban con dificultad creciente. Los comites, funcionarios reales, fueron escogidos en su mayoría entre las grandes familias, aumentando su poder. Por falta de numerario, y perdida ya la noción de Estado, la dinastía solamente alcanzaba a asegurarse la lealtad de sus súbditos, especialmente de los nobles, haciéndoles donaciones de tierras (12), con resultados obvios. Integrante de las costumbres monárquicas de los francos, era la institución de los mayordomos de palacio, cargo el más alto de la corte. Los mayordomos fueron aumentando su influencia hasta convertirse en los verdaderos gobernantes. Jugaban un doble papel a un tiempo. Eran vistos como representantes de la nobleza, pero al ir tomando en sus manos el poder, tuvieron que interesarse en contener sus impulsos de autonomía. Por fin, fueron los mayores beneficiarios de la anarquía imperante y acabaron por eliminar a la dinastía reinante y usurparon el trono.

La necesidad de mantener una gran reserva de tierras con qué comprar la lealtad de la nobleza, empujó a la nueva dinastía, -la de los carolingios - en una política conquistadora que habría de culminar con el Imperio de Carlomagno. Es éste el iniciador de la institución feudal propiamente dicha. Las lealtades personales, que la tradición y la necesidad habían reforzado, tomaron carácter jurídico. A cambio de su apoyo, Carlomagno da a la nobleza tierras, pero sólo en usufructo y mediando un juramento de fidelidad personal hacia el emperador. No era un lazo que ligara a un particular con el Estado, sino a una persona con otra. El hecho estaba sancionado por el acto del homenaje.

Carlomagno pretende hacer entrar en vasallaje a toda la aristocracia del Imperio. Pero insta a que la aristocracia, a su vez, someta al lazo de vasallaje a los que les están sujetos, hasta formar una cadena. Carlomagno da esta recomendación: "Que cada jefe ejerza una acción coercitiva sobre sus inferiores, a fin de que éstos, cada vez mejor, obedezcan, consintiendo, los mandatos y preceptos imperiales" (13). Era urgente restaurar el orden y

la autoridad. "Ahora bien, las instituciones antiguas parecían insuficientes a este fin. La monarquía no disponía más que de un pequeño número de agentes. . . desprovistos de tradición y cultura profesionales. Más aún, las condiciones económicas impedían el establecimiento de un vasto sistema de funcionarios asalariados. Las comunicaciones eran largas, incómodas, inciertas. La principal dificultad que encontraba pues la administración central era alcanzar a los individuos, para exigir los servicios debidos y ejercer sobre ellos las sanciones necesarias. De allí la idea de utilizar, para los fines de gobierno, la red de relaciones de subordinación ya fuertemente constituida; el señor, a todos niveles de la jerarquía, se transformaba en responsable de 'su hombre', estaría encargado de mantenerlo en el deber" (14).

Sin embargo, los deseos de independencia que animaban a la nobleza sólo habían sido parcialmente contenidos. En cuanto la autoridad enérgica del emperador cesó de estrecharlos, los nobles volvieron a la carga. Entre otros privilegios arrancados por la nobleza a la monarquía, estaban los derechos de inmunidad; éstos es, la prohibición al funcionario público de penetrar en los señores aristocráticos, donde los propietarios quedaban convertidos en los representantes del rey, con el derecho del bannus, o poder soberano que, si en un principio se ejercía a nombre del emperador, más tarde lo detentaron como prerrogativa propia.

Después de la muerte de Carlomagno, varias circunstancias propiciaron las tendencias autonomistas de la nobleza. En primer lugar las luchas dinásticas. Para hacerse de partidarios, los hijos de Ludovico Pío aumentaron las donaciones a los nobles y les concedieron más privilegios, en especial se vieron obligados a permitir el carácter hereditario de los feudos y de los cargos públicos (comites). Las nuevas invasiones (musulmanes, húngaros, normandos) pusieron en entredicho la capacidad de la dinastía para proteger el territorio y a sus súbditos. Estos se acercaron más a las autoridades menores y a los señores, que podían darles un auxilio efectivo. Al mismo tiempo, estas invasiones contribuyeron a acentuar la naturaleza militar del vasallaje, que se iniciara ya con Carlos Martel (15).

En resumen, el lazo feudal tenía dos características principales: el beneficium y el auxilium. Desde un principio se puso de manifiesto el aspecto económico del vasallaje. El hombre que se entregaba a otro hombre, debía ser alimentado por él, con ese fin recibía tierras en usufructo, con todos los derechos señoriales sobre los campesinos dependientes. A cambio del beneficio recibido, el vasallo debía dar su ayuda al señor, ayuda que consistía sobre todo, y cada vez en forma más importante, en el servicio de las armas.

En un principio, todo hombre libre y dueño de algún pedazo de tierra tenía el deber de prestar servicio en el ejército real, en la infantería, por entonces el cuerpo militar principal. Pero desde mediados del siglo VIII, la caballería se fue transformando en el factor decisivo. Como el costo del armamento debía ser cubierto por cada soldado - o bien, si eran muy pobres, debían unirse varios hombres para armar a uno de ellos - al recaer en la caballería la principal responsabilidad militar, sólo los ricos propietarios fueron capaces de afrontar el gasto, especializándose así la profesión guerrera, que quedó en manos de quienes estaban ligados por los lazos del vasallaje, por lo que esta institución acabó por cobrar el matiz guerrero que le es propio. Las casas fuertes de los caballeros, antecedentes de los castillos señoriales, comenzaron a levantarse por todas partes como signos del poder señorial y del poder político, si ya antes lo eran del poder económico. "Una institución, en sus orígenes de alcances muy generales, se convirtió en una institución de clase, tal fue la curva del feudo y del vasallaje" (16).

La concesión de inmunidades y del bannus a la aristocracia aceleró la desintegración del poder central. La posesión de estos privilegios y los lazos que hacían depender de los señores a sus inferiores, ya fueran libres o siervos, permitieron a la aristocracia ser soberana en sus estados. En virtud de esos poderes, fue posible que impartiera justicia, impusiera exacciones, efectuara levadas, realizara confiscaciones, etc.,

Una vez caracterizados el señorío y el desarrollo de la feudo-

dadidad, es tiempo de examinar la relación estrecha que existe entre ambos.

No obstante la existencia de grandes propiedades, es menester aclarar que el trabajo efectuado en ellas, era un trabajo de pequeña explotación. En efecto, la propiedad se dividía en mansos, en ocasiones subdivididos a su vez.

Aún la labor del mansus indominicatus con frecuencia se llevaba a cabo fraccionándolo temporalmente, y uniendo sus partes a las parcelas de los terrazgueros, quienes la cultivaban y entregaban el total del producto al señor.

A fuerza de trabajar sobre una tierra (que en el pasado podía haber pertenecido al campesino), éste llegaba a considerarla suya, lo que, naturalmente, lo hacía tender a disminuir la dependencia respecto del señor. Durante la época merovingia la propiedad continuó creciendo (18), se calcula la extensión de un gran dominio de la época romana en alrededor de 900 hectáreas (19). También se extendió el sistema de colonato. Junto a ellos, paradójicamente, se fortalecía la tendencia separatista de los campesinos arriba descrita. De hecho, la pequeña propiedad vuelve a encontrarse en el siglo VIII, ya en los tiempos carolingios. "Diezmado por las guerras en las que era obligado a tomar parte, (el pequeño propietario), obligado a absorber las pesadas cargas públicas, mal defendido por el poder real, que, en interés propio, debería haberse apoyado en él, necesidad sólo reconocida intermitentemente, esta clase media se defendió con rigor. Casi en decadencia en Italia y la Galia en los siglos V y VI, logró reconstituirse a sí misma en el siglo VIII, y convertirse en poderosa e influyente en el Imperio carolingio" (20).

Es creíble que esta reconstrucción de la pequeña propiedad se haya hecho, al menos en parte, con menoscabo de las villae de los grandes. En todo caso, si se acepta la roturación de nuevos campos como causa única del desarrollo de la pequeña propiedad, todavía sería necesario afirmar que los señores se habrían visto

en dificultades para mantener en sus tierras la mano de obra indispensable, sobre todo tomando en cuenta que las condiciones de vida de los pioneros eran superiores a las del colono, y no hay que olvidar que el Estado merovingio no prohibía el abandono de tierras por los colonos (21).

Los grandes propietarios vieron el peligro de perder su posición social, de la que era fundamento la posesión de la tierra. Al no disponer de un Estado poderoso, que conjurara tal peligro, y encontrándose, por las circunstancias ya dichas, en situación de tomar en sus manos a sus subordinados mediante los lazos del vasallaje y la enfeudación, dieron carácter jurídico y político al poder que se desprendía de los solos derechos de propiedad. R. Latouche afirma que, sin el establecimiento del orden feudal, el régimen de propiedad en Francia se hubiera convertido en pequeñas propiedades (22).

El interés económico marcó a la institución feudal desde sus orígenes. La entrega del feudo, es decir, de tierras señoriales, llegó a ser el centro de las relaciones feudales. Los grandes dominios, difíciles de controlar, eran entregados a los vasallos, que se comprometían a ciertas obligaciones de carácter militar preponderantemente. Hay una correspondencia entre estas obligaciones y el carácter de los antiguos bucellarii, cuyo cometido fundamental era mantener sojuzgados a los colonos. Las rebeliones campesinas fueron frecuentes en todo este período (23); su terminación suele atribuirse a la avalancha de vikingos, normandos, magiares y árabes que irrumpen en Europa (las rebeliones vuelven a presentarse hasta el siglo XI). Pero, pienso yo, su final debe ser también el resultado del fraccionamiento del poder, que dió la posibilidad de contener el descontento social existente. Las invasiones solas no acaban con la resistencia campesina. Abandonados por la nobleza, empeñada en las guerras dinásticas, los campesinos intentaron oponerse a los depredadores, entre ellos "existían grandes reservas de valor y espíritu de resistencia" (24).

En 859, los campesinos que se habían armado contra los normandos fueron aplastados por los propios nobles; y Lotario I,

hijo de Ludovico Pfo, incitó a los colonos y esclavos, así como a los campesinos libres pero pobres, a luchar contra la nobleza en 842. Lotario pretendía debilitar a los nobles que se le oponían, pero corrió el riesgo de desatar una lucha social al remover el descontento popular (25).

No es posible tampoco admitir como causa determinante de la feudalidad únicamente a las necesidades de defensa. En Inglaterra se implanta la organización feudal hasta 1066, con la conquista de Guillermo el Bastardo, cuando la furia de las invasiones ha pasado (batalla de Lech 955). En la España de los visigodos, pese a haberse conservado la concepción bizantina del Estado, y no habiéndose visto amenazada (hasta la invasión musulmana) por ningún peligro exterior, se desarrollan instituciones semejantes a las francesas o alemanas.

El resultado de todo el proceso arriba mencionado fué la creación de un nuevo orden político que vino a llenar el vacío dejado por el rompimiento de la estructura política del Imperio romano. Ciertamente se acomodaba a las necesidades de los grandes propietarios pero, al mismo tiempo, ofreció una alternativa que daba seguridad a los campesinos que entraban a la dependencia de un señor. De todas maneras, la creación de la feudalidad dió el instrumento adecuado para reprimir la inquietud social de las clases pobres y de ejercer sobre ellas una presión que fué en aumento; al punto que las exacciones impuestas por los señores (las banalidades), llegaron a ser una fuente de ingresos más voluminosos que los tributos señoriales. El cobro por el molino, el lagar, los bosques (antes abiertos libremente), los pastos, los derechos de peaje, etc.; la prohibición de vender el vino antes que el señor, de ocupar otro molino, de abandonar la tierra, de portar armas, etc., fueron salvaguarda de la posición social de los señores. Hay que añadir que "el ejercicio del poder fué probablemente más importante, por lo menos en el siglo XII, que la multiplicación de los beneficios, ya que el señor medieval era generoso, en el sentido de prodigar la riqueza para mantener el mayor número posible de servidores. Esto era

visto como lo correcto y lo propio" (26).

Esto no era muy distinto de lo que ocurría en la época que aquí analizamos.

El poder feudal crece y se consolida a partir de la era carolingia, desde entonces, los contemporáneos tienen la impresión de iniciar una época nueva. Dice Alcuino: "Si vuestros propósitos (los del emperador) llegan a realizarse, puede surgir en el reino franco una Atenas más espléndida que la antigua. Pues nuestra Atenas, ennoblecida por la doctrina de Cristo, superará la sabiduría de la Academia" (27). La apropiación consciente de elementos de la Antigüedad - opina Maier - es una diferencia clara respecto de la época merovingia, que se sentía pertenecer aún al Imperio romano" (28). Carlomagno, en cambio, rompe en lo político con el emperador de Oriente, y asume el título de Emperador de los Romanos. Entretanto, en el terreno teórico, Alcuino y sus colaboradores intentan apropiarse de la cultura de la Antigüedad, que es ya algo diferente de su propia cultura. Pero la verdadera floración del mundo feudal se dará más tarde, a partir del siglo XI, con la cultura monástica.

La feudalidad se extiende por vastas regiones de Europa, con ella se extiende también la servidumbre de la gleba. Aparecen por dondequiera, en el siglo X, los castillos, centros de explotación agrícola y del poderío banal. Esta situación cambiará a partir de la segunda mitad del siglo XII, empezará entonces lo que Marc Bloch llamaba la segunda edad feudal. Y a mediados del siglo XIII, el poder comienza a concentrarse en los príncipes más poderosos y en los reyes (29).

NOTAS

- (1) HODGETT, op. cit., p. 24
- (2) BLOCH, Marc: La Societé Feodale, Paris, Eds. Albin Michel, 1968, p. 335
- (3) LATOUCHE, op. cit., p. 73.
- (4) DUBY, Georges: Economía Rural y vida campesina en el Occidente Medieval, Barcelona, Eds. Península, 1968, p. 46.
- (5) Ibidem, p. 50.
- (6) BOISSONADE, Prosper: Life and Work in Medieval Europe, New York, Harper & Row, 1946, p. 93; Cf. Hodgett, op. cit. p. 31; y Duby, op. cit. pp. 60 y ss.
- (7) DUBY, op. cit., pp. 60-61.
- (8) BOISSONADE, op. cit., p. 90; y HODGETT, op. cit., pp. 33-34
- (9) MAIER, op. cit., p. 316.
- (10) BLOCH, op. cit., pp. 212-213.
- (11) LACARRA, José: Historia de la Edad Media, Barcelona, Montaner y Simon, 1960, pp. 70-72
- (12) MAIER, op. cit., p. 321.
- (13) BLOCH, op. cit., p. 226.
- (14) Ibid, p. 225.
- (15) TREVOR-ROPER, op. cit., pp. 95 y ss.
- (16) BLOCH, op. cit., p. 239.
- (17) LATOUCHE, op. cit., p. 63.
- (18) Ibid., p. 72.
- (19) BOISSONADE, op. cit., p. 83.
- (20) Ibid., p. 88.
- (21) HODGETT, op. cit., p. 27.
- (22) LATOUCHE, op. cit., p. 173.

- (23) DHONDT, Jan: La Alta Edad Media, México, Siglo XXI Editores, 1971. (Historia Universal Siglo XXI, vol. 10), pp. 38 y ss.
- (24) Ibid., p. 13.
- (25) Ibid., p. 22.
- (26) HODGETT, op. cit., pp. 34-35.
- (27) MAIER, op. cit., p. 369.
- (28) Loc. cit.
- (29) LE GOFF, op. cit., p. 139

CAPITULO III

EL TRABAJO DE LA TIERRA

El trabajo del hombre tiene como primera finalidad la obtención del alimento. Para lograrlo, se ve condicionado por las limitaciones de orden natural, por el desarrollo de las técnicas y por la herencia histórica que, a ese respecto, recibe un pueblo.

En el Occidente medieval, la agricultura se impuso como la forma primordial de producir alimentos, pero no dejaron nunca de tener una importancia económica decisiva la ganadería y el pastoreo, la pesca y la recolección.

Los hábitos alimenticios heredados obligaron a los hombres a procurar principalmente el consumo de pan y, por lo tanto, el cultivo de diversos cereales. El pan fue básico en la alimentación durante todo el medievo, pero en la época carolingia, su importancia crece. Era éste el alimento por excelencia entre los pobres; la carne, el pescado, las legumbres, etc., no formaban sino el companaticum, el acompañamiento del pan (1). Tampoco debía faltar en la mesa de los ricos.

En cuanto a las condiciones naturales en que se llevó a cabo la agricultura medieval, hay que señalar, de manera general, dos tipos de climas y de suelos: la región meridional europea, con clima más cálido y suelos ligeros, y la región del norte, la zona templada con suelos más pesados. Hay que señalar también la existencia de grandes extensiones boscosas, más abundantes en el norte que en la región mediterránea.

Una de las características esenciales de la agricultura romana del Bajo Imperio, había sido la labor intensiva de los campos (2). El importante mejoramiento en el cultivo de las tierras que su labranza repetida significó, pudo lograrse gracias a las observaciones y enseñanzas de agrónomos como Columella y Varrón, a los recursos de que disponían los grandes propietarios (sobre todo en lo referente a mano de obra), y a la larga estabilidad del Imperio.

Las hazas eran removidas, abonadas, etc., para compensar el empobrecimiento de la tierra. En el otoño se efectuaba la siembra. Durante el tiempo de germinación de la semilla, se conservaba la tierra floja y se la limpiaba de malas hierbas. En enero y febrero, era sometida varias veces a la acción de la azada, en junio y julio se levantaban las cosechas, pero antes, a principios de mayo, era nuevamente desyerbada. Además del trigo, se había impulsado en la agricultura romana el cultivo de plantas forrajeras, recomendándose su rotación con el trigo para aliviar el desgaste de los campos.

La carencia de abonos representaba un problema grave para la agricultura. Para combatirla, los agrónomos romanos recomendaron la utilización de paja y estiércol revueltos, y de cenizas de madero. Así se consiguió que en algunos campos se produjeran cosechas cada año, suprimiendo los largos períodos de barbecho.

Con el fin del Imperio, perdida la estabilidad, disminuidos los recursos y olvidados los agrónomos, siguieron vigentes los procedimientos de cultivo, pero cayó en desuso la labranza constante de los suelos y el barbecho volvió a tomar posesión de los campos. Aparte de todo, porque los romanos nunca habían logrado desterrarlo sino en las zonas muy fértiles. El barbecho era necesario para restaurar la capacidad de los suelos y para conservar su humedad. Por otro lado, la rotación de cultivos durante el Imperio era bienal, y no podía aplicarse la rotación trienal pues, a causa del clima, el trigo de primavera se agostaba. Este hecho impidió el cultivo de la avena, cereal de primavera, muy útil para el ganado, por lo que el agro mediterráneo redujo su actividad ganadera, en parte también por la reducción de los bosques en esta área, que eran indispensables para el mantenimiento del ganado. La falta de ganado redundó en una reducción del abono disponible para la agricultura, conllevando la reducción de los rendimientos (3).

La agricultura medieval será extensiva y no intensiva, de baja productividad y supeditada a las variaciones climáticas (4). Por eso, las aldeas medievales estaban densamente pobladas, exten-

diéndose a su alrededor grandes campos, pues este tipo de agricultura requería no solo grandes espacios sino también muchos brazos.

El período que transcurre entre la caída del Imperio Romano de Occidente y los tiempos carolingios, permanece en la oscuridad en cuanto al trabajo agrícola se refiere, y aunque muchas observaciones sobre la vida rural posterior sean tal vez válidas para él, no es posible probarlas. Es en el renacimiento carolingio que se vuelven a encontrar fuentes de información. En efecto, la reorganización administrativa, económica y política que se intenta realizar; la reforma eclesiástica y la reapertura de escuelas, permitieron que se levantaran inventarios de algunas propiedades con miras a mejorar su producción, tales son los famosos polípticos y cartularios. También se regula en cierta medida, por lo menos en los dominios reales, la explotación agrícola y las ordenanzas expedidas con este fin por los carolingios y que forman parte importante de las Capitulares de Carlomagno, contienen numerosos datos e información valiosa sobre las prácticas agrícolas de la época.

Pero esta información tiene sus limitaciones, que es conveniente señalar. En primer lugar, son documentos que hablan de 'fincas modelo', que nos dan luz solamente sobre los dominios señoriales, dejando en la oscuridad la pequeña propiedad, las tierras no señoriales y aún muchas de las tierras de los señores laicos. Por lo demás, sólo cubren la región nuclear del imperio de los francos, permaneciendo ignoto lo que ocurría en otras partes. A pesar de todo, son la única fuente escrita y puede ser utilizada con provecho.

La época carolingia marca un retorno a las técnicas romanas, no sólo en lo referente a la agricultura, también en lo que toca a las técnicas artesanales (5). En cuanto a la primera, se desenterran las obras de los agrónomos romanos y se realiza un notable esfuerzo para mejorar nuevamente la explotación de la tierra. Por ser los eclesiásticos los que podían obtener el conocimiento de los antiguos, fué en sus propiedades y en las tierras reales donde este esfuerzo se pone en práctica, por lo menos sólo de

de ellos tenemos información. Según Georges Duby, en la asimilación de esos textos de los agrónomos romanos "por algunos estudiosos y algunos administradores es posible que resida uno de los más profundos impulsos de la expansión agrícola medieval" (6).

Alimentación y Trabajo

Afirmábamos arriba que la búsqueda del sustento constituía el primer móvil del trabajo. Y la alimentación fué un problema por cierto especialmente agudo para la Edad Media. La producción era baja e inestable debido a las condiciones climáticas y a las técnicas deficientes. Y sin embargo, la tradición alimenticia imponía también sus condiciones y los hombres no se conformaban ya con lo que la tierra buenamente les ofrecía.

El alimento universal, decíamos antes, eran los cereales, ya en forma de pan, ya en forma de gachas. El pan se fabricaba con varios cereales, si bien el trigo era el más apreciado, también se utilizaban el centeno, la cebada y la avena, y aún otros más. Los cereales eran empleados así mismo para la elaboración de bebidas, del tipo de la cerveza; algunas de ellas, muy espesas, se tomaban también como sopas.

Las condiciones del cultivo variaban entre las regiones del norte y las mediterráneas por las razones ya mencionadas. En el norte, se implantó la rotación trienal de los cultivos, en tanto que en el sur se mantuvo la rotación bienal (7). La diferencia se debe tanto a la naturaleza del subsuelo, como a la humedad necesaria que debía guardar, problema esencial en las zonas meridionales. Esto va a permitir una mayor producción en las áreas del norte (fenómeno que no es ajeno a la formación del Imperio franco).

Los sistemas de cultivo eran también muy variados - aún en las fincas eclesiásticas, donde la racionalización de la explotación era mayor - desde el trienal hasta el sistema de roza; las tierras de labor estaban desigualmente repartidas entre las siembras de invierno, las de primavera, que no siempre se llevaban a cabo, y el barbecho, muy largo - generalmente más de un año - y que podía aumentar por la falta de abonos y de instrumentos efi-

caces, provocando así un mayor cansancio de la tierra y haciendo necesarios los largos períodos de descanso. Los cereales se sembraban muy espaciados; en las mejores tierras de Saint-Germain des-Prés, se sembraban alrededor de dos hectolitros por hectárea (8). El abono procedente de la estabulación era escaso debido a la mala alimentación de los animales, y se utilizaba primordialmente en los huertos. El hombre debía plegarse a las condiciones naturales que estaba poco capacitado para modificar.

De esta manera, cada familia necesitaba, para sostenerse, cultivar un área muy grande. Los campos cultivables de una aldea debían ser mucho mayores que el espacio que cada año se sembraba, obteniéndose de todas maneras rendimientos muy bajos. "Practicada [La agricultura] con una técnica rudimentaria y en un clima generalmente poco favorable, el cultivo de los cereales en esta época era muy sensible a los caprichos meteorológicos. Una primavera o un verano demasiado húmedos podían hacer que el trabajo campesino fuera casi improductivo. A pesar de un gasto enorme de mano de obra y de la desmesurada extensión del área productiva, podemos imaginarnos a estos campesinos atezados por el hambre; su única preocupación era sin duda asegurar su subsistencia, resistir durante la primavera y el comienzo del verano, en la época de los más duros trabajos. Cuando lo poco que quedaba de la cosecha después de separar lo que se apropiaban las clases dirigentes comenzaba a agotarse, se abría la época de las privaciones y de la busca de alimentos ocasionales, hierbas de los huertos, bayas del bosque, o limosnas de los poderosos. Toda la economía de esta época se nos aparece como dominada por la amenaza permanente de la escasez" (9).

En el siglo IX, la primera aradura que serviría para la siembra de primavera, se practicaba en marzo, pero donde se sembraba cebada, tal tarea debía efectuarse en febrero. En mayo, el barbecho recibía una primera labranza, que podía retrasarse, en Francia oriental y Alemania occidental, hasta junio. La segunda aradura se practicaba antes de la siembra de otoño. En las regiones de rotación trienal, como en Saint-Amand, los campos se dividen

en tres partes iguales, una para la siembra de invierno, la segunda para los cereales de primavera y la restante para el barbecho, que en este caso se labraba en mayo y noviembre.

Largamente se ha discutido acerca del arado medieval. Como es sabido, el arado de los tiempos clásicos - el aratrum - era ligero, consistía esencialmente en un eje largo, terminado en curva y puntiagudo, esta punta podía estar recubierta de hierro. Era un arado muy ligero, barato, podía ser fácilmente construido por el campesino y era apto para las tierras ligeras del sur. En cambio, no removía la tierra profundamente, por lo que, cada cierto tiempo, doce, -seis o cuatro años - había que removerla por medio de la azada. La contrapartida era la carruca, dotada de ruedas y, sobre todo, de vertedera, que permitía escarbar profundamente la tierra y hacía innecesario el trabajo de azadonarla. Este instrumento era muy conveniente para los suelos pesados del norte. Por otra parte era éste un artefacto muy pesado, que necesitaba una gran fuerza motriz y que sólo podía ser fabricado por un especialista a un precio elevado, pues requería mucho hierro.

El problema que se debate es ¿cuándo aparece la carruca y, más aún, en qué época se hace general su empleo?. Su origen se atribuye generalmente a los eslavos. Según algunos autores, Lynn White sobre todo, (10), los germanos la llevaron consigo y la impusieron en las tierras pesadas del norte de Europa, lo que explicaría la expansión de la rotación trienal. Por el contrario, Duby opina que la utilización amplia del arado de vertedera se da a partir del siglo XI (11).

Aunque la carruca se menciona desde los tiempos carolingios, no es posible determinar si correspondía este nombre al arado de vertedera o, simplemente, a un aratrum con ruedas. La carruca era un instrumento muy pesado y complejo; su construcción requería el empleo del hierro. Ahora bien, como Duby demuestra, los censos en hierro que los señores exigían eran bajos, y su producto se usaba para fabricar instrumentos para la guerra y no rejas de arado - excepción hecha del norte de Italia, donde los monasterios de San Giulia de Brescia y Bobbio exigían rejas

de arado; y ya se sabe que, en la Alta Edad Media, la Italia del Norte se puso a la cabeza de los países occidentales en agricultura, industria textil y la mayoría de las otras artes de la vida urbana (12). Los instrumentos de hierro que los polípticos enumeran cuidadosamente, consisten en herramientas de carpintería y no en aperos de labranza. Otra prueba a favor de esta hipótesis, es la cantidad de trabajos de azada que los dominios exigían y que eran muy numerosos. Como ya se dijo, la carruca hacía innecesario el trabajo de azadonar la tierra. De todo lo anterior, Duby concluye que, incluso en los dominios de las grandes abadías - los mejor dotados - la mayor parte del instrumental agrícola estaba hecho de madera y, por lo tanto, consistía sobre todo en el aratrum clásico, aunque tal vez con algunas mejoras.

El uso de la trailla se difundió mucho en la Edad Media. Los romanos la conocieron pero la usaron poco, y no se utilizó, al parecer, en las zonas templadas de Europa. Por otra parte, los romanos la emplearon para arrancar las malas hierbas; en cambio, en el medievo, se le utilizó para cubrir las semillas. Fue costumbre, aunque seguramente ya avanzada la Edad Media, que la trailla fuera arrastrada por un caballo pues, como sólo servía para cubrir la semilla, el caballo efectuaba el trabajo con mayor rapidez.

El trillo es invento medieval y ayudó a hacer más rápido el trillado del grano, que en la Antigüedad se realizaba por bueyes que pisaban el cereal en las eras, o bien batiéndolo con un solo bastón.

Pero la labor en las tierras de panllevar no representa todo el trabajo agrícola. En la Edad Media, la parte de tierra que recibía más atención era el huerto. En él se sembraban las legumbres y hortalizas que habrían de consumirse. Las habas y los guisantes, que algunas veces eran mezclados a la harina para el pan, las coles, los nabos, que ocupaban un papel semejante al de las papas actualmente; en forma menos amplia se cultivaron las zanahorias, el apio, la cebolla, el ajo, los rábanos, etc.,. El huerto se encontraba siempre junto a la morada del campesino,

cercado por setos y vallas, era el lugar privilegiado de los trabajos campesinos. La mayor parte del abono era ocupado en los huertos, que también recibían un mayor número de labranzas (13).

Eran conocidos numerosos árboles frutales: Manzanos, perales, ciruelos, nísperos, melocotoneros, membrillos, avellanos, almendros, etc.,. Algunos otros, conocidos en la Antigüedad, dejaron de ser apreciados.

Entre las bebidas, la más difundida era la cerveza, y la más apreciada el vino. La nobleza consideraba sello distintivo de su posición social el tomar buen vino. Pero su uso estuvo lejos de limitarse a las clases privilegiadas. La vid se cultivaba mucho más al norte que en la actualidad, aunque el vino resultante era mediocre, pero la dificultad del transporte obligaba a producirlo en los lugares más próximos posibles. Sin embargo, algunas regiones se especializaban en la producción vitivinícola y se dedicaban a la exportación del vino. Los vinos de Borgoña eran ya famosos en el siglo VII. En otra parte expondré las condiciones del trabajo de la vid, excepcionalmente favorables para los viñadores.

La carne era un alimento poco frecuente en la mesa de las clases pobres de la Edad Media, era, por el contrario, el alimento principal de los guerreros. La carne se obtenía tanto de los ganados como de la caza. La cacería era mucho más que un pasatiempo, era una actividad económica de primer orden a todos los niveles. El villano era tanto un campesino como un cazador y los instrumentos para esta actividad se mencionan como esenciales en el hogar campesino.

La ganadería y el pastoreo eran complemento imprescindible de la agricultura. Incluso había regiones donde constituían la actividad económica principal. Por ejemplo, la mayoría de los celtas, anglosajones y alemanes continuaban siendo pastores antes que agricultores. En Irlanda, la riqueza se medía por el número de cabezas de ganado poseídas. Y en Alemania central, el ganado era todavía un medio de intercambio en el siglo VII (14). En otras regiones la ganadería era menos importante, en Italia, por ejemplo.

Así, mientras entre los francos el ganado ocupaba un lugar de primer orden, en San Giulia de Brescia, en Lombardía, su interés era muy secundario (15).

A excepción de algunas regiones marítimas y de los Alpes, las praderas (prata) escaseaban, predominando en cambio las pasturas (pascua); por lo que el ganado mayor se criaba preferentemente en los grandes estados territoriales. En cambio el ganado menor, que requería menos inversión y se adaptaba mejor a una economía primitiva, era abundante.

La carne de vaca no se consumía a menos que fuera de un animal viejo o estéril, pues su destino principal era el yugo del arado y proporcionar leche para la elaboración de quesos. Este ganado era tratado con muchos miramientos. Los carolingios cuidaron de que no faltaran nunca en sus establos y que, en general, no se sacrificaran sino animales inválidos. "En cada dominio, nuestros mandatarios criarán vacas, cerdos, ovejas, cabras, machos cabrios, tantos como puedan. Y estos animales no deben faltar. Que además se confíen vacas a nuestros esclavos para que lleven a cabo los servicios que deben, sin que por ello disminuyan los efectivos de los establos o de los arados señoriales. Cuando efectúen la entrega de carne, que tomen bueyes inválidos para el trabajo, pero no enfermos, vacas o caballos que no sean sarnosos, y otros animales sanos" (16). Hay que agregar que el ganado proporcionaba también el mejor abono, y casi el único, para reconstituir la tierra, y que era recogido después de la estabulación del invierno. En el verano se soltaba el ganado por los campos en barbecho para que, al pastar, los abonaran también. El uso de los pastos para el ganado estaba rígidamente reglamentado, los señores trataron de sacar el mayor provecho haciendo pagar un censo a los campesinos y obligándolos, otras veces, a llevar sus ganados a los pastos señoriales para que éstos fueran abonados por las majadas; a medida que se fortalezca el régimen feudal, estas prestaciones impuestas por el señor irán haciéndose más importantes.

En los suelos más húmedos se preparaban los prados artificiales (prata), de cuyo heno se alimentaba el ganado en invierno,

junto con las cañas y hierbas cortadas de los pantanos. Los campos de labor eran cercados temporalmente para que el ganado no los maltratase y se prohibía a los pastores llevar allí a los rebaños. Al recogerse las cosechas, las cercas eran levantadas y las hazas tomaban su lugar dentro de la tierra aldeana para el pasturaje colectivo. Agricultura y ganadería estaban íntimamente relacionadas, eran actividades interdependientes.

El ganado ovejuno era criado para la producción de lana, que proporcionaba la materia prima para la vestimenta del hombre medieval, pues el lino y la seda se reservaban para las clases privilegiadas. De la piel se elaboraba el pergamino. En cambio, la carne era poco apreciada. A menudo, las ovejas eran trasladadas en las temporadas frías a las montañas para pastar. Por lo menos en Inglaterra, los rebaños de ovinos pertenecían siempre al señor. La cabra estaba mucho más extendida en el sur, en los lugares fríos y montañosos; eran muy numerosas en Italia, donde se la apreciaba por su leche muy abundante. Tampoco su carne era muy apreciada.

En cambio el cerdo proveía de la mayor parte de la carne para el consumo. La importancia de los cerdos en la vida económica, está atestiguada por la variedad de artículos que la Ley Sálica dedica a su robo (dieciseis es uno de sus primeros títulos (17)). En la Capitular de Villis, se dispone que las piaras que se alimentan en los bosques de los dominios reales debían pagar un diezmo. "Si los administradores o sus hombres hacen pastar a sus piaras en nuestros bosques, que sean los primeros en pagar el diezmo para dar buen ejemplo, y que luego los demás hombres paguen enteramente el diezmo" (18).

Los cerdos eran semisilvestres, se alimentaban de los hayucos y bellotas de los bosques donde eran llevados a pastar. Se les sacrificaba en noviembre y diciembre y se les conservaba en salmuera.

Un tipo de ganado muy estimado en la Edad Media era el caballar. Si bien en ocasiones se le utilizaba como alimento o ani-

mal de trabajo, su función esencial era el transporte y la guerra. Su empleo estaba reservado, en forma casi exclusiva, a la aristocracia guerrera y eclesiástica. Sólo mucho después se le hizo trabajar en las faenas agrícolas (su empleo anterior en ellas se limita a la región mediterránea, y aún escasamente). Los caballos eran poco abundantes y caros; había un garafón para cada tres aldeas al que se denominaba communis (19).

De las aves, la más importante, naturalmente, era la gallina. Sus huevos se conservaban duros y formaban parte de los censos señoriales. También se criaban los gansos, cerca de los molinos, y se aprovechaba a los cisnes y las grullas.

Pero lo precario de la producción agropecuaria no habría podido satisfacer todas las necesidades humanas sin el importante complemento que constituyeran la caza y la pesca.

"Las tradiciones de una economía agraria primitiva permanecían aún poderosas en la sociedad occidental; los hombres esperaban todavía obtener los productos naturales de la tierra sin trabajo, explotar los bosques y florestas, continuar los métodos sin cambio de la economía pastoral" (20). El redactor de la Capitular de Villis, hablando por los monarcas, reclamaba la vigilancia de los intendentes sobre los bosques "de la caza mayor" y de que haya "para su servicio pajareros y halcones", y en otro apartado exige que haya entre los dependientes "gentes que sepan fabricar redes para la caza, la pesca y la captura de enjambres" (21). Otro testimonio más: "Todavía en 1180, en su tratado 'Del nombre de los instrumentos', Alejandro Neckham, profesor inglés que enseñaba en París, enumeraba las redes, los sedales y los lazos para atrapar liebres, ciervos y gamos entre los utensilios habituales del hogar campesino" (22).

En general, los señores trataron de reservarse el derecho de caza; las forst designaban cotos de caza exclusivos del señor. Y se exigían censos por la utilización de los bosques. Pero el éxito de esta política fue variable y no siempre completo, la caza mayor se reservó a la nobleza, pero en cambio la menor quedaba libre al acceso de los hombres comunes.

Un cazador "profesional" al servicio del rey, explica, en el Colloquium de Alfrico, su sistema de cazar: Los perros acorrallaban a la presa, llevándola a una zona preparada con redes; cuando quedaba atrapada, el cazador acababa con ella. Para dar muerte a un jabalí, se seguía otro procedimiento. Los perros atraían a la bestia hasta el cazador, que la esperaba a pie firme, clavándole luego el venablo en la garganta (23). La nobleza, por supuesto, cazaba a caballo. La halconería era otro método para piezas menores; los numerosos tratados de cetrería que se escribieron, muestran la importancia de esta actividad, incluso mucho tiempo después. Los bosques eran habitados, además de los jabalíes ya mencionados, por ciervos, gamos, osos, zorros, tejones, conejos y liebres y por numerosas aves: Perdices, palomas codornices, garzas, etc.,.

Las mismas observaciones sobre el valor de la cacería pueden atribuirse a la pesca. El pescado se obtenía de los abundantes ríos y pantanos, completando la dieta del hombre común. Los señores disponían en sus villae de viveros donde se criaban los necesarios para su mesa, comerciándose además con el sobrante; se hacía uso también de presas y diques para atraparlos. El consumo del pescado era esencial, por otra parte, por factores de tipo religioso.

En menor cantidad se consumía el pescado marino, que se conservaba, para su transporte, en salmuera. Se traficaba en gran escala con la carne de ballena, delfín y con la del arenque. Los habitantes de las costas de Inglaterra, del mar del Norte y del Atlántico pescaban salmón, langosta, focas y anguilas (que era el pez más corriente). Muchas poblaciones vivían enteramente de esta actividad, o hacían de ella un complemento valioso de la producción agrícola. Los pescadores del Mediterráneo continuaron en la obtención del atún y otras especies de ese mar. En todas partes, el pescado fué un elemento notable en la alimentación (24).

No se puede dejar de mencionar la apicultura. La miel era el único edulcorante de la época. Las abejas y sus productos eran otro de los beneficios del bosque. La cera, además de otros usos,

proporcionaba el medio más lujoso para alumbrarse. Desde época muy temprana existía ya la práctica de la apicultura, que estaba ya muy desarrollada cuando se redactó el texto más antiguo de la Ley Sállica. La carencia de aceite en el norte llevó a explotar más intensamente la cera para alumbrarse (25).

Los viñedos merecen una mención muy especial. El gusto por el vino se extendió por todas las capas sociales de la Edad Media, sobre todo entre las casas nobles. Ni siquiera los monasterios de reglamentaciones más severas desecharon nunca el uso del vino. Obispos y abades cuidaron siempre de poseerlo en cantidad suficiente. Incluso se ha supuesto que el deseo de tener cerca un buen viñedo movió a algún obispo a cambiar su sede (26). Otros no menospreciaron el trabajar en sus viñedos.

Los campesinos que dedicaban sus pegujales al cultivo de la vid obtenían rápidamente un excedente. Los señores trataron de reducir la competencia que significaba para su propia producción, prohibiendo que vendieran su vino antes que el señorial.

Las viñas eran comunes en las tierras dominicales y se les dedicaban cuidados muy especiales. Cuidados que sólo los ricos propietarios laicos y eclesiásticos podían brindarles, por lo que fué casi siempre en sus tierras donde se dió la producción vinícola de alta calidad.

En los manuales de agricultura, se disertaba ampliamente sobre los cuidados que se debían de tener con el cultivo de la uva: Se estudiaban las cepas y las propiedades de los suelos; la elección de los sarmientos; el injerto, que se realizaba de cuatro o cinco maneras diferentes; en febrero-marzo se llevaba a cabo la poda en las tierras frías, en cambio, en las cálidas, ésta se realizaba antes del invierno; las plantas se vigilaban y trabajaban varias veces al año, se acollan y se socaban los pies de los sarmientos; viene después el deshoje y la despampanadura y, por último, el día de la vendimia.

"La vid introduce, en el mundo rural de Occidente, paisajes

particulares e incluso estructuras sociales originales" (27). Las plantas de la vid crecen en terrenos cálidos y pedregosos, muy cercanas al suelo. Los terrenos donde crecían eran cercados y protegidos de los rebaños. Los viñadores, las más de las veces, tenían una condición económica más favorable que los otros agricultores. Los vinos eran un producto hecho para el comercio. Por eso, los viñedos que más se desarrollaron fueron aquellos que se encontraban cercanos a las cortes principescas o episcopales, o que podían aprovechar las vías fluviales. La importancia de este comercio queda atestiguada por las palabras de un monje del tiempo de San Luis, en Auxerre: "Las gentes no siembran en absoluto, no cosechan, no guardan en los graneros. Les basta con enviar su vino a París por el río cercano que llega hasta allá. La venta del vino en esa ciudad les procura buenas ganancias con las que pagan enteramente su alimentación y vestimenta" (27).

Desde el siglo XI, los viticultores se vieron solicitados por los comerciantes. Impulsados también por el desarrollo de la vida burguesa, los viñedos se extendieron a lo largo de los ríos. Los primeros centros comerciales se localizaron en el valle del Mosela, hacia el Rin y desde París y Laon hasta Noyon, Soissons y Beauvais. Pero la inestabilidad de la cosecha, a causa del clima, llevó a los mercaderes a buscar el producto más al sur, en Anjou y Auxerre (siglo XII). En la Alta Edad Media, y hasta el siglo XIII, se prefirieron los vinos claros y ligeros; después de esa fecha volvieron a resurgir los de oriente y el Mediterráneo, más gruesos.

"La creación de nuevas viñas exigía también una estrecha cooperación entre señores y campesinos (..), se trataba de un cultivo delicado y cuyos beneficios no aparecerían hasta pasado bastante tiempo; la viticultura, que implica largos trabajos manuales sobre la planta, no exigía un esfuerzo de equipamiento en instrumentos y animales de labor, sino una fuerte aportación de mano de obra (...) se establecieron contratos de igual a igual (...) entre el dueño del campo y el trabajador que se ofrecía a convertirlo en viña. Según estos 'contratos de plantación', cuyo uso era

general, la nueva viña era dividida en dos mitades al cabo de cinco años, cuando las cepas comenzaban a producir, y una mitad quedaba en alodio para el campesino, como remuneración" (28).

Los campesinos demasiado pobres, sin instrumentos de trabajo apropiados se dedicaron a estas labores siendo beneficiados por los contratos arriba descritos. El cultivo de la vid fué siempre menos asfixiante que la cerealicultura, y en los países como Francia, que constaban de grandes zonas vitícolas, influyó profundamente en la sociedad rural.

Los mejores caldos procedieron de los viñedos de los ricos; los príncipes y eclesiásticos y, a partir del siglo XIII, de los patricios urbanos. Este era el vino que servía para el comercio en gran escala. Las mejores viñas no eran dejadas a aparceros sino a los domésticos y, cada vez en mayor grado, a los asalariados. Como los viñedos estaban cerca de las residencias principescas, para que pudieran estar bien vigilados, y como éstas se encontraban en las ciudades, al menos a partir del siglo XIII, los viñedos crecían cerca de las ciudades, y los campesinos que se dedicaban a esta actividad formaban grupos semiurbanos que frecuentemente participaron en los disturbios de la Baja Edad Media.

NOTAS

- (1) DUBY, op. cit. p. 20.
- (2) HODGETT, op. cit. p. 13.
- (3) Ibid, p. 14.
- (4) DUBY, op. cit. p. 40.
- (5) PARIAS, Louis Henry: Histoire Générale de Travail, Paris, Nouvelle Librairie de France, 1962, 2o. v. p. 78.
- (6) DUBY, op. cit. p. 38-39.
- (7) HODGETT, op. cit. p. 15.
- (8) DUBY, op. cit. p. 39.
- (9) Ibid. p. 43.
- (10) Su trabajo sobre economía agraria sólo lo conozco por otros libros, como Dhondt op. cit. y Hodgett, op. cit.
- (11) DUBY op. cit. p. 28 y ss.
- (12) DERRY, T.K. and WILLIAMS, Trevor I.: A Short History of Technology; from the earliest times to A.D. 1900. Oxford, The Clarendon Press, 1960, p. 29.
- (13) DHONDT, op. cit. p. 91.
- (14) BOISSONADE, op. cit. p. 73.
- (15) DUBY, op. cit. p. 470.
- (16) Ibid, p. 464-465.
- (17) LATOUCHE, op. cit. p. 81.
- (18) DUBY, op. cit. p. 465.
- (19) LATOUCHE, op. cit. p. 80.
- (20) BOISSONADE, op. cit. p. 71-72.
- (21) DUBY, op. cit. p. 465.
- (22) Ibid. p. 18-19
- (23) DHONDT, op. cit. p. 103

- (24) BOISSONADE, op. cit. 72 y Dhondt, op. cit. p. 102.
- (25) LATOUCHE, op. cit. p. 80-81.
- (26) Ibid. p. 82.
- (27) HEERS, Jacques: El Trabajo en la Edad Media, Buenos Aires, Ed. Columbia, 1967 (Col. Nuevos Esquemas, NÚm 12) p. 35.
- (28) Ibid, p. 33-34.
- (29) DUBY, op. cit. 187-188

CAPITULO IV
LA SEGUNDA EDAD FEUDAL

La Expansión Demográfica

"Hacia mediados del siglo XI se observa una serie de transformaciones muy profundas y muy generales, provocadas sin duda o posibilitadas por la detención de las últimas invasiones pero, en la medida en que eran resultado de este gran hecho, retrasadas con respecto a él varias generaciones. No se trata, desde luego, de rupturas, sino de cambios de orientación que, a pesar de los inevitables desajustes, según los países o los fenómenos considerados, afectan a casi todas las curvas de la actividad social. Hubo, en una palabra, dos edades 'feudales' sucesivas de tonalidad muy diferentes". El motor de estas transformaciones sería "el intenso movimiento de población que, de 1050 a 1250 aproximadamente, transformó la faz de Europa en los confines del mundo Occidental: La colonización de las llanuras ibéricas y de la gran llanura situada más allá del Elba; en el corazón mismo de los países antiguos, la incesante conquista de bosques y baldíos por el arado; en los claros abiertos entre los árboles o la maleza, el surgimiento de nuevas ciudades en el suelo virgen; por todas partes, en torno a las comarcas de habitantes seculares, la ampliación de los terrenos, bajo la irresistible presión de los roturadores" (1).

Efectivamente, la paz alcanzada con la detención de las invasiones, la relativa estabilidad social que el orden feudal trajo consigo, algo más que superficies cultivables y cierta mejora en el trabajo de los campos, produjeron un aumento considerable de población. Este fenómeno está muy ligado al intenso movimiento de roturación que caracteriza la historia agraria del período. Había que alimentar a un mayor número de personas. Los terrenos baldíos, los bosques, las landas, los pantanos, el mar, fueron dejando lugar a las tierras de pan llevar. Las superficies cultivables se presentaban antes como islotes de población en la inmensidad de la tierra desierta. "En Italia, salvo en las dos Si-

cialias, y en la España cristiana sólo una pequeña porción de tierras estaba en cultivo. La mitad o más del territorio de Francia, dos tercios del de los Países Bajos y Alemania, y cuatro quintos del de Inglaterra estaban incultos" (2). El movimiento de colonización será tan intenso que llegará, en un momento dado, a poner en peligro los bosques.

Georges Duby - a quien fundamentalmente sigo en este capítulo - distingue tres etapas en la evolución de los desmontes: De 950 a 1150, los campos ya en cultivo van siendo atacados por la actividad desordenada pero pertinaz de los campesinos. Casi de manera imperceptible las tierras de aradura se agrandan, a veces subrepticamente. Es una empresa que realiza cada campesino, sin coordinación y lentamente. Del Perzival de Wolfram von Eschenbach, Jacques Le Goff cita una descripción del efecto de estas rotaciones: "Poco a poco el bosque aparece todo mezclado; aquí una avanzadilla de árboles, allá un campo, pero tan estrecho que apenas se puede levantar en él una tienda. Después, mirando entre sí, percibe un terreno cultivado" (3).

Posteriormente, de 1150-1230-40, los señores emprendieron por sí mismos fundaciones de nuevos pueblos para poner en cultivo los baldíos. Esta operación fué muy vasta, sistemática y requirió de una organización eficaz. Fué necesaria una cooperación estrecha entre los señores y los campesinos. Para aquellos, la dificultad consistía en atraer nuevos pobladores hacia lugares hasta entonces deshabitados e inhóspitos; había que dotarlos de ciertas condiciones que los hicieran deseables. Se les concede un estatuto jurídico particular, las cargas impuestas eran leves y se protegía al territorio mediante la "paz de Dios". Pero "la operación era mucho más difícil cuando se trataba de un auténtico desierto, o cuando el terreno necesitaba que se establecieran en él gentes especializadas en las técnicas de drenaje. Entonces eran precisos grandes esfuerzos para reclutar, transportar e instalar a los colonos, alimentarles durante los primeros meses, ayudarles a construir su manso, organizarlos para los trabajos colectivos. El señor vacilaba antes de encargarse él sólo de hacer la publicidad,

reunir capitales y dirigir la primera fase de la operación. Entonces buscaba asociados con quienes establecía un contrato escrito. . ." (4). Podía ser un subalterno de su 'familia', un ministerial que veía la oportunidad de mejorar su posición, un segundón que buscara hacerse de un señorío propio; si se trataba de un señorío eclesiástico, se encargaba la tarea a alguno de los hermanos, haciéndole partícipe de los beneficios futuros, o bien a un apoderado, que recibiría una dotación de tierras y parte de los derechos señoriales; podía tratarse también de dos señores, laicos o eclesiásticos.

Sigerio, abad de Saint-Denis, escribe en el libro de los hechos de su administración: "Hemos fundado un pueblo en Vaucresson, hemos construido una iglesia y una casa, y hemos hecho abrir, por el arado, la tierra inculta. . . Se encuentran ya casi sesenta huéspedes, y muchos más quieren venir, si solamente alguien los provee. Este lugar era como una caverna de ladrones, desierto por más de dos millas, sin utilidad alguna para nuestra Iglesia, guarida de partidas y vagabundos a causa de la proximidad del bosque. Es por ésto que hemos tomado la resolución de que nuestros hermanos sirvieran allí a Dios, como dentro de las madrigueras donde habitan los dragones, crece ahora el verdor de los rosales y del junco" (5).

Se llevaron a cabo obras de irrigación, como las de la llanura del Po. Se desecan pantanos y se fundan nuevos pueblos, cuya nomenclatura habla de su origen: Essarts le Roi (la Artiga del Rey), Les Essartons (Las Rozas), Villefranque, etc.. El 951 de los pueblos de Flandes datan de esta época (6). El siglo XII fué el momento culminante de la roturación.

Por último, a partir de 1240 y hasta 1330, se hacen desbroces individuales, aislados, orientados a la ganadería. Es característico de este período el poblamiento aislado y el cercado de los campos. En la Brie, el Maine y las tierras del Macizo Central; en Inglaterra, en el Devon y el norte del Warwickshire; en Alemania, en la meseta bávara, los Alpes austríacos y los Kampen del Brabante septentrional. También en los lugares gana-

dos al mar, que, para eliminar la sal, se dedicaban al ganado. El sistema de explotación individual del campo cultivado y de aprovechamiento colectivo de los eriales deja paso a la empresa puramente individual. La cerca que rodeaba estas fundaciones cumplía tres propósitos. Como eran setos vivos, proporcionaban ramas, estacas, pajaza para los animales, etc.; resguardaban los plantíos del ganado; y era símbolo de apropiación individual en tierra que había sido para el uso comunal.

En la labor de artigar participaron activamente los ermitaños, muy numerosos en los siglos XI y XII; alejados de las aldeas, descubrían pequeños claros en el bosque que se iban ensanchando. También las ciudades, resurgientes, tuvieron un papel en esta tarea, pues su necesidad de granos fué un aliciente para la roturación (7).

Las Mejores Técnicas

El crecimiento demográfico, pues, forzó a un aumento de la producción, sobre todo de alimentos. Se extendieron las tierras de cultivo. Pero también se mejoraron las técnicas y los procedimientos para el trabajo del campo.

En las tierras de las grandes abadías fué donde primero se sustituyó la rotación bienal de los cultivos por la trienal (8). A partir del siglo XI, comienza a difundirse más este método, pero de ninguna manera será de uso universal, ni siquiera en las tierras del norte de Europa, más bien se aplica en las tierras señoriales.

Las ventajas de la rotación trienal eran muchas. Había un aumento de la producción, pues se dejaba una porción menor de los campos en barbecho. Al sembrarse cereales de primavera, se dividían los riesgos de una mala cosecha. La siembra de invierno, con frecuencia, consistía en avena destinada al ganado, al que por consiguiente se alimentaba mejor; la estabulación progresó, repercutiendo en las fuerzas del animal y en la obtención de abono. La dieta del campesino también fué más substanciosa y algo más variada. Una distribución más apropiada de los traba-

jos durante el año permitía cultivar, con el mismo equipo, una mayor superficie de tierra. Además la alternancia fortalecfa a las plantas.

La avena era una exigencia de los señores, para sus caballos sobre todo. Cuando este requerimiento no existía, la avena era sustituida por leguminosas. En un dominio de Artois, la siembra se componía sólo de un 25-30% de avena, en cambio 50% a 60% de arvejas, 15% de guisantes y 5% de habas. Esta sustitución se fué generalizando pues rendía más, tenía un elevado valor nutritivo y reconstituía la tierra. En Crewley, Inglaterra, se sembraba un año trigo o centenc, otro cebada, el siguiente arvejas y avena, y sólo el cuarto se dejaban eriazos (9).

La producción se elevó, pero de manera muy irregular. En zonas muy fértiles y bien trabajadas, se alcanzaba a obtener hasta 15 por uno, con una media de ocho por uno, para el trigo; en las mismas tierras, la avena daba hasta seis por uno. Por la misma época (comienzos del siglo XIV), en el Roquetteire era de 7.5 por uno; en Gornay once por uno; en cambio en los Alpes provenzales, de 3.4 por uno y en otras tierras montañosas no había sobrepasado el nivel de la época carolingia, dos por uno. La variación era incluso muy notable de un año a otro. Con 216 medidas de trigo, se cosecharon, en las tierras del Merton College, 869 medidas en 1324 y 1040 medidas en 1325. En el siglo XIII, los agrónomos ingleses calculaban como normal un rendimiento de ocho por uno en la cebada, siete en el centeno, seis en las leguminosas, cinco en el trigo, cuatro en la avena. Pero ésta parece ser una apreciación demasiado optimista (10). La producción normal en estos siglos parece haber sido de alrededor de tres o cuatro por uno.

Pero el ciclo trienal "sólo podía ser aplicado en suelos fértiles, y por agricultores bien equipados, con instrumentos capaces de revolver profundamente la tierra para renovar su fertilidad" (11). Estos agricultores, en esta época, sólo eran los señores. Únicamente hasta los siglos XIII y XIV los campesinos comenzarán a adoptarlo.

Desde el siglo XI, pero principalmente a partir del siglo XIII, se hacen una serie de mejoras en los aperos. Penetra más el arado de vertedera y con ruedas; Joinville en la Cruzada, se extraña al ver a los campesinos egipcios arar con "un arado sin ruedas" (12). Las ventajas de este instrumento ya han sido descritas. Abría más profundamente la tierra, que se reconstituía más rápido y alimentaba mejor a la semilla, dando un cereal de más calidad. Impedía que la tierra se agotara excesivamente y posibilitaba la rotación trienal. Por otra parte el empleo de hierro en su fabricación, por lo menos en sus partes cortantes o contundentes, significó un adelanto importante en la eficacia del arado y otros instrumentos.

En el siglo XII se descubrieron yacimientos de hierro en Hungría, Bohemia, Sajonia y Herz, y se aventajó en la extracción y trabajo del mismo (13). Por esas fechas, se dan concesiones a muchas abadías de poseer una forja. Por ejemplo, en la Champaña, las abadías de La Crete, en 1156, Claraval, en 1157, Boulaucourt, e Igny en 1158, Auberive en 1160, Langay en 1168. Las abadías inglesas también desde mediados del siglo XII reciben estas concesiones (14). Las prestaciones en rejas de arado provienen, en su mayoría, de esta época. Al mismo tiempo que perfeccionaba la labranza, el hierro facilitó el desmonte de los baldíos.

Se desarrolló la guadaña de mango pequeño, y después la de mango largo que, para el siglo XII, era casi como la actual. El yugo para uncir a los bueyes, que antes se fijaba al pecho del animal, ahogándolo, se modificó sustituyéndolo por el yugo frontal. El animal puede entonces tirar más fácilmente y resiste más trabajo. Con el nuevo sistema de enganche, el caballo puede ser empleado en las labores agrícolas. El caballo es más rápido y resistente, su rendimiento duplica al del buey; un beneficio más es que se pueden aprovechar más oportunamente las condiciones atmosféricas favorables. También se comienza a herrar a los animales de tiro, lo que constituye una gran ayuda para las bestias.

Sin embargo, la producción en general seguía siendo baja. Los suelos continuaban sin abonos suficientes. Los señores ingle-

ses exigían que las ovejas pernoctaran en las tierras del dominio. Otras veces, las ferias de ganado habían de realizarse en la tierra del señor, para que fueran abonadas. Casi no se usaba encerrar el ganado, y el producto de la estabulación era reducido. La siega se efectuaba con la hoz, abandonando sobre el campo la mayor parte del tallo, tanto para que los más pobres de la aldea pasaran a recoger lo que hubiere quedado, como para aprovecharlo como abono.

La mejoría que tuvieron los suelos se debió al mayor número de sus labranzas. Estas llegan a ser hasta siete y ocho. Se difunde la práctica del rastrillaje, y las prestaciones exigidas a los campesinos dependientes para esta tarea se generalizan hacia 1250.

El progreso técnico se da sobre todo a partir del siglo XIII, como ya se había dicho, cuando ya ha disminuído el trabajo de roturación y ampliación de las tierras cultivadas, y se hace indispensable hacerlas producir más intensamente (15).

Es necesario mencionar la expansión del uso del molino. Desde la época carolingia, pero mucho más a partir del siglo XI, el molino hidráulico dispensa al campesino de una gran cantidad de trabajo, que le va a permitir ocuparse más de sus tierras. Sólo en Troyes, once molinos se construyeron entre 1157 y 1191. La inversión en molinos era de las más lucrativas. El molino de viento principia a ser utilizado ampliamente desde el siglo XII, fecha en que se adopta su mecanismo también para el prensado de aceituna y para hacer cerveza.

A pesar de sus limitaciones, la expansión agrícola conjuró el peligro de las terribles hambres de siglos anteriores, las que no vuelven a presentarse hasta finales del siglo XIII y sobre todo en el XIV. La última amenaza de hambre en Alemania, en 1217-18, se resolvió gracias a la importación de granos de las tierras nuevas. Pero la presión demográfica incesante acabó por hacer insuficiente el auge agrícola. Desde mediados del siglo XIII comienza a manifestarse ese peligro que tomará cuerpo des-

pués. En el siglo XII, la tasa de mortalidad era de cuarenta por mil, para los adultos, con una esperanza de vida de 24 años; con posterioridad al 1290, la primera asciende a cincuenta y dos por mil, y la esperanza de vida se reduce a veinte años.

Desarrollo Agrícola y Comercio

Se ha dicho de la economía medieval que "se trata de una economía de subsistencia, con intercambios muy limitados, en el que las piezas de moneda, muy escasas, circulan poco; en que la campaña predomina decididamente sobre la ciudad" (16). Tal afirmación debe ser matizada, y en gran medida si se refiere a los siglos bajomedievales.

El crecimiento de la producción agrícola que se da a partir del siglo XI, permitirá algunos excedentes comerciables. Cuando el fruto de los cereales era de tres por uno, alcanzaba a alimentar al productor; si era mayor, podía venderse. Este comercio no dejó de aumentar en los siglos siguientes y alcanza su apogeo en torno al 1300. Desde el siglo XIII se dejaba regularmente una parte importante de la cosecha para el mercado. En el obispado de Winchester, las operaciones comerciales ascendían a cinco mil hectolitros; lo que representaba casi la mitad del producto bruto y un ochenta por ciento del producto neto, después de deducir la simiente. Un embarque del Mediterráneo a Brujas, organizado por unos comerciantes en 1317, consistió en veinte mil hectolitros de trigo. En 1199, se inicia la exportación de cereales de East-Anglia a Noruega. Es entonces cuando cobran gran importancia los servicios de acarreo que los campesinos dependientes deben a su señor. Este servicio desapareció muy tardíamente. Son establecidos, siglo XI, los derechos de portazgo, de paso de las mercancías de un lugar a otro. A finales de ese siglo se extienden los mercados y son organizadas las ferias, su auge se localiza en el umbral del siglo XIII, aunque en Italia, donde habían comenzado en el siglo X, se encontraban ya en decadencia en el XI, debido al crecimiento de las ciudades. "Las explotaciones agrarias se ven solicitadas a producir, además de sus medios de subsistencia, alimentos para responder a la continuada presión de los compradores." (17).

Por otra parte, el desarrollo de las ciudades obliga a un intercambio comercial entre la ciudad y el campo, que favorecerá el uso de la moneda. La población de las ciudades debía ser provista de alimentos que no producía, fué ésta una de las principales preocupaciones de los ayuntamientos. El de Niza, por ejemplo, orientaba a la adquisición de trigo la parte más considerable de su presupuesto; lo compraba en las montañas cercanas, o si era necesario, en Pisa, Montpellier o Marsella.

Desde el siglo XII es ya muy regular el comercio de productos de cultivos de lujo: Vino, tintóreas, textiles.

Por medio del comercio de cereales, el medio rural recibirá una amplia afluencia de moneda que influirá poderosamente en la organización social, como veremos más adelante. Pero este comercio no es el único que relaciona al campo con la moneda, la ganadería y la explotación de los recursos forestales serán la base de otro activo comercio que llegará a todos los rincones del continente.

Gran parte de la explotación de los baldíos que vemos en el siglo XI tiene por finalidad la cría de ganado, aunque su momento más intenso se coloca a partir del siglo XIII y más adelante. La ganadería fué desarrollada activamente por algunas órdenes monásticas, como los cistercienses. "Monjes y hermanos conversos parecen poseídos en el siglo XII, de la agresividad avasalladora y batallona que caracteriza a los ganaderos" (18). Estas órdenes llegan a contar con varios miles de cabezas. En la abadía de Ramsey, Inglaterra, se calcula un aumento del veinte al treinta por ciento en el número de animales. Los precios del ganado y de los productos pecuarios, como los del trigo, no dejaron de subir, y eran muy considerables en el siglo XII.

La ganadería estaba muy relacionada con las condiciones del mercado, las pieles, la carne, la lana tienen gran demanda. Hay un esfuerzo constante para mejorar las especies. En Inglaterra que, con excepción de East-Anglia, aparece toda ella dedicada básicamente a la ganadería, se obtiene la mejor variedad de lana en

el Lincolnshire. En Artois, en Francia, se hacen intentos por aclimatar la oveja de Cachemira, de fina lana. Los merinos del Margreb fueron aclimatados en España. En Italia del sur las ovejas de Berbería. Todos ellos destinados al comercio de lanas. Asimismo Inglaterra e Irlanda exportaban tocino, jamones, manteca y cebo; hacían lo mismo el Rosellón y la España del norte. Esta actividad no es privilegio de los grandes señoríos; en Inglaterra, en el siglo XIV, la mayor parte de los carneros pertenecían a pequeños propietarios. El auge de la ganadería fué de suma importancia. "Al ser una fuente de grandes recursos, la ganadería impone sus costumbres, sus ritmos estacionales y sus estructuras sociales particulares. En los 'fens' ingleses, los habitantes forman 'círculos' - sokes - reuniendo muchos burgos rurales para la explotación de todo un pantano; sus alguaciles y sus tribunales reinan sobre el 'fen' y dirigen las grandes reuniones comunales para marcar el ganado; entonces, durante tres días y tres noches, una veintena de hombres montados a caballo, otros navegando en barcos ligeros, conducidos todos por un 'bailli' (juez), vigilan, controlan y cuentan los ganados. He aquí otro ejemplo de una economía muy especializada, de una civilización nacida de la ganadería extensiva sobre tierras marginales, cuya impronta han conservado mucho tiempo algunos países de Occidente"(19).

A partir del siglo XIII, comienzan a regularizarse los grandes traslados estacionales en busca de pastos. Desde la meseta central en España, tres mil criadores y alrededor de tres millones de cabezas de ganado se desplazan del norte a los pastos de invierno en los 'extremos', en el sur. Este ejército de majadas pasa siempre por los mismos caminos, animando el comercio de la región y suscitando la irritación de los campesinos, cuyos sembradíos dañan. Este mismo siglo contempla una enconada lucha entre los campesinos y los ganaderos, no sólo porque los rebaños de éstos destruyen los cultivos, sino porque los campesinos, al continuar con las roturaciones, acaban con los pastos y las superficies boscosas, indispensables para la ganadería. Además la proliferación de la ganadería amenaza los prados de la aldea, sobre todo cuando pertenecen al señor, quien trata de apropiarse de las tierras comunales.

A causa de todo ello, se regulan estrictamente los derechos sobre los bosques y prados. Se refuerzan las obligaciones colectivas, se norman las relaciones entre la posesión privada de las tierras de cultivo y la comunal de los campos, eriales, o baldíos. El fortalecimiento de la solidaridad aldeana permite oponerse mejor a la pretensión de los señores de limitar el uso de los bosques. Sin embargo, en esa misma época se fortifica la autoridad señorial sobre la comunidad, sobre sus usos y sobre lo referente al aprovechamiento de los pastos y bosques; este fenómeno es generalizado. Aumentan los derechos sobre su utilización, antes casi simbólicos. En muchas ocasiones se llega a un acuerdo con el señor, se reconoce una parte como sujeta a las obligaciones comunales establecidas por la costumbre, pero otras quedan ya definitivamente fuera. El poblamiento aislado, característico de la colonización del siglo XIII, está ligado a las especulaciones ganaderas y se sale de las comunidades campesinas.

"La cría de ganado proporcionaba a los campesinos dinero en metálico, los ponía en relación con chalanos y comerciantes de lana, y sobre todo, con los burgos de la comarca donde se celebraban las ferias" (20).

También los precios de la madera se fueron para arriba. Los siglos XI y XII vieron la construcción de numerosos castillos y templos. El XIII requirió la madera para las ciudades y para los ya numerosos barcos, los que debían ser reconstruidos lo menos cada diez años. Para la fabricación de cubas y toneles para el vino. Leña para los talleres y los hornos. Rodrigones para las viñas, etc.,. Del bosque se extraía además resina para las antorchas, cortezas para los cordeleros, cera para los cirios, cal, ceniza y carbón para las fraguas, etc.,. Todos estos productos de que proveía el bosque se vieron amenazados por los continuos desmontes, de manera que en el siglo XIII se empezaron a poner restricciones a su uso y a su roturación, y se gravaron sus productos. La explotación forestal, como la ganadera, llevó el comercio al campo. "Las talas se vendían generalmente en subastas públicas. Así, al igual que la viticultura, - de que ya se habló en otra parte -

la explotación forestal atraía a fines del siglo XIII a los mercaderes, y por consiguiente a la moneda, hasta los más recónditos lugares, aumentaba los beneficios de la explotación directa (de los dominios) y, por último, procuraba empleo y salario a las gentes que no tenían bastantes tierras para asegurar con ellas la subsistencia" (21).

En efecto, todas estas fuentes de ingreso representaban una ayuda complementaria para los campesinos. "Derivada de la prosperidad y la liberación de la capacidad adquisitiva de las jerarquías sociales más elevadas, la especialización progresiva de algunos campesinos en la producción de artículos comerciales (vino, pieles, lana, trigo, etc.), permitió el increíble amontonamiento de gentes sobre las minúsculas parcelas que nos presentan a fines del siglo XIII algunos inventarios señoriales, y que sería inexplicable sin la existencia de posibilidades de trabajo exteriores a la agricultura" (22).

Economía y Sociedad

Como ya se dijo, la propiedad señorial es el marco del trabajo campesino, por lo que la situación del señorío influye en las condiciones de trabajo y la evolución de éste transforma a su vez a aquél. Los siglos X y XI son de crisis y cambio en la estructura señorial. Los grandes propietarios se enfrentan a un grave problema, la disminución de sus patrimonios.

Además de las herencias y los repartos feudales, otro factor viene a fraccionar y a menguar el patrimonio de los señores, las continuas y considerables donaciones a la Iglesia. "El rudimentario sentimiento religioso de la época consideraba la donación de bienes materiales a los servidores de Dios como el más recomendable de los actos piadosos. Todos los cristianos daban, y a menudo. Daban aquello que más poseían y que consideraban como más precioso, es decir, tierras. Las actitudes religiosas determinaron, pues, en esta época un traspaso de riqueza de extraordinaria magnitud, cuya consecuencia fué el nacimiento y la prosperidad de innumerables señoríos eclesiásticos a costa de los patrimonios laicos" (23).

Al propio tiempo, los mansos se fueron disgregando cada vez más rápidamente. El cuarto de manso, que habíamos visto aparecer en la época carolingia, se generaliza y se subdivide, tanto por efecto de la presión demográfica, como a causa de su mayor productividad; se hace sumamente complicado exigir los servicios.

Una dificultad más: Las fuentes, procedentes de los señores, se quejan continuamente de la falta de trabajo de los siervos (24). El dominio continuaba trabajándose como en el siglo IX; grupos de domésticos realizaban su explotación, complementada fundamentalmente por el trabajo de los campesinos dependientes. A medida que los señores se veían afectados por intercambios más activos, crecían sus necesidades, pero sus rentas permanecían iguales.

A partir de entonces la clase de los caballeros se hace más cerrada. De un grupo al que se podía ingresar por la riqueza, se convierte en una verdadera nobleza de sangre. Se limita el reparto de las tierras por las herencias y se intenta la reconstitución de los bienes patrimoniales por varios medios, ya fortaleciendo las empresas de colonización, ya apoderándose de las tierras de la Iglesia, ya por medio de las donaciones de los grandes príncipes territoriales. A partir de entonces los señores menos importantes dejan de repartir tierras. Hay que añadir que el relativo aumento de la productividad hizo que necesitaran menos tierras, y que fueron los primeros en beneficiarse de las nuevas ventajas que reportaba el comercio. Los señores logran establecer nuevas condiciones en la explotación agrícola y en la percepción fiscal que les van a permitir salir adelante en la crisis. Estas innovaciones van a repercutir naturalmente sobre los campesinos.

Los progresos técnicos tuvieron como efecto que las prestaciones en trabajo exigidas a los terrazgueros disminuyeran, pues eran ya menos necesarias. Por ejemplo, en los dominios de la abadía de Saint Germain des Prés, en Thiais, en el siglo IX cada manso debía ciento cincuenta y seis días de trabajo al año; para 1250, cada campesino no debía sino nueve días. El relativo crecimiento comercial, nacido de la prosperidad agrícola, proporcionó a los campesinos algunas monedas de las que los señores, necesitados de

numerario para solventar sus cada vez más crecidos gastos, se apresuraron a arrebatarles una parte. Para ello conmutaron en cierta medida los servicios en trabajo, que iban siendo superfluos, por un censo en dinero. También los tributos en especie fueron substituidos por otros en dinero, aunque más lentamente. El fenómeno fué desigual según las regiones y hubo retrocesos, pero de todas formas afectó a todo el Occidente medieval. La razón que se da para ese cambio es "la inercia, la inutilidad, la desidia y la pereza de los que efectuaban los servicios", dice un texto alsaciano del siglo XII (25). Sin embargo, en el norte las prestaciones en trabajo eran aún importantes en el siglo XII. Algunas abadías lorenesas exigían entrega de madera trabajada, cultivo de dos parcelas separadas del dominio, una con cereales de primavera y otra con cereales de invierno; y diversos trabajos según la época; cada manso debía construir un trayecto de cerca en marzo, en julio había que segar y poner a secar el heno, la siega del trigo era en agosto y después el acarreo del grano y la limpieza del granero y, muy importante, debía prestar su arado en cada temporada de labranza. De todas formas los señores buscaron extraer de sus tierras el máximo provecho posible en dinero.

En las tierras de reciente colonización el fenómeno era mucho más notorio. Así, en la región del Warwickshire, recientemente colonizada, por cada cinco pueblos dos estaban libres de prestaciones en trabajo; en cambio en el sur de la región, de antiguos asentamientos, sólo uno por cada cinco se encontraban libres de ellas.

Tales medidas favorecieron mucho a los campesinos que así podían dedicar más tiempo a su propio pegujal, y también podían disponer de sus propios productos para llevarlos al mercado. A lo anterior debe añadirse que los censos eran fijos y sólo alterados con dificultad; por eso, al elevarse el precio de los bienes del campo, los campesinos no tuvieron que soportar una carga muy pesada. "El terrazguero de un manso de la región de Mâcon, cuyo beneficio anual se valuaba en unas veinte libras, pagaba como censo diez sueldos anuales a su señor; es decir, conservaba el 98% de

los beneficios" (26). A las condiciones antes referidas, se aña la roturación de nuevas tierras que ofrece al campesino atractivas oportunidades de liberación y de mejora económica. Para retener a sus campesinos, los señores tuvieron que aligerar sus exigencias.

Entre los campesinos van surgiendo diferencias. Aquellos que poseen instrumentos de trabajo, los labradores, y los que carecían de ellos, los braceros, que tenían que recibirlos del señor a cambio de una sujeción mayor. Esta separación fué ahondándose en la medida que cobran importancia las prestaciones de trabajo con animales y equipo. "El equipo constituido por el arado, los animales de tiro y el hombre que los conducía, se impuso entonces [siglo XI], como la célula económica de base, la medida que permitía al señor estimar el valor de sus dependencias, calcular los servicios que podía esperar de ellos" (27). Fueron estos campesinos los que se beneficiaron de las condiciones más favorables que presentaba en ese momento la sociedad feudal.

La disminución de las rentas señoriales orilló a éstos a buscar nuevas salidas, hacia los finales del siglo XIII, se produce otra serie de transformaciones importantes.

Se acentúan algunos de los fenómenos iniciados los siglos anteriores: Los grandes propietarios trataron de orientar su producción al mercado, sobre todo por medio de la ganadería. En realidad, aunque el siglo XIII es el del máximo tráfico mercantil con cereales, las explotaciones cerealeras dejaban poco provecho; en una encomienda de los caballeros del Hospital, el valor de la cosecha era de doscientas sesenta y seis libras, teniendo que pagarse en total por el trabajo doscientas veintidós. Se incrementa el trabajo asalariado para cultivar el dominio. Este, en los siglos anteriores, en muchas ocasiones había dejado de ser explotado directamente por los propietarios, de hecho, una gran cantidad de éstos se habían convertido ya en gran medida en rentistas; no obstante, muchos señores vuelven a explotar directamente sus dominios en el siglo XIII. Para ello muchos tratan de volver a exigir las antiguas prestaciones en trabajo. Pero este fenómeno se da más bien en las grandes abadías, más apegados en eso a los sistemas

tradicionales; en su mayoría se recurrió a personal asalariado, incluso en los dominios eclesiásticos. Es menester aclarar que la evolución en Inglaterra tiene matices propios. Ahí los señores no se desligaron de su propiedad, y por lo tanto mantuvieron más tiempo los requerimientos en trabajo, conservando a los campesinos ligados al dominio.

En general, se puede decir que los señores trataron de salir de esta nueva dificultad aumentando sus exigencias sobre los campesinos. En esta tarea se vieron auxiliados por la evolución seguida por el señorío feudal.

Veamos. Dentro del grupo de los señores se distinguan varios rangos, que podemos clasificar en dos principales, los señores con poder político, poseedores del bannum, y los que sólo lo eran de sus propiedades agrarias. Al disgregarse la autoridad real, quedó en manos de algunos poderosos señores. A su vez, éstos lo repartieron entre otros menores, principalmente a los que tenían mando militar, los castellanos. El señorío jurisdiccional trató de imponerse a todos los habitantes no señores de un determinado territorio. Por eso, hacia el siglo XI tiende a abandonarse la distinción entre servus y francus, pues el señor 'banal' pretendía imponer su autoridad sobre todos, dependientes o no, y a todos imponer sus exacciones. Todos los atributos del poder público fueron utilizados por ellos para conseguir ganancias que sobrepasaban con mucho los productos de la simple señoría. Ellos cobraron los portazgos y los derechos sobre ventas; impusieron tributos, las famosas 'tallas', ayudas que los aldeanos tenían que pagar cuando al señor se le ofreciera; y sobre todo impartieron justicia, imponiendo elevadas multas de las que el juez llevaba siempre un buen por ciento.

Los señores jurisdiccionales también impusieron a los campesinos algunas obligaciones de trabajo, de acarreo, por ejemplo, y sobre sus arados, estas cargas señoriales se dan a partir del siglo XII. Es posible que muchas obligaciones exigidas en los siglos XI y XII, no fueran las supervivencias de los antiguos servicios, sino nuevas cargas que estos señores hacían pesar sobre

el campesino" (28).

Hacia finales del siglo XII y sobre todo en el XIII, el señoría jurisdiccional empezó a confundirse con los derechos de la señoría sobre la tierra. De manera que los señores pudieron imponer nuevas cargas sobre sus dependientes, sobre todo en numerario. En esta época los señores estaban urgidos de moneda; sus tierras estaban endeudadas porque habían respondido con ellas para allegarse recursos, por lo que sus nuevas prerrogativas vinieron a salvar la situación. Otra ventaja fué que el poder jurisdiccional no se repartía entre los herederos sino que quedaba en manos del hijo mayor, preservando la integridad de los patrimonios.

Los campesinos tuvieron que defenderse de estas nuevas gabelas que venían a abrumarlos. En el siglo XIII se dan muchos movimientos de las aldeas para obtener la redacción de las 'buenas costumbres' y las franquicias, para lo cual los campesinos pagaban elevadas sumas, pues de esta manera obtenían mayor seguridad; lo anterior demuestra también que la libertad personal era muy apreciada. Consiguen también que las 'tallas', los impuestos arbitrarios por excelencia, quedaran establecidas en un censo anual fijo. Pero el fenómeno, por supuesto, no fué general. En Lorena fué un beneficio exclusivo de las poblaciones más importantes; al este del Rin fueron excepcionales; en Inglaterra, salvo algunos burgos fundados en el siglo XIII, no se presenta a causa de la autoridad del rey; en Francia fué muy desigual; en Borgoña fué muy tardío y escaso, en la región parisiense fué más general pero se sitúa entre 1245 y 1275, muy difundido en Provenza y raro en el Delfinado; su desarrollo mayor, desde luego, fué en Italia.

En auxilio de los campesinos estaba el hecho de que los señores tenían necesidad de los trabajadores, sin los cuales la tierra no valía nada. Los campesinos, en ocasiones, se agruparon en cofradías y en 'conjuraciones' para defenderse, algunas veces incluso violentamente (29). Pero la forma más eficaz que tuvo el campesino para defenderse, fué su pasividad ante las exigencias señoriales y la solidaridad aldeana. "Es evidente que la comunidad aldeana formaba un bloque compacto ante los perceptores, y que los

agentes encargados de efectuar un embargo o confiscar una parcela encontraban a veces a toda la población sublevada para impedirles realizar su misión. La indocilidad de los campesinos, su inercia y a veces su resistencia activa son factores determinantes. . . y frenaron sensiblemente la transferencia de la riqueza producida por los campesinos a las arcas de los señores y de sus mandatarios"(30).

Pero la obtención misma de la libertad por parte de algunos campesinos, marcó más las diferencias que ya existían entre ellos. Los más afortunados lograron liberarse de muchas exigencias señoriales e incluso logran amasar una cierta fortuna. Son éstos los más interesados en obtener la libertad personal. Según Jaccard, "es en la línea de este tenaz esfuerzo de liberación individual del campesino medieval que se debe colocar, sin duda, en los siglos X y XI (tan antigua era su lucha), el primer descubrimiento importante de los tiempos modernos" (31). Desafortunadamente no todos tuvieron tanta suerte. Los braceros debían trabajar como asalariados en las tierras de otros, o someterse a una nueva servidumbre para obtener del señor un equipo adecuado. En realidad, la necesidad de un tal equipo mantuvo a los campesinos en dependencia, pues podían abandonar las tierras señoriales con tal que abandonaran sus bienes muebles, es decir, su arado. También, a finales del siglo XII, se desarrolló otra categoría de domésticos que se había ido formando nuevamente. Debían algunos servicios agrícolas y otros trabajos. Su característica es que, a diferencia de los antiguos domésticos, no vivían en la casa señorial, sino que se les da una pequeña tierra para ligarlos al dominio, aunque sus verdaderas ventajas eran las entregas de dinero y alimentos y de simiente por parte del señor y la utilización de los arados señoriales, etc.,.

"Préstamos, avances para la compra de ganado, alquiler de bueyes, fueron otros tantos procedimientos por los que el capital urbano fué penetrando en el contado de las ciudades italianas. En todas partes el señor mantenía su autoridad sobre los hombres ayudándoles a incrementar su ganado, o amenazándoles con la confiscación" (32).

Pero este nuevo predominio tenía su base en la posesión de derechos jurisdiccionales, o en una supremacía económica, pues para el 1300 lo que importaba ya era la situación económica y no los derechos señoriales sobre los campesinos. Así vemos que algunos campesinos enriquecidos o, con algo más de frecuencia, burgueses, se aprovechaban de las mismas ventajas para someter a los campesinos a su explotación.

Para concluir "subrayemos que el régimen señorial se muestra, en la mayor parte de los documentos de esta época, favorable a la economía campesina, pues no agobiaba a los cultivadores modestos y no absorbían más que una porción relativamente pequeña de sus ganancias. Los hombres que en los siglos XI y XII elevaron los rendimientos agrícolas y conquistaron tantos nuevos campos de tierras vírgenes, no tenían - por lo menos en apariencia - la sensación de fatigarse en beneficio exclusivo del señor. En definitiva, la posesión de una tenencia no era mucho menos ventajosa que la de un pequeño alodio. Pero no debemos olvidar que todos los humildes, tanto los campesinos libres como los dependientes, debían ceder además una parte de sus ingresos a otros señores, que lo eran, no de sus tierras, sino de su persona" (33).

Con el tiempo, las relaciones personales entre campesino y señor fueron perdiendo importancia y fuerza. Estos se transforman cada vez más en patronos, que distribuían salarios y prebendas, y acaban por convertirse en meros perceptores de rentas alejadas de sus dominios (34). El fenómeno se acentúa en la medida que los señores van a residir a las ciudades y que la autoridad de los reyes y de los príncipes atrae a muchos hacia ellos.

El siglo XIV encuentra a los señores en buena posición económica y sin haber perdido su predominio social, aunque el poder político había comenzado a concentrarse. La crisis que se manifestará en este siglo, como quiera, será el resultado de la evolución anterior. Pérdida del control, por parte de los señores, sobre los campesinos, que de hecho fueron transformándose en propietarios de sus pequeñas tierras. Endeudamiento progresivo de las tierras y disminución de su valor. En tanto que subían los precios de los

artículos que debían comprar para mantener su posición. Pérdida, hasta cierto punto, del poder político. Mayor diferenciación entre pequeña nobleza y la gran aristocracia. A todo ello hay que añadir las hambres catastróficas del siglo XIV, y las epidemias, que diezman la población, encarecieron la mano de obra y elevaron los salarios, al mismo tiempo debilitaron el control de los señores sobre los campesinos. Se desorganiza terriblemente el mundo rural, los habitantes huyen de sus poblaciones y abandonan las tierras, es imposible obtener las cargas, exacciones y servicios. Las continuas guerras a las que recurren los señores para preservar su poder, desordenan aún más la vida en el campo y agravan la crisis económica y social. Crisis señorial y crisis de la feudalidad. Toda la humanidad europea se convulsiona durante dos siglos, sin sus apoyos tradicionales y en los momentos más difíciles desde las invasiones del siglo IX. De la crisis sale robustecida la autoridad de los monarcas en Francia e Inglaterra y de los grandes príncipes en Flandes e Italia. La tierra entra de lleno en las especulaciones del capital, recibiendo nueva vitalidad. Las capas más importantes de la nobleza logran reconstituir así su posición social, al mismo tiempo que los burgueses penetran en la propiedad señorial, y entre los campesinos se ahonda la separación entre braceros y labradores. Cayendo muchos en peor situación que la de los siglos anteriores, y sólo unos pocos aprovechando las oportunidades que la nueva situación ofrecía a la iniciativa personal.

NOTAS

- (1) Marc Bloch citado por LE GOFF, Jacques: La Baja Edad Media, México, Siglo XXI editores, 1971 (Historia Universal Siglo XXI, núm 11), p. 6.
- (2) BOISSONADE, op. cit. p. 226.
- (3) LE GOFF, La Baja Edad Media, p. 30
- (4) DUBY, op. cit. p. 109.
- (5) PARIAS, op. cit., p. 102.
- (6) BOISSONADE, op. cit. p. 230.
- (7) JACCARD, Pierre: Histoire Sociale du Travail de L'Antiquité a nos Jours, Paris, Payot, 1960, p. 153
- (8) DERRY, T.K. and WILLIAMS, Trevor I.: A Short History Of Technology; from the Earliest Times to A.D. 1900, Oxford, the Clarendon Press, 1960, p. 26
- (9) DUBY, op. cit. p. 135.
- (10) Ibid., p. 139.
- (11) Ibid., p. 130.
- (12) LE GOFF, La Baja Edad Media, p. 34.
- (13) DERRY, op. cit., p. 102.
- (14) LE GOFF, La Baja Edad Media. pp. 33-34.
- (15) DUBY, op. cit., p. 136.
- (16) HEERS, Jacques, op. cit. p. 12.
- (17) DUBY, op. cit., p. 171.
- (18) Ibid., p. 192.
- (19) HEERS, op. cit. p. 17.
- (20) DUBY, op. cit. p. 200.
- (21) Ibid., p. 195.
- (22) Ibid., p. 209.
- (23) Ibid., p. 230.

- (24) JACCARD, op. cit. p. 127.
- (25) DUBY, op. cit. p. 272.
- (26) Loc. cit.
- (27) Ibid., p. 158.
- (28) Ibid., pp. 270-271.
- (29) BOISSONADE, op. cit. p. 248
- (30) DUBY, op. cit. p. 364.
- (31) JACCARD, op. cit. p. 142.
- (32) DUBY, op. cit. p. 159.
- (33) Ibid., p. 287.
- (34) Ibid., p. 278.

CAPITULO V

EL TRABAJO ARTESANAL

La Alta Edad Media

Al desorganizarse la vida política y económica del Imperio romano, junto con las técnicas agrarias cayeron en el olvido las técnicas artesanales. Muchos de los logros alcanzados por la Antigüedad se pierden con la disminución de la demanda comercial y con la confusión bárbara. Las invasiones hicieron retroceder la obra de romanización y provocaron, ya un retroceso a las tradiciones artesanales locales anteriores, ya la introducción de técnicas aprendidas por los bárbaros durante su estancia en el sur de Rusia unos, y en la relación con los pueblos del Irán e incluso de la India otros (1). Por ejemplo, los forjadores galo-romanos utilizaban el 'remojo', mientras que los merovingios sólo conocían el 'recocido', o sea el enfriamiento lento del metal. Los vidrios potásicos son sustituidos por vidrios sódicos, sin el óxido básico, como en el antiguo Egipto. La alfarería, por su parte, retrocede a los tiempos protohistóricos.

Pero la pérdida de los conocimientos especializados no fué el único contratiempo que enfrentó la actividad artesanal. Aca-so más importante fué el hecho de una disminución de los requerimientos sociales para estos bienes. No sólo por la carencia de numerario con que pagarlos, sino porque el gasto en hombres que el mantenimiento de esas operaciones conllevaba, no podía ser arrojado por una sociedad que apenas producía lo necesario para sobrevivir del trabajo agrícola. El artesanado medieval nacerá de los campos señoriales, donde el campesino fabrica lo que precisaban él y su señor (2).

Como quiera, se preservó el artesanado dentro de los muros de las ciudades. La presencia de los obispos y su corte permitía subsistir a algunos artesanos. Con la desaparición del estado, la acuñación de moneda pasó a manos de algunos grandes señores, y el amonedamiento mantuvo también un cierto número de

obrerros (3).

Más tarde algunos reyes germánicos se preocuparon por reorganizar la producción, tanto en la actividad agrícola como en la industrial (4). El "renacimiento" carolingio intentó un retorno a las técnicas romanas. Los maestros, en arquitectura, tratan de seguir algunos moldes de la Antigüedad romana. Surgen diferentes compendios de recetas, como las Composiciones ad tingenda, o sea indicaciones para aplicar las tinturas y enseñar a preparar los pigmentos, a dorar los metales, a teñir los cueros, etc., o también la Mappae clavícula de efficiendo auro. La mayoría de estas fórmulas procedían del mundo helenístico, de donde habían sido recogidas por los romanos (5). Es entonces cuando se inicia la pañería flamenca; sus tradiciones fueron transmitidas de padres a hijos por los artesanos que seguramente abundaban en la región (6).

Los artesanos en los siglos VII y VIII eran ambulantes. Gracias a la correspondencia mantenida entre los obispos y los abades, podía conocerse la necesidad que había en los diferentes lugares de artesanos de uno u otro oficio. Sólo temporalmente, pues, se empleaba el trabajo de estos hombres. Eran muy pocos los grandes señores que podían permitirse el lujo de tener artesanos permanentes. Los carolingios organizaron la producción conforme a sus exigencias. Así, ordenaron en el artículo cuarenta y tres de la Capitular de Villis: "Que nuestros intendentes hagan dar, en el tiempo conveniente, a nuestros graneros según el uso establecido, las cosas necesarias para el trabajo, es decir, el lino, la lana, la gueda, la tintura bermeja, la rubia, los peines para la lana, las cardas, el jabón, la grasa, las vasijas y los otros objetos que son necesarios para los gineceos" (7). Eso era el trabajo exigido a las mujeres de los domésticos y dependientes, las que debían realizar la factura de vestidos en estos centros, donde no parece que hubiera habido una gran división de las labores. Se presentan más especializados otro tipo de obreros que la misma Capitular enumera: "Los obreros del hierro, del oro y de la plata, zapateros, torneros, carpinteros, fabricantes de escudos,

pescadores, pajareros, fabricantes de jabón; los hombres que saben fabricar cerveza, la sidra, el vino de peras y todas las otras especies de bebidas; los panaderos, que hacen la pastelería para nuestra mesa; los obreros que saben hacer bien las redes tanto para la caza como para la pesca y para coger pájaros, y los otros obreros que sería largo enumerar" (8). Tal especialización es consecuencia del afán del señor, en este caso el rey de Francia, por conseguir buenos trabajos. Es evidente que los oficios arriba enumerados o, por lo menos muchos de ellos, eran hechos por cualquier campesino para su propio uso, pero el señor solicitaba a "los que saben hacer bien" las cosas. Y otorga todas las facilidades que están a su alcance. "Que nuestros gineceos - dice el artículo cuarenta y nueve de la propia Capitular - bien ordenados, es decir provistos de habitaciones, cuartos para estufas, y de habitaciones para la vigilia; que sean cercados de buenos setos y que las puertas sean sólidas, con el fin de que puedan hacer bien nuestros trabajos" (9).

Seguramente que este sistema "según el uso establecido", se repetía entre los distintos señoríos, adecuado solamente a la importancia y riqueza de cada señor.

Hemos dicho que solamente algunos pocos grandes señores podían tener permanentemente obreros en sus dominios, pero sus carencias en ese sentido eran limitadas, por lo que los prestaban a sus amigos menos poderosos, o bien los dejaban trabajar por su cuenta. La ley de los burgundios, en el capítulo XXI, artículo segundo, consideraba el caso de los esclavos artesanos que cometían algún delito, si ésto ocurría, el amo debía indemnizar a la víctima, o bien cederle el esclavo. Entre los visigodos, en cambio, el artesano responde por sí mismo de sus faltas (10).

Un artesano era una persona muy valiosa, muy escasos y que requería tiempo para su preparación. Por eso los artesanos esclavos estaban protegidos. Si se mataba o hería a uno de ellos, debía pagar al dueño, por un orfebre, ciento cincuenta sueldos; por un platero, cien; cincuenta por un herrero y cuarenta por un carpintero. Había muchos que eran libres, que recibían la

enseñanza de un maestro, a quien pagaban a destajo por tal beneficio.

Aunque no debe descartarse el pago en moneda, los artesanos recibían su retribución en especie y, cuando estaban al servicio permanente de un señor, en tierras. En este caso, en lugar de estar sujetos a prestaciones en trabajo agrícola y en productos de la tierra, ofrecían al señor artículos manufacturados.

Es conveniente referirse a la posición de los artesanos dentro de la sociedad. Muchos de ellos alcanzaban gran renombre y consideración social. Está el caso de San Eligio, un orfebre que llegó a ser obispo de Noyon y Tournai, y consejero del rey Dagoberto. Entre los oficios más prestigiados estaba el de albañil y maestro de obras; sabemos que Carlos de Anjou ennobleció a Pierre D'Agincourt, un maestro constructor, y, en el siglo XIV, Eduardo II de Inglaterra no desdeñaría la compañía de tales trabajadores. También eran respetados en la Alta Edad Media los molineros y los panaderos, cuya labor era tan necesaria; fué éste uno de los oficios que primero aparecieron y que logró agruparse.

Esta inclinación a agruparse fué muy fuerte durante la Edad Media. Lo difícil de la existencia forzaba a los débiles a asociarse, para recibir cierta protección. En 852, Hincmaro, arzobispo de Reims, quien es una de las personalidades más destacadas de la época, ve como indispensable que un sínodo reglamente las asociaciones de trabajadores. Estas son legítimas mientras tengan por objeto la ayuda mutua, las ofrendas a la Iglesia, la resolución de sus riñas internas y la caridad de unos con otros, pero "por el contrario, las comilonas y banquetes, que veda la autoridad divina, o las violencias, y exigencias injustas, los desvergonzados y vanos placeres, las riñas, a las que siguen hasta el homicidio y el odio, y las disenciones que tienen por costumbre sobrevenir, nosotros las prohibimos formalmente" (11). Estas asociaciones tenían demasiado a flor de piel su carácter pagano, que el cristianismo no había hecho desaparecer por completo. Eran por otra parte lealtades que de algún modo se oponían a la relación jerárquica vertical. Con la detención de las invasiones y

el desarrollo agrícola, nuevas posibilidades se ofrecen a la actividad artesanal. El crecimiento demográfico llevó consigo un aumento de necesidades, se añade a eso la ya para entonces casi total desaparición de la esclavitud. Hubiéronse de buscar nuevas formas menos costosas de aprovechar los recursos naturales. Ya hemos visto el efecto producido en la agricultura. En la artesanía el resultado fué similar y también cargado de consecuencias. Es ésta la época de la gran difusión de los molinos de agua, que ahorraron tanto esfuerzo, y procedente del mundo islámico, también entonces, llegó el molino de viento. En la navegación pueden seguirse los rastros de esta preocupación por economizar esfuerzos, que origina mejoramientos técnicos: Se opta la vela latina para aprovechar mejor el viento y se recurre al uso del gobernalle (1180), se modifican las formas de los barcos, etc.,

Pero el renacimiento de la artesanía no se debió tanto al descubrimiento de nuevas técnicas como al redescubrimiento y difusión de técnicas mucho tiempo relegadas (14). Alrededor del siglo XI aparecieron obreros especializados. El resurgimiento de esta actividad aligeró la presión demográfica. A finales de este mismo siglo se puede colocar la aparición del Diversarium artium schedula, de un monje de nombre Teófilo. Era un pequeño compendio del saber sobre diferentes oficios; orfebrería, vidriería, ebanistería, etc.,. Su aparición manifiesta un crecimiento del interés por este tipo de cuestiones.

Algunos trabajos necesitaban instalaciones especiales, costosas, que sólo podían ser hechas por los señores. Un ejemplo de ello eran los molinos. No obstante se conocen casos de artesanos que se unían para llevar a cabo estas empresas, tal fué el caso en Toulouse, donde se explotaba el molino a cambio de un censo. Pero otros muchos oficios no precisaban de ningún establecimiento particular, ni siquiera de una preparación específica. Tres o cuatro hombres sin habilidad especial eran capaces de hacer, en Hull, todo el trabajo de fabricación de ladrillos: escarbaban y amasaban la arcilla, moldeaban los ladrillos y los cocían, obteniendo cien mil ladrillos al año (15).

Al irse despertando el interés social por estos productos y aumentar su demanda, la sociedad se enfrentó al problema de la falta de conocimiento de los procedimientos adecuados para elaborarlos. Bizancio y España fueron los centros de donde se repartió el saber de estas técnicas. La fabricación de tabiques se había mantenido en Bizancio y, por su influencia, en el norte de Italia. Desde allí se expandió, entre los siglos XI y XIII, al sur de Francia y al norte de Inglaterra. El ladrillo fue en los Países Bajos y en el Báltico el material de construcción básico, debido a la falta de piedra.

Una de las industrias que más se desarrolló fue la de la construcción. Al volcar el año mil, toda Europa, dice Raúl Gabler, se recubre de un "blanco manto de iglesias". Los templos, y también las fortificaciones algo más tarde, fueron lo primero en hacerse de piedra. Tan raro y precioso era este material que, cuando un burgués se construyó una casa de piedra, el obispo amotinó a la ciudad contra el constructor acusándolo de soberbia y la casa fue demolida. En pleno siglo XI, los nobles húngaros construían sus casas enteramente de madera y ramaje.

En el siglo XII se incrementa la producción de hierro, hemos visto en otro capítulo las concesiones hechas a algunas abadías. En esta época aparecen nombres como Herrero, Schmitt, Smith, Ferrer, Lefebvre, etc.,. La mayor utilización del hierro produjo instrumentos más eficaces.

Es evidente que el desarrollo comercial dió mayor ímpetu a la producción artesanal. Pero más que nada el comercio local, que absorbe la mayoría de los artículos. Era de la industria textil, pocas merecieron ser objeto de comercio internacional. El de la lana se extiende por toda Europa, por exigencia de los señores que deseaban buenos paños, y el del lino fue el único que por su calidad mereció ser llevado a China (16). En la sedería destacó Lucca (siglo XIII) cuya técnica procedía de Sicilia, de los árabes y los bizantinos; lo mismo ocurría con los tejidos de Venecia, con influencia bizantina. En esta ciudad se desarrolló también la vidriería en las famosas fábricas de Murano, además del vidrio de

lujo se fabricó también otro para ventanas. En Toscana se desarrolló asimismo uno de los centros fabriles de pañería más importantes, junto con los de Inglaterra a partir del siglo XIII sobre todo y los de los Países Bajos, cuya tradición hemos ya indicado. En esta última región, la presión demográfica obligó a desarrollar la producción artesanal y a la exportación de los paños para cambiarlos por alimentos para su población. Para el crecimiento de la industria textil fué indispensable la difusión de los batanes mecánicos. Estos funcionaban en corrientes rápidas y abundantes, por lo que la industria se desplaza de las ciudades al campo en el siglo XII, gracias a que los señores habían llevado numerosos batanes a sus dominios. El fenómeno es más notorio en el siglo XIII y alcanza tanto a Inglaterra como a Francia y al norte de Italia.

En los siglos XII y XIII se impusieron nuevas necesidades, tanto de mejorar la calidad de las manufacturas, como para producir mayor cantidad. El surgimiento de nuevos grupos sociales con cierto poder adquisitivo, los ministeriales, los burgueses e incluso los campesinos, originó una mayor demanda.

La artesanía de la época requería de numerosos obreros especializados; el trabajo no se realizaba en un solo lugar sino en los talleres de los diversos especialistas. De todas formas, el que fueran hechas cada una de las partes del proceso por un determinado especialista, señala una cierta racionalización. A esto y a las experiencias logradas a lo largo de los siglos se debió el progreso de la industria textil (17).

Examinemos ahora las condiciones de los trabajadores. La industria medieval había salido del campo, del señorío rural que se abastecía a sí mismo de los productos manufacturados que necesitaba. Hacia el 1300 los artesanos todavía eran ministeriales y gentes cercanas al señor, quien era también su principal cliente y a quien pagaban un censo por utilizar su taller, su fragua, su molino, sus útiles de trabajo cuando le pertenecían (18). Los campesinos se fabricaban todo aquello que les era indispensable. Pero, con el relativo auge agrícola, fué más cómodo comprar algunos

de los artículos que antes se fabricaban, ésto pudieron hacerlo sobre todo los señores, abriendo un mercado más amplio a estos objetos. El crecimiento demográfico y la esperanza de obtener la libertad personal y mejorar su situación llamó a muchos campesinos fuera de sus comunidades. Algunos buscaron colocarse en las ciudades, donde su anterior experiencia artesanal les sirvió para introducirse en los obrajes, cuando la producción aún no estaba muy especializada. En los burgos, algunos hicieron fortuna o, por lo menos, adquirieron una forma de vivir. Pero la mayoría se vió a merced de los artesanos ya establecidos para quienes trabajaban, y sobre todo de los comerciantes. Masa continuamente en aumento, asalariados o desempleados que en Douai, Saint-Omer, Brujas, Gante o Ypres, formaban turbulentas multitudes de trabajadores, a menudo alejados fuera del recinto de la ciudad. Sin las protecciones tradicionales que tenían los campesinos, esta masa fué expoliada y frecuentemente tuvo violentas explosiones que fueron ahogadas en sangre.

En las reclamaciones hechas a Boinebroke, uno de los grandes empresarios flamencos del siglo XIII, se menciona que pagaba a los obreros con mercancías sobrevaluadas, que difería o rehusaba los pagos a los talleres, etc.,. Este documento presenta una lista completa de las truhanerías que tenían, que tolerar los artesanos asalariados. El siglo XIII ve la multiplicación de las huelgas y los motines. De estos movimientos de los artesanos el sabio jurista Beaumanoir, expresando la opinión de los medios dirigentes, dice: "Se hace alianza contra el provecho común, cuando algún tipo de gentes se comprometen o convienen no trabajar más a una tarifa tan baja como la que tienen, sino que alzan la tarifa por su autoridad, se ponen de acuerdo para no trabajar por menos y ponen entre ellos penas o amenazas sobre los compañeros que no mantengan la alianza; y así, quien lo sufre, (ésto) sería contra el derecho común, y no marcharían bien los obradores (si ésto ocurriera), porque los de cada oficio se esforzarían en obtener salarios más altos de lo razonable; y el común (pueblo) no puede soportar que los obradores no produzcan. Por ésto, desde el momento en que dichas alianzas llegan al conocimiento del

soberano o de otros señores, deben ellos ponerles las manos encima a las personas que hayan acordado tales alianzas, y mantenerlos en larga y estrecha prisión; y cuando hayan purgado una larga pena en la prisión, se puede extraer de cada uno 60 sueldos de multa". (19).

Esta hambrienta y alborotadora multitud formó la vanguardia de todos los movimientos urbanos para liberarse de la autoridad de los señores feudales, o contra los patriciados de las ciudades, o en las pugnas entre los gremios.

Para protegerse, los artesanos se agruparon. Se integran las comunas y conjuraciones de las ciudades que así como "el señor había sido el protector de su dominio, las comunas llegaron a ser las protectoras del trabajo y de su libertad" (20). Se forman los gremios y las gildas. Las primeras gildas, en Francia, aparecieron en el siglo XI, en Saint-Omer y Valenciennes, regiones con una temprana actividad industrial. Pero éstas son agrupaciones de comerciantes. Entre los artesanos, surgen en el primer tercio del siglo XII: en 1147, en Chartres, los taberneros tienen una sociedad de zapateros; en París, se conoce la asociación de los carniceros en 1162, posteriormente aparecen los de la seda, los peleteros, los sastres, etc.,. A partir del siglo XIII la organización se generaliza. "Los individuos se agrupan para obtener libertades, estatutos, privilegios, con el fin de preservar su seguridad dentro del ejercicio de su actividad económica y de consagrar la conquista de sus libertades individuales. Son agrupamientos de intereses que tratan de sustraerse de la arbitrariedad feudal y de la autoridad de la Iglesia" (21). Todo esto en alguna forma es consecuencia de la debilidad del poder político, que no puede dar seguridad a las personas.

Los reyes y los príncipes concedieron privilegios a la comuna. Tal actitud tenía que ver con las necesidades fiscales de estos personajes, pues les facilitaban la percepción de impuestos y acrecentaban su riqueza que provenía comunmente de sus propios bienes patrimoniales. Pero la falta de unificación política engendrará una gran diversidad en los privilegios y las reglamentacio-

nes que se concedieron a las comunas. Existieron, en Francia, tres clases de oficios: Los oficios jurados, directamente sometidos a la autoridad del rey; los oficios reglamentados, sujetos a las municipalidades; y los oficios libres, que sólo respetaban los reglamentos de policía de los lugares donde se ejercían. Los primeros tuvieron gran difusión en la región parisiense, por obvios motivos; los reglamentados, en el Mediodía y en el Centro (Lyon); en el Norte se dió una gran diversidad de formas.

En los gremios, sin embargo, no estaban todos los obreros. Fueron agrupaciones que, con todas las limitaciones que se quiera, cobijaron y protegieron a una élite artesana. Ellos mismos se encargaron de perseguir a los trabajadores independientes y explotaron a los productores rurales. Por efecto mismo de su situación tendieron al monopolio. Así como la obtención de franquicias benefició a los campesinos menos pobres, los privilegios de los gremios vinieron a agravar la situación del simple asalariado. Los siglos XIV y XV conocieron una gran expansión de la organización gremial. A ello contribuyó la creciente división del trabajo que obligó a fraccionar los gremios primitivos. La multiplicación de los gremios dió lugar a numerosos conflictos por la supremacía en las ciudades y la defensa de sus respectivos privilegios. Se agrupan frecuentemente en 'gremios mayores' y 'gremios menores'. Pero cuando los gremios logran el control político de las ciudades, éstas estarán ya envueltas en la crisis general de la sociedad feudal.

NOTAS

- (1) PARIAS, op. cit. p. 77.
- (2) HEERS, op. cit. p. 36.
- (3) PARIAS, op. cit. p. 75.
- (4) BOISSONADE, op. cit. p. 62.
- (5) PARIAS, op. cit. p. 78.
- (6) Ibid., p. 75.
- (7) Ibid., pp. 73-74.
- (8) Loc. cit.
- (9) Loc. cit.
- (10) Ibid., p. 75.
- (11) Ibid., p. 79.
- (12) Ibid., p. 78.
- (13) DERRY, op. cit. pp. 94-95.
- (14) PARIAS, op. cit. p. 118.
- (15) DERRY, op. cit. p. 94.
- (16) Ibid., p. 96.
- (17) PARIAS, op. cit. p. 208.
- (18) DUBY, op. cit. p. 207.
- (19) PARIAS, op. cit. p.
- (20) DOLLEANS, Edouard et DEHORE, Gérard: Histoire du Travail en France: mouvement ouvrier et Legislation Sociale. Les Origines a 1919, Paris, Eds. Domat, Montchrestien, 1953, p. 36.
- (21) Ibid., pp. 57-58.

CAPITULO VI

"QUE EL QUE NO TRABAJE NO COMA"

El Trabajo en la Tradición Judaica

Indiscutiblemente, un exámen del pensamiento cristiano obliga a tomar en cuenta los elementos judaicos anteriores a éste; en cuanto al análisis del concepto del trabajo del cristianismo, es inexcusable la comprensión de tales principios que son su fundamento y lo configuran de una manera importante, y le oponen a la noción greco-latina.

Según la tradición bíblica, el trabajo no es una maldición, sino, primordialmente, la forma de ganarse honradamente la vida. Ya desde antes de la caída, Dios había ordenado al hombre que trabajara: "Tomó, pues Dios al hombre, y lo puso en el Jardín del Edén para que lo cultivase (ut operaretur) y guardase" (1). El trabajo es un privilegio, sirve para la edificación del hombre y a la par, lo beneficia proporcionándole su sustento. Con el pecado, el trabajo se convierte en una necesidad, y, eventualmente, en una maldición. Seguirá manteniéndose como el procedimiento que Dios ha escogido para que el hombre se alimente, continuará conservando su calidad de beneficio espiritual, y dentro de estos límites preservará todo su valor, en cuanto que mandato divino; pero su finalidad puede ahora ser pervertida. Si el hombre busca en él un medio para enriquecerse, se volverá una maldición.

Cuando en la Escritura se hace mención de los diferentes oficios, siempre es con el fin de ilustrar la omnipotencia de Dios. Es él quien otorga a cada quien las aptitudes necesarias para un oficio, y quien distribuye tales oficios sin importar su humildad. Puesto que en ellos se manifiesta la acción de Dios. Entre los oficios "no se hace diferencia pues están considerados como honorables en la medida en que ellos sirven a la comunidad" (2) La actividad que los hombres desarrollan es

digna, según dice el Deuteronomio, "Porque Yavé, tu Dios, te ha bendecido en todo el trabajo de tus manos" (3). Cuando llega a reprocharse algo al obrero es porque hace mal su trabajo, o lo realiza fraudulentamente, pero nunca se endereza la crítica contra los oficios mismos.

Las exhortaciones al trabajo se repiten a lo largo de la Es-critura, es por eso que están profundamente grabadas en la mentalidad de los judíos. Lo que, por ejemplo, se manifiesta en la siguiente advertencia de Gamaliel: "Es noble el estudio de la Ley cuando está acompañado de una ocupación temporal: ocuparse del uno y del otro aleja al mal; por el contrario, el estudio que no se acompaña del trabajo manual se interrumpirá tarde o temprano, y no traerá con él más que el pecado" (4). Aparte de otras cosas, hay que se-ñalar que en esta cita desputa una idea que hará fortuna en la Edad Media: que el laborar es un medio para ahuyentar los malos pensamientos. La cristiandad medieval verá en éste uno de los principales beneficios del trabajo.

Pero continuando con el asunto anterior, en los comentarios rabínicos se subraya que "no hay oficio que Dios no haya bende-cido" (5), y Jaccard asegura que los rabinos hacían del trabajar con sus manos un deber.

Como hemos visto, en la tradición precristiana el trabajo es un beneficio en sí mismo, espiritual y material. Con Jesús, se llena de trascendencia. "Procuraos -dice San Juan Evangelista no el alimento perecedero, sino el alimento que permanece hasta la vida eterna, el que el Hijo del Hombre os da, porque Dios Padre lo ha sellado con su sello" (6). Porque el trabajar es para procurarse el alimento perecedero, pero si se afana el hombre sólo por ese alimento, se pierde. También en San Mateo vuelve a encontrarse el tema. "Por eso os digo: No os inquietéis por vuestra vida, por lo que habéis de comer o beber, ni por vuestro cuerpo, por lo que habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?" (7). La palabra cláve aquí es el "inquietarse". Es decir, trabajar no sólo para alimentarse y vestirse un día, sino para asegurárselos por toda

la vida, ésto es, acumular riqueza. El alimento y el vestido son necesarios, pero es más urgente buscar "el reino de Dios y su justicia" (8) pues "pocas cosas son necesarias, o más bien una sola" (9).

El esfuerzo humano, entonces, no debe terminar en sí mismo, sino que es menester que sea trascendente, ésto es, que tienda a alcanzar el alimento que permanece. Cuando solamente la preocupación terrena gufa la actividad humana, la necesidad del trabajo se vuelve una maldición. De todas formas, el fin trascendente que ahora se le da al trabajo no lo priva de sus características primeras que habíamos señalado, quiero decir, fuente del sustento y de beneficio espiritual.

La Tradición Apostólica

Pero será a San Pablo a quien tocará desarrollar con más amplitud este problema, y también quien extraerá de la doctrina las consecuencias prácticas para la vida de los creyentes.

En San Pablo encontramos que el trabajo es además de una necesidad natural, una exigencia de la fé. No ocuparse en alguna actividad útil es ir contra las leyes de Dios. Por eso, el Apóstol exclama "que él que no quiera trabajar no coma" (10). Y de él mismo refiere que "no hemos vivido entre vosotros desordenadamente ni de balde comimos el pan de nadie, sino que con afán y con fatiga trabajamos día y noche para no ser gravosos a ninguno de vosotros. Y no porque no tuviéramos derecho -se refiere a la famosa sentencia, que el que sirva al altar, del altar participe (11) -sino porque queríamos daros un ejemplo que imitar" (12). Pablo mismo trabajó para dar ejemplo de laboriosidad. Así podía recomendar. "Todavía os exhortamos, hermanos, a progresar más y a que os esforcéis por llevar una vida quieta, laboriosa, en vuestros negocios, y trabajando con vuestras manos como os lo hemos recomendado, a fin de que viváis honradamente a los ojos de los extraños y no padezcáis necesidad" (13). Y no solamente eso, así mismo para "poder dar al que no tiene necesidad" (14).

Hasta aquí el Apóstol de los Gentiles se conserva en la tradición judía. Pero irá más lejos. El trabajar tiene que ser hecho como servicio a Dios. Por tal motivo pide: "Siervos, obedeced a vuestros amos según la carne, como a Cristo ... no sirviendo al ojo, como buscando agradar al hombre, sino como siervos de Cristo, que cumplen de corazón la voluntad de Dios ... considerando que a cada uno le retribuirá el Señor lo bueno que hiciere, tant si es siervo como si es libre. Y vosotros, amos, haced lo mismo con ellos, dejándoos de amenazas, considerando que en los cielos está su Señor y el vuestro y que no hay en El acepción de personas" (15). Se evidencia aquí como cualquier trabajo cobra un sentido trascendente. Asoma, del mismo modo, una diferenciación de funciones, que no implica menoscabo para las personas subordinadas, sino ayuda mutua. Esta idea la veremos desarrollada más tarde.

Aunque Pablo es la expresión principal de esta doctrina, no es la única. En el Apocalipsis también encontramos la idea de que es forzoso realizar bien el trabajo: "Of una voz del cielo que decía: Escribe: Bienaventurados los que mueren en el Señor. Si, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos, pues sus obras los siguen" (16).

Lo que Enseñaron Los Padres

También entre los primeros Padres encontramos viva esta tradición. San Justino Mártir explica: "Estando entre los hombres, Jesús fabricó como carpintero, los arados y los yugos, enseñando por estos símbolos que hace falta practicar la justicia y llevar una vida activa" (17). Así también, San Juan Crisóstomo asegura que: " No nos abochornamos de los oficios, y no creemos que haya vergüenza en las ocupaciones manuales; sólo en la ociosidad y en la inactividad hay vergüenza. Si el trabajo fuera deshonroso, San Pablo no lo hubiera hecho, y no fuera tan alabado en la Estructura. Si los oficios fueran una mancha, no se oiría decir que aquellos que no trabajan son indignos de comer" (18).

Como adelante se verá las tendencias contemplativas hacían necesario este esfuerzo para combatirlas. Todavía más, San Clemente de Roma proclama que "es un deber de la comunidad dar trabajo al obrero que no lo tiene, para que no permanezca ocioso, pero alejarlo (de la comunidad) si se rehusa a trabajar" (19). El trabajo aparece en esta cita como un bien tanto para el operario como para la comunidad, como también la ociosidad es perjudicial para el uno y la otra. Por eso San Agustín -como se verá después- impone a sus clérigos la obligación de participar en las labores que permiten la subsistencia común, ya fueran eruditos o administradores.

Pero la Edad Media no recibirá íntegra esta tradición. Diversos factores sociales coadyuvan para que se implante una visión matizada de esta tradición, e influida por las ideas de Aristóteles, tanto como por la concepción bíblica.

Las circunstancias en que nace el cristianismo lo hacen recoger muchos elementos ajenos al pensamiento judaico. En su difusión intervinieron la filosofía neoplatónica, el estoicismo, las religiones de misterios, etc. Del basto material ofrecido por el Oriente, la religión cristiana incorporó una contradicción profunda entre el principio maniqueo y metafísico que caracterizaba al pensamiento oriental, y la concepción monista de la religión hebraica, que no oponía espíritu y materia. Lo anterior se traduce en dos actitudes distintas y aún opuestas. Para la religiosidad oriental, el ideal era una moral ascética, una purificación gradual; en cambio, para el hebreo, que tiene una visión escatológica, lo que cuenta es la salvación del último día. Ambas inclinaciones pervivirán en el cristianismo, se entremezclan y equilibran, pero al mismo tiempo originan, por su oposición, permanentes conflictos doctrinales. De aquí se desprende una pugna entre los que preconizan el trabajo como una forma de llevar una vida cristiana y aquellos que, por el contrario, exaltan la ociosidad sacra como un medio que permite adorar a Dios.

Juan Casiano, haciéndose eco de esta última visión, juzga de los primeros eremitas egipcios que "el trabajo del monje disipa la concentración del espíritu y la agudeza de la visión de su fin; la agricultura es incompatible con la vida contemplativa, porque la multitud de pensamientos engendrados por este género de labor vuelve insoportable el silencio de la celda del ermitaño" (10). Esta concepción penetrará profundamente en la conciencia medieval, al grado que influirá incluso en las ideas de aquellos que confieren gran valor al trabajo manual, como veremos al tratar del monaquismo occidental.

Es bien conocido que la Iglesia, en un principio pobre y perseguida por los poderes de la tierra, llegó a transformarse en Iglesia oficial, prácticamente desde la época de Constantino. La riqueza que entonces poseyó la Iglesia, provocó que se aproximaran a ella las clases altas romanas, y que procuraran formar parte de su jerarquía. Así, los obispos, antes artesanos o gentes del pueblo y sin estudios, vinieron a ser aristócratas de espíritu cultivado en los refinamientos del pensamiento helenístico. Trajeron al cristianismo su saber pero también sus prejuicios de grupo y de educación. Al cambiar la composición social del episcopado, se desplazan sus preocupaciones en el orden teórico, y se orientan por otros derroteros. Influidos por el pensamiento griego, los nuevos obispos dejan de atender las obligaciones concernientes al trabajo manual. Siguiendo a Aristóteles, lo condenan como propio de esclavos, y relegan a San Pablo (21).

Sin embargo, no debemos pensar que esto ocurrió de una forma absoluta, por el contrario, hubo entre los principales de los padres de la Iglesia quienes se ocuparon del trabajo, como ya hemos visto anteriormente. De entre estos escritores descartaremos a dos, San Agustín y San Jerónimo.

Dos Autoridades

Los cristianos, y los antiguos en general, no pensaron al trabajo como un factor de la producción, ésto es, en términos

propriadamente económicos. Lo veían como algo dado naturalmente, sin meterse a averiguar -no existía teoría económica- las modalidades concretas que podían aparecer en esta o en aquella sociedad. Opinan sobre su conveniencia y bondad, o sobre su incorrección y vileza, o sobre la manera de efectuarlo. Pero no propiadamente en términos de teoría económica. Por eso el pensamiento que tiene relación con el trabajo, aparece todo entremezclado con otros factores e ideas. En nuestro caso, habremos de recurrir a aspectos tales como la pobreza evangélica y la concepción de la propiedad. De hecho, la relación que guarden estos tres elementos configurará la expresión teórica del pensamiento social sobre el trabajo en la Edad Media.

No es necesario destacar la importancia de la pobreza en el Evangelio, es de sobre conocida. El ideal de pobreza es congénito al cristianismo, y, modificado, exaltado, menoscabado o disimulado, permanecerá siempre en la problemática religiosa cristiana.

Agustín proclama el desprendimiento de los bienes terrenales: no se debe amar codiciosamente y avaramente ni aún lo propio. "Ese hombre que tanto acaudala, ¿cuánto necesita para vivir? Vea su capital, y separe mentalmente lo bastante para ir viviendo... no está en la hacienda la vida del hombre" (22). Todavía hablando de la avaricia, menciona el dicho del Evangelio: "guardaos de toda avaricia". Pasa entonces a demostrar que incluso en las riquezas bien habidas existe el peligro de poseerlas avaramente, y cómo el deseo de conservarlas impele a obrar injustamente. Para San Agustín avaricia es codiciar más de lo necesario (23). "Guardas cosas para no perecer? ¿No he dicho yo, por ventura: Guardaos de toda avaricia? "Es legítimo apropiarse del fruto del trabajo, pero no de manera egoísta. Para guardarse de toda avaricia, se deben compartir los bienes y servir a los demás. Recrimina por eso al que acumula, y al que acumula, y al rico que cavila agrandar sus horreos para guardar más grano, le reclama: "Vanidoso constructor de

paneras y ciego para ver los estómagos de los pobres ... neciamente, ya lo ves, pensaste llenar tus nuevos horreos mayores, como si no hubiera más que hacer de la cosecha" (24).

"La cosecha", los bienes de la fortuna, sólo tienen sentido cuando se les emplea para el bien de todos. Hay un sentimiento, si acaso no de propiedad comunal, si de apropiación colectiva de sus frutos. El ciudadano de la eterna Jerusalén celeste-pregona San Agustín- "ha de tener comunes con su hermano los bienes que logra con su esfuerzo" (25).

En igual sentido habla San Jerónimo, tal vez más recientemente. "También has de evitar el mal de la avaricia, no en el sentido de no codiciar los bienes ajenos -cosa que aún las públicas leyes castigan-, sino en el de que no has de guardar ni siquiera los tuyos, que son también ajenos ... No tienen que ver con nosotros los pesos de oro y de plata" (26). Las riquezas son un lastre del que hay que liberarse ya que "la cubre apostólica, la virtud acbada, es vender todo lo que se tiene, darlo a los pobres y, así, ligero y expedito, volar con Cristo a lo celeste" (27). "Pero me dirás soy doncella delicada que no puedo trabajar con mis manos; si llego a la vejez o me pongo enferma, ¿quién tendrá lástima de mí?" (28). Contesta Jerónimo recordando el pasaje de las aves del cielo y los lirios del campo.

La invitación a la pobreza evangélica es todavía más clara y apremiante. Pero, aclara San Jerónimo, citando a San Pablo, "no se trata de que otros tengan alivio y vosotros os veáis en estrechez sino que haya igualdad: vuestra abundancia sustente su indigencia, y la abundancia de ellos supla vuestra indigencia" (29). Viene siendo la misma idea que observábamos ya en San Agustín. Nadie debe poseer bien alguno de forma que excluya a los demás. Nadie debe poseer avaramente, o sea más de lo necesario. Nadie, tampoco, debe carecer de lo indispensable. "Así, pues, como tengamos que comer y vestir, con eso hemos de contentarnos" (3). Pero va todavía más lejos y condena como injusta toda riqueza. "Todas las riquezas proceden de iniquidad y, si

uno no pierde otro no puede encontrar. Por eso, a mí me parece la verdad misma aquella sentencia que anda en boca de la gente: El rico, o es inicuo o heredero de un inicuo" (31).

Aunque esta condenación rotunda se verá matizada después, subsiste, y es de notarse que era creencia generalizada, pero sobre esto volveremos más tarde.

La pobreza es pues un ideal y casi una orden. Pero no la pobreza a secas. No tan sólo hay que rechazar al epicúreo que dice: comamos y bebamos, que moriremos mañana; ni simplemente basta contradecirle con él: ayunemos y oremos, "Yo añado, dice Agustín, un tercer deber, y aún diré que su observancia es todavía más principal: que tu ayuno sirva para calmar el hambre del pobre; o bien, si tu no puedes ayunar, le das a él de comer más abundantemente, a fin de que por su hartura se te conceda el perdón a ti" (32). La idea que analizábamos arriba predomina aquí, claramente, sobre el ideal ascético.

La pobreza se alcanza, y cobra su sentido altamente espiritual, cuando se comparten los bienes con los prójimos, que es la expresión misma de la caridad. "Llena de tu plenitud el vacío del pobre, y el vacío tuyo será colmado de la plenitud de Dios" (33). El juego entre el sentido material de la palabra vacío y su sentido espiritual presta todo su significado a la frase.

Pero entre todas estas consideraciones ¿dónde aparece el trabajo? Por la tendencia a la ociosidad sacra que ya hemos apuntado, muchos monjes, amparándose en el pasaje evangélico sobre los lirios del campo, se negaban a trabajar. Alegaban los tales monjes, que cuando San Pablo había ordenado que el que no trabajara no comiese, no se refería a las operaciones de artesanos y campesinos, sino a su cometido espiritual, ya que Dios había pedido de cada quien "según el don que le ha otorgado el señor". Su obligación, argüían, era consolar al trabajador, exhortarlo y, habiendo recibido el alimento de la palabra del señor, comunicárselas (34).

El obispo de Hipona replica: "Voy, pues a demostrar primero que el Apóstol quiso que los siervos de Dios se ejercitasen en obras corporales, por las que han de recibir al fin un gran premio espiritual; de ese modo no necesitan recibir de nadie el alimento y el vestido, sino que han de procurárselo con su propio esfuerzo" (35). Con su trabajo ganan libertad.

El comer del Evangelio, sigue diciendo Agustín, es un derecho del Apóstol, como tal, puede renunciarse. San Pablo renuncia a su privilegio "para no poner precio al Evangelio." "Es decir, para que el Evangelio no les resulte caro a los creyentes; para que no piensen cuando se les evangeliza que los evangelistas se dedican a vender" (36).

De esta forma "Pablo producía inocente y honestamente objetos útiles para los usos humanos, tales como los servicios de los carpinteros, albañiles, sastres, agricultores y demás: Tales trabajos no los condena la decencia, sino el orgullo de los que aman llamarse honestos, pero no aman el serlo. No se sintió deshonrado el Apóstol por ejercer la agricultura o cualquier otra labor de artesanía. No sé que en esta materia pudiera avergonzarse ante nadie quien dijo: vivid sin ofensa para los judíos, para los griegos y para la Iglesia de Dios. Si se habla de judíos, los patriarcas guardaron rebaños; si de gentiles o paganos, tuvieron filósofos, que los honraron harto siendo zapateros; si de la Iglesia de Dios, carpintero fue aquel justo elegido para testigo de la virginidad conyugal perdurable" (37).

Con ironía e incluso cierta aspereza, reprueba a los clérigos, que, olvidando el ejemplo de San Pablo Apóstol, se rehusan a trabajar, alegando que las aves del cielo y los lirios del campo ni sembraban ni hilaban. "Tenemos, pues, que manifestar a esos monjes: si en el Evangelio entendéis las aves del cielo de nada que rehuséis el trabajo manual para proveeros de alimentos y vestido, no guardéis nada para el mañana, puesto que nada guardan las aves del cielo. Pero si reserváis algo para el mañana, puede compaginarse con el Evangelio

aquel texto; mirad las aves del cielo, que ni siembran, ni recogen, ni amontonan en los almacenes. Puede compaginarse con el Evangelio y con las costumbres de las aves del cielo el pasar esta vida de la carne en las fatigas del trabajo manual" (38). Si no quieren trabajar que no almacenen. Pero si almacenan, que trabajen. Sigue siendo válido el principio paulino "el que no quiera trabajar no coma". Pues no utilizar los recursos que Dios da al hombre para vivir, esperando el milagro, es tentar a Dios. Usarlos, es vivir de lo que Dios dá (39).

En fin, que es obligación de los hombres el trabajar manualmente, para tener con que alimentarse, pero también para haber de donde dar a los otros. El que lleva tal vida, llegará realmente a cumplir con el ideal de pobreza. Esta se nos muestra pues como el fruto de la práctica del trabajo manual y de la confraternidad en los bienes que tal trabajo produce. Es así porque la pobreza evangélica es una realidad material, pero, también es un bien espiritual. El pobre de espíritu de que hablan las bienaventuranzas, llena de su plenitud el vacío del pobre, y su propio vacío es colmado de la plenitud de Dios.

Esto se exige a todos, no sólo a los monjes; pero a éstos con más razón. Por eso reprende Agustín severamente a quienes llegan al monasterio pensando vivir holgazanamente, a pesar de haber sido esclavos, libertos, obreros, o campesinos, pues "no se sabe si llegan con el propósito de servir a Dios o vienen vacíos, huyen de una vida mísera y trabajada con la intención de dejarse alimentar y vestir y honrar por aquellos que en el siglo solían despreciarlos y atropellarlos" (40). Una vez que se han hecho monjes, se niegan a trabajar, y pretenden vivir de la labor de otros. Los compara con aquellos que, teniendo riquezas en el mundo, al entrar a la profesión religiosa se ponen a trabajar, y aclara que "no es decente que en esta vida, en que se hacen laboriosos los senadores, se hagan ociosos los artesanos y que aquí, donde llegan los ams de las haciendas, dejando sus delicias, se hagan delicados

los rústicos" (41). También afirma que el rico que abandona sus bienes, y los reparte entre los pobres, hace más caridad aún si se pone a trabajar como cualquier artesano. (42).

Solamente los que por imposibilidad física se ven impedidos para trabajar, pueden vivir del esfuerzo de otros, pues el apropiarse de ese trabajo trae como consecuencia el perder la libertad. (43). Ciertamente, los monjes pueden recibir regalos de los fieles "aunque no han de servir a Dios por el obsequio; ni han de utilizarlo sino para suplir la indigencia, no para nutrir la ociosidad" (44). Prohíbe, sin embargo, que se murmure de quienes no han tenido la fortaleza para abandonar sus riquezas. "Algunos son alimentados y vestidos por los piadosos donativos de los ricos, puesto que algo reciben para sus necesidades, y no precisamente de manos de quienes vendieron sus posesiones; sin embargo, no los condenan ni juzgan a otros más nobles miembros de Cristo que viven de su trabajo con mayor virtud, tal como lo recomienda con encarecimiento el Apóstol. Pues del mismo modo, no deben condenar a los cristianos de mérito inferior, a cuyas expensas se mantienen" (45). De todas formas advierte que "los que no trabajan, no vacilarán en juzgarse inferiores a los que trabajan" (46).

Es de notarse que para San Agustín hay algunos oficios deshonestos por sí mismos. Afirma que San Pablo no hubiera podido ser ni auriga, ni cazador, ni histrión, ni prestamista, ni mucho menos ladrón o salteador (47). Tampoco podía haberse dedicado a los negocios, ni a capataz. La razón de esto último es que el trabajo no debe hacer olvidar la finalidad de la vida. No debe convertirse en una forma de lucrar. Tampoco absorber tanto a los operarios que no puedan dedicarse a sus deberes espirituales. "En efecto, una cosa es trabajar corporalmente con el ánimo libre, como lo hace el artesano, con tal que no ejercite el fraude, y otra muy distinta es ocupar la atención en industria para procurarse dinero sin trabajo físico, como lo hacen los comerciantes, mayordomos y capataces, éstos

trabajan con su cuidado no con sus manos, y, por ende, ocupan su ánimo en la solicitud de ganar. Pues bien, a este Timoteo, que por sus achaques no admitía trabajos manuales, le encarga (San Pablo, II Tim 2.4) que no se entrometa en negocios" (48). Es decir, que no se distraiga en lucrar, ni se ocupe en tareas deshonestas.

Realizar algún trabajo manual es necesario, pero no debe perturbar el ánimo. El ideal de la época es la quietud, el alma se distrae, si desea muchas cosas, y se fatiga. Por el contrario, el desear la vida eterna es justo, y dá la paz, se alcanza entonces el sosiego, terminan las apetencias, y terminan las fatigas (49). Se aspira a la quietud, que sin embargo no es dable obtener en este mundo, cuya esencia es la inseguridad. De este modo, lo único válido es ocuparse de la vida eterna, por donde retornamos a la ociosidad sacra, a la pura contemplación, ya que "es el retiro de donde brota el gozo sólido, que no admite comparación con las restantes alegrías" (50). No obstante esto, hace ver inmediatamente que la apetencia del retiro y de la muerte no ha de ser excusa para dejar "las fatigas del gobierno (de la Iglesia)" (51). Por lo que nos damos cuenta que a pesar de perseguir vehementemente el retiro, nadie debe descuidar sus obligaciones terrenales, por amor a sus conciudadanos, como del mismo Agustín dice su amigo Nebidrio (52). Porque la administración de la hacienda terrenal es meritoria, puede ayudar a alcanzar la vida eterna, con tal que al hombre no le suceda como a la abeja que se queda pegada en la miel (53).

Cuando el hombre se ocupa demasiado del mundo, y por el mundo mismo, comete injusticia. Si quiere lucrar, se afana y pierde la quietud, y origina la injusticia. "No podrá desapecer el trabajo a no ser que cada uno ame aquello que no le podrá ser quitado contra su voluntad. Porque cuando se aman las cosas que podemos perder sin quererlo, es necesario que por ellas suframos miserablemente, y además para conseguirlas, en las angustias y fatigas de la vida, cuando cada uno desea arrebatárselas para sí y anticiparse a otro o anhela extorsionar

a alguno, necesariamente comete injusticia. Luego con razón quien concibió trabajo, también absoluta y consecutivamente parió injusticia. ¿Qué da a luz sino lo que parió, aunque no hubiera parido lo que concibió?; pues no nace todo lo que se concibe, ya que se concibe el germen y nace lo que se forma del germen. El germen de la iniquidad es el trabajo, la concepción del trabajo es el pecado, ésto es, aquel primer pecado, es decir, el apostatar de Dios; luego parió injusticia quien concibió trabajo" (54).

Nos hemos ocupado del trabajo en cuanto beneficio y mandamiento de Dios; y hemos observado que es útil y un acto de caridad. Aparece ahora el trabajo desprovisto de su esencia original; como se ha preñado de culpa, y se ha tornado una mal dición: "Con el sudor de tu rostro comerás tu pan". En efecto, cuando con el trabajo se piensa allegarse riquezas, se abandona a Dios, y se desvirtua la esencia del trabajo. El hombre se veda entonces la posibilidad de la pobreza espiritual, se inh bilita para la caridad cuando "se anhela extorsionar a alguno". En definitiva, la actividad se hace objeto de iniquidad e inju sticia, por su causa, se pierde la tranquilidad, y se fatiga el alma. Llevando por ello en sí misma el pecado y el castigo.

La palabra trabajo tiene pues varios sentidos: . Labor " significa tanto al actividad productiva, como los "trabajos de este mundo", es decir las calamidades, que provienen del peca do; y es así mismo el afanarse y preocuparse por los bienes terrenales. En la Edad Media, al hablar del trabajo no es frecuente que se diferencien estos sentidos, casi siempre permanecen entremezclados. Los hombres se afanan y se fatigan en los trabajos-preocupaciones terrenales, o sea en el pe cado; para redimirlos, otros padecen voluntariamente los tra bajos-calamidades, entre éstos el trabajo manual. De allí el surgimiento y desarrollo del monasticismo (55). Por eso, paradójicamente, el trabajo manual sirve para espantapájaros de los

malos pensamientos, de pecado, que trae consigo el trabajo-preocupación. Ampliamente se tendrá ésto en cuenta en la organización monacal de los siglos posteriores, pero ya en esta época es vigente, como lo atestigua San Jerónimo, por ejemplo, cuando escribe a Eustoquia y le explica la manera que tienen de vivir los monjes, comiendo de lo que sus manos les dan. Y también en las siguientes recomendaciones que hace a Rústico, para que lleve vida semejante a la de los monjes: "Ocupate también de algún trabajo, de modo que el diablo te encuentre siempre con las manos en la obra. Si los apóstoles, que tenían poder de vivir del Evangelio, trabajaban con sus manos para no ser gravosos a nadie, y hasta aliviaban con sus donativos a los mismos de quienes debían cosechar lo carnal en pago de lo espiritual, ¿por qué tú no has de ocuparte en lo que ha de redundar en tu provecho? Teje una cestilla de juncos, haz de flexibles mimbres un cesto, cava la tierra, reparte por sus lindes iguales las herillas o tablares y, ya que en ellas se hubieren echado las semillas de las hortalizas o plantado árboles con orden y concierto, conduce las aguas que los rieguen y contempla a tu sabor como se verifican aquellos hermosísimos versos. Al punto de la altura recostada abre el camino del agua, que, cayendo, hiere las piedras y, encontrada, ronco murmullo mueve, y templando, la tierra, abierta y seca de abrazada (Virg. Georg. I.108). Injértense también los árboles infructuosos, ora con yemas, ora con púas, y así, al cabo de poco tiempo, cogerás los dulces frutos de tu trabajo. Construye también sus colmenas para las abejas, a la que remiten los proverbios (6.8 iuxta XXX), y aprende en aquellos corpezuelos el orden y concierto de los monasterios y el gobierno de los reyes. Teje también tus redes para pescar, copia libros, a fin de que, de un lado, la mano se gane la comida, y de otro, se harte el alma con la lectura. Todo perezoso se consume en deseos (Prov. 13.4 iuxta LXX). Los monasterios de Egipto tienen por costumbre no recibir a nadie que no pueda trabajar en algo, no tanto por ganarse el nece--

sario sustentado como por la salud de su alma" (56). Hace el Santo Doctor una caracterización que prefigura ya las reglas monásticas de la Edad Media; entre ellas se destaca, y no podía ser menos del que sería patrón de los humanistas, la labor de copia de manuscritos, que tanta importancia habría de tener en los monasterios benedictinos, y que cohonesta el trabajo intelectual como trabajo útil, como actividad productiva.

Hemos esbozado las líneas principales que se continuarán en el pensamiento medieval, los diferentes sentidos que se otorgan al término trabajo. Fuente de bienestar espiritual actividad honesta que nos da de comer, ahuyentador de los ma los pensamientos, calamidades que han de sufrirse en este mun do, preocupaciones mundanas que el hombre se busca para enriquecerse. Otro sentido más. El trabajo será también la "opera Dei", cuyo salario justo será la vida eterna (57).

NOTAS

- (1) 2.15
- (2) JACCARD, op, cit., p. 109.
- (3) Dt., 2.7.
- (4) JACCARD, op, cit., p. 109.
- (5) Loc. cit.
- (6) Jn., 6.27.
- (7) Mt. 6.25.
- (8) Ibid., 6.33.
- (9) Lc., 10.41.
- (10) II tex., 3.10.
- (11) Ibid., 3.7-9
- (12) Cor., 9.13.
- (13) I Tex., 4.10-12.
- (14) Ef., 4.28.
- (15) Ibid., 6.5-9
- (16) Ap., 14.13.
- (17) JACCARD, op, cit., p.115. Evidentemente San Justino no se apega en esta afirmación al texto evangélico.
- (18) Loc. cit.
- (19) Ibid., p.117.
- (20) Ibid., p. 118.
- (21) Ibid., p.119.
- (22) SAN AGUSTIN: "Sermón 107, Avaricia", en Obras Completas, Madrid, B.A.C., 1954, T.VII, p. 497.
- (23) Ibid., p. 505
- (24) Loc. cit.
- (25) Ibid, " Del trabajo de los monjes" T. XII, Tratados Morales, p. 753.
- (26) SAN JERONIMO: "A Eustoquia" en Cartas, Madrid, B.A.C., 1962, T.E. p. 193.
- (27) Ibid., "A Demetriada", T. II, p. 681.
- (28) Ibid., "A Eustoquia", T.I., p. 193.
- (29) Ibid, "A Hedibia", T. II, p. 450
- (30) Ibid., "A Eustoquia", T. I, p. 195.

NOTAS

- (31) Ibid., "A Hedibia", T. II, pp. 447-48.
(32) AGUSTIN, op, cit., "Sermón 150, "La vida dichosa", T. VII, p. 761.
(33) Ibid. p. 721.
(34) Ibid., Del trabajo ..., TXII, pp. 697-700
(35) Ibid., p. 701.
(36) Ibid., pp. 715-17.
(37) Ibid., p. 723.
(38) Ibid., p. 749.
(39) Ibid. pp. 757 - 59.
(40) Ibid., p. 743.
(41) Ibid., p. 753.
(42) Loc. cit.
(43) Ibid., pp. 745-47
(44) Ibid. p. 731.
(45) Ibid., "A Hilario", T. XI, Cartas, p. 421.
(46) Ibid., "Del trabajo" T. XII, P. 763
(47) Ibid., p. 723.
(48) Ibid. p. 727.
(49) Ibid., "A Armentario y a su esposa", T. XI, p. 33.
(50) Ibid., "A Nebidrio", T. VIII, Carta p. 53.
(51) Loc. cit.
(52) Ibid., "De Nebidrio a Agustín", p. 35.
(53) Ibid., " A Romaniano", p. 69.
(54) Ibid., "Salmo 7, Deprecación del justo calumniador", T. XIX, Enarraciones de los salmos., p. 82.
(55) Cf. GUIGNEBERT, Charles: El cristianismo antiguo, México, F.C.E., 1956.
(56) SAN JERONIMO, op, cit., "A Rústico", T. II, p. 609.
(57) SAN AGUSTIN, op, cit. TXIX, p. 610; Cf. II cor 11.13; II Tim 2.6.

CAPITULO VII

II ORA ET LABORA

I.- El Monaquismo en Occidente

En otros capítulos de este trabajo, se ha hablado sobre las consecuencias de la crisis del Imperio romano y de las invasiones bárbaras en el campo de lo económico y de lo político, toca ahora hacer algunas consideraciones sobre su influencia en el terreno de lo espiritual.

La actitud general que tuvieron los hombres de la época, ante los desajustes políticos, la miseria general, los trastornos del orden social, la muerte y la violencia omnipresentes, fue de inquietud e inseguridad, y de búsqueda, por lo tanto, de un remanso en medio de la inestabilidad del mundo. Entre tanta confusión, la única que parecía haber conservado su unidad, organización, orden y gobierno, fue la Iglesia. Aquellos hombres atribulados se acercaron a ella procurando un refugio. El prestigio de la Iglesia, consecuentemente, se agranda, y lo mismo su poder; sobre todo después de que logra convertir a su fe a los nuevos gobernantes.

No obstante lo anterior, la Iglesia no logró salir incólume del torbellino provocado por los desastres antes enunciados. La ignorancia del clero fue tal vez su azote principal. Fueron pocos los espíritus ilustrados que se conservaron, y aún éstos tenían que renunciar en gran medida a su saber para adaptarse a su grey. La rudeza de los tiempos, lo precario de la vida, la violencia permanente, fueron otros factores que impedían a la Iglesia realizar cabalmente su misión. La Iglesia llegó a ser una gran propietaria, sus cargos fueron acaparados, las más de las veces, por ricos aristócratas que codiciaban sus bienes, muchos de ellos ignorantes incluso de lo más elemental de la doctrina cristiana, más prontos para ir de caza que para decir misa. A causa de todo

ello, la institución ni pudo enfrentar de la mejor manera posible al paganismo, que se extendía por bastas zonas del Continente, o que apenas se disimulaba bajo un cristianismo superficial.

En esta situación, era natural que se oscureciera mucho del caudal intelectual del cristianismo, reduciéndose a fórmulas rudimentarias . En lo que respecta al trabajo, estos obispos no estaban en su mayoría capacitados ni inclinados para predicar lo que los Padres habían establecido. Los pueblos, que espiritualmente habían sido sólo recientemente conquistados, nada o muy poco de la primera concepción del trabajo recibieron de boca de sus obispos y clérigos.

Lo grave del mal hizo aparecer el remedio. Varias causas de diversa índole habían favorecido la aparición del monaquismo en el Imperio. Este movimiento dió una respuesta al relajamiento del clero y a la crisis de la Iglesia. El mismo sentimiento de inseguridad favoreció la inclinación al ascetismo y retirarse del mundo. Las formas en que esta tendencia se manifestó fueron muchas, pero para el monaquismo occidental fue determinante la actuación de hombres como San Colombán y, sobre todo, San Benito de Nursia.

En su regla, San Colombán prescribía que los monjes debían trabajar hasta quedar rendidos, así mismo propugnaba por una pebreza extremada. San Benito establece también la obligación del trabajo manual y de la pobreza para los monjes. Sin embargo, su regla es más suave que la del primero. Esta regla de San Benito presentaba muchas ventajas. Ofrecía desde luego un resguardo contra la agitación mundana. Daba satisfacción a la aspiración ascética y de perfeccionamiento espiritual. Por eso atrajo así a muchos individuos. Pero además para la Iglesia, aseguraba el control de tales inquietudes, dándoles orden y concierto a la infinidad de modalidades que hasta entonces habían proliferado, y sometiénolas a su autoridad; evitaba por otro lado, los excesos y las formas extremas, sospechosas a los ojos de la Iglesia. Los monasterios serían en adelante centros de propagación religiosa bien ordenada. También serían centros de actividad económica y de trabajo.

Basándose en gran medida en San Agustín, Benito elaboró su regla. Parte muy importante de ella fue la exigencia del trabajo manual. "La ociosidad es la enemiga del alma" dice San Benito (1). A partir de entonces, la idea del trabajo como impedimento para el mal será enfatizada. De hecho, se percibe en el artículo de la regla benedictina sobre el trabajo manual la preocupación sobresaliente por evitar la ociosidad peligrosa, mucho más que el trabajo como medio querido por Dios para alimentar al hombre. Así y todo, asegura que "si las exigencias o la pobreza del lugar requieren que ellos [los monjes] se ocupen por sí mismos de recolectar los frutos [está hablando de los trabajos del verano], no deben desanimarse: porque entonces ellos serán monjes verdaderamente, si viven del trabajo de sus manos; como también hicieron nuestros padres y los apóstoles" (2).

El trabajo del campo ocupa un tiempo determinado, dejando al monje muchos momentos libres, surge entonces la necesidad de apartarlo de la holganza. Se obliga al monje, pues a la lectura, para que, al mismo tiempo que se le impedía la ociosidad, recibiesen instrucción. Dispone esta labor para todos, pero en forma especial para los hermanos demasiado débiles, cuya fragilidad les aparta de trabajos más pesados; por lo mismo, a aquellos que no soportan la lectura, se les insta para que desarrollen otra actividad, de manera que, a toda costa, se les haga imposible estar perezosos. Establece que el monasterio disponga, en lo posible, de todo lo necesario para su existencia, hornos para pan, huertos, molinos, etc.; de forma que los monjes, ni tuviesen que salir de él, ni pudieran holgar... Con todo y eso, no deja de ser importante que el monje trabajara también para sustentarse.

Una vez establecida la importancia del trabajo en las comunidades monásticas, en particular en las benedictinas, examinemos ahora lo relativo a la comunidad de bienes. La regla de San Benito prohíbe estrictamente que los monjes posean nada propio, ni un libro, ni una pluma. Nada pueden recibir, nada pueden dar sin el permiso del abad. "Todas las cosas necesarias deben

ellos esperarlas del Padre del monasterio; ni les está permitido tener nada que el abad no autorice. Todas las cosas serán comunes a todos, según está escrito, 'No se permita a nadie tener por propia cosa alguna' (Act. 4.32). Pero si alguno fuera descubierto una vez y otra, si no se corrige, sea sometido a castigo" (3). Aquí, de nuevo, observamos que la comunidad de los bienes se presenta como un requisito indispensable para la vida cristiana. Incluso en una forma más radical, pues no se habla nada más de compartir el producto que por el trabajo se obtiene de esos bienes, sino de los bienes mismos. Pero tal conducta estaba restringida al marco limitado de la comunidad monástica; aunque conviene señalar que el afán de transformar en monje a toda la sociedad será una constante de la Edad Media, que se manifestara con más o menos fuerza según los períodos.

La pobreza, obviamente, formaba parte del ideal benedictino. El fundador de la regla exhorta a los abades para que no se ocupen mucho de los asuntos temporales y de la administración, sino que cuiden primero de la salud espiritual de su rebaño, del que se les habrá de pedir rigurosa cuenta, y todas las demás cosas les serían otorgadas por añadidura. La pobreza es otra vez el no entretenerse en los "trabajos de la carne", el confiar en Dios para obtener el propio sustento. Pero debe ser relacionada con el trabajo de la comunidad y con la ausencia de propiedad.

Los monasterios, con su peculiar organización, se esparcieron por toda la Europa cristiana. Serán avanzadilla entre los paganos, y vanguardia de la actividad económica. Dondequiera que se fundaba un monasterio, se organizaba un foco de actividad económica, en torno al cual se iban articulando los campesinos dependientes de los monasterios, cuyo "yugo era más suave" que el de los señores laicos. A pesar de pretender no ocuparse gran cosa de la producción, la mantienen y ayudan a desarrollarla, como ya se ha visto (4).

Monjes como Willibrod y San Bonifacio, y todos aquellos famosos santos procedentes de Inglaterra e Irlanda, mantuvieron vivo el ideal monástico, y ayudaron al mejoramiento de la Iglesia.

Pero cuando se intenta una reforma de dimensiones mayores es durante la época carolingia. Esta reforma fue auspiciada por el poder público, tanto con fines políticos como religiosos. En parte por eso sus alcances y logros fueron limitados, pero de todas formas importantes. Una de finalidades de esta reforma fue someter a todos los monjes a la regla de San Benito. Lo que ayudó a dar difusión y a desarrollar más el ideal benedictino, seguramente el más acorde entonces con el pensamiento cristiano en los puntos que aquí nos interesan. En este aspecto la reforma tampoco fue completamente exitosa, pero contribuyó a fijar y esparcir estas ideas.

Pronto se hizo necesaria también una reforma entre los monjes. Ya en la época carolingia, en las Capitulares de los Francos, se ordena que "los monasterios que son regulares, vivan según la regla" (5). Pues el desorden entre ellos era ya grande. Juega un papel importante en esta reforma San Benito de Aniana. Como otros reformadores medievales, el Anianense lleva a cabo su intento, no introduciendo aquellas "novitates" tan temidas, sino volviendo los ojos a la tradición apostólica, no reformando en realidad, sino aplicando los antiguos preceptos y costumbres, haciendo que vuelvan a su cause.

En su Concordia Regularum, San Benito de Aniana insiste en las enseñanzas paulinas, y en lo que había prescrito San Benito de Nursia. Recuerda, en esta armonía de las reglas, como todas ellas recomiendan el trabajo, ya sea para tener de donde compartir con los que padecen necesidad (Ef. IV, 28), ya para aquello que baste a los monjes (6).

El tema se repite a menudo. "Pues la exhortación para trabajar que hasta ahora con tanta moderación por nosotros (ha sido) insinuada a vuestra caridad, por aquella apostólica instancia del beato Pablo... cuando él nos ordena a este punto trabajar con las manos para que tengamos de donde poder distribuir lo necesario a los que sufren: nosotros hemos hablado para que trabajemos para lo que nos sea suficiente. Aquél dijo que él mismo en hambre y

en sed, en frío y desnudez, de noche y de día, con sus manos ha trabajado para que a sí mismo y a los que con él estaban no les faltaran las cosas necesarias (II Cor., XI y Act., XX). Dentro de nuestras costumbres (o acaso, dentro de nuestra regla), nosotros, que incluso estamos contra los que tienen doble vestimenta y calzado y plenísimo sustento del cotidiano alimento hasta la saciedad, a partir de los dones de Dios, os exhortamos para que el ocio no améis, mas por una sincera unanimidad de consenso, quienquiera que desee prevalecer, así trabaje. Aquél advirtió que el que no trabaje no coma (II Tes. IV). Y nosotros, juzgando nuestra fragilidad entre vosotros, a ninguno de vosotros hemos juzgado de los que hasta ahora, por una voluntad engañosa y vacilante, os apartásteis del trabajo... para que no seamos vencidos por el mal, sino que vencamos al mal en el bien" (7).

Reaparecen claramente los elementos que hemos destacado. La exhortación al trabajo es "insinuada a su caridad", luego el motivo de su trabajo no es únicamente el mantenerse, también es compartir y dar a otros.

Vuelve una vez y otra sobre el mismo motivo. Todos los apóstoles trabajaron personalmente, "si, en efecto, hombres de tanta autoridad con sus obras y trabajos, también sirvieron a los campesinos, cuanto más los monjes, a quienes conviene suministrar con sus propias manos, no sólo las cosas necesarias para su vida, sino también reparar la indigencia de otros mediante sus trabajos" (8). El texto es todavía más claro.

El trabajo, claro está, destruye todas las concupiscencias que la ociosidad engendra. No podía faltar esta afirmación. La mente del ocioso es asaltada por muchos malos pensamientos y deseos. El hombre debe ocurrir rápidamente a la obra, "porque está escrito: no aborrezcas la labor por trabajosa, ni a la agricultura, que es cosa del Altísimo (Ecl. VII, 16). Para que, dándolos Dios, por nuestros trabajos personales de las cosas cotidianas y necesarias abundemos" Para que puedan dar a los que padecen urgente necesidad, de su propio trabajo, ya que es mejor dar que recibir (9).

San Próspero, mucho antes, a su vez, había insistido en que "aún si mucho nos aprovecha, mientras pasa el curso de la presente vida, cuyo exterior el hombre corrompe y el interior es renovado, es necesario, sin embargo, que mientras pende de la condición de muerte, tolere (el hombre) las labores de larga duración" (10). Aquí "las labores" tienen connotación de calamidades, de penas, pero se incluye en ellas, desde luego, al trabajo manual.

Hacia el primer tercio del siglo X, se vislumbra otra movimiento de reforma de consecuencias fundamentales para la historia de la Iglesia, y algunos de cuyos aspectos es conveniente analizar.

Las invasiones de los siglos IX y X, volvieron a plantear en forma aguda el problema de la seguridad, por lo tanto de la protección y el gobierno. Ante la carencia de una autoridad efectiva que diera una protección adecuada, se fijaron los ojos en la Iglesia que conservaba, siquiera fuera exteriormente, su unidad, y que era la representación de Dios, en quien se veía la salvación y la seguridad. Los fieles sintieron amenazado éste que veían como el último refugio, a causa del estado de decadencia moral del clero. Se fue haciendo patente para todos, grandes y pequeños, la necesidad de una reforma. El 11 de noviembre de 910, Guillermo el Piadoso, duque de Aquitania, funda la abadía de Cluny, que había de ser la manifestación más importante de esta necesidad de reforma. Se pretendía que los monjes clunieses llevaran una vida altamente espiritual; tenía como obligación siete u ocho horas diarias de oración, y respondían, por la dignidad de su vida, por la brillantez de su liturgia, por su dedicación exclusiva a la contemplación, a las aspiraciones espirituales rituales de su momento. En Cluny, los monjes no realizaban ningún trabajo manual verdaderamente. Se dedicaban sobre todo a la copia e ilustración de manuscritos, a leer la Escritura y a la oración constante. Todo el equilibrio que la regla benedictina había establecido entre el trabajo manual y la oración, desapareció. Era un ambiente completamente aristocrático y señorial; aristócratas eran sus reclutas y aristocráticas eran sus actitudes y

formas de vida. Sus enormes posesiones eran trabajadas por campesinos dependientes, quienes sustentaban a los monjes. No se cultivaba rígidamente la vida ascética. Si bien los monjes no poseían propiedad particular, se encontraban lejos de la pobreza evangélica, tal como la hemos visto; los monasterios cluniacenses eran verdaderos señoríos corporativos. Sin trabajo personal, no podían ofrecer a otros los frutos de su labor; no podían tampoco ser verdaderamente pobres. Hay que afirmar sin embargo, que pese a su alejamiento del ideal monástico primitivo y de su desapego a la tradición de los Padres, su actitud contemplativa, su ociosidad sacra respondía profundamente a requerimientos sociales del momento, de ahí su éxito; estaba por otra parte, enclavada en la tendencia a la pura contemplación que habíamos visto aparecer ya en los primeros tiempos del Cristianismo.

Pero por la misma época se gestaba otro movimiento, el eremítico, con directrices muy diferentes. Desde los mediados del siglo X, algunos hombres, precisando de paz y confundidos por su mundo, lo abandonaron, y en lugares apartados se entregaron a la meditación, pero también se sometieron a rudos trabajos. Por ejemplo, Gunther, nacido de una rica familia, vivió en la Selva Bohemia treinta y siete años, durante los cuales roturó amplias extensiones del bosque, y abrió caminos. En Italia se integraron organizaciones de eremitas, como la de los camaldulenses, establecida por San Romualdo. Juan Gualberto fundó el monasterio de Vallombrosa, famoso por su riguroso ascetismo, y San Bruno la Gran Cartuja. El movimiento eremítico satisfizo las aspiraciones a las que la reforma cluniacense, por las características mencionadas no pudo responder; extremó el ideal de pobreza y del trabajo manual, pero dejando un tanto suelto el cabo de la utilización comunitaria de su trabajo, por cuanto vivían solos; sin embargo, los caminos y otras labores que realizaron, fueron de utilidad general y, sobre todo, se obligaban a dar hospitalidad y albergue a los caminantes.

Igualmente importante fue la creación de la orden del Cister en el siglo XI por Roberto de Molesmes. Su carácter sería contrario al que distinguía a Cluny. Para esta época, se precisaba

no tan sólo ya de una reforma como la cluniacense. Ya no era suficiente que los monjes oraran ininterrumpidamente por la salvación de la comunidad, en el marco fastuoso del arte románico, y en la holgura que les proporcionaban sus posesiones y el trabajo de sus siervos. La reforma debía ser ahora más rigurosa. Los monjes llevarían una vida conforme a las primeras concepciones cristianas y a las tradiciones del monaquismo occidental, en una palabra, era indispensable que practicasen la pobreza apostólica, la "imitatio vitae apostolicae". Los cistercienses y otras órdenes fueron constituidos con este propósito.

Por principio, los cistercienses organizaron su economía en forma diferente a los otros establecimientos. Sus tierras no fueron repartidas a campesinos dependientes, su economía era pues diferente de la dominical. El trabajo era realizado por los monjes y conversos. En el artículo IX de la Carta de Caridad, regla de la orden, se asienta: "Que no tengamos rentas. El principio de nuestro nombre y de nuestra Orden, excluye la posesión de Iglesias, altares, cementerios, diezmos del trabajo o la producción ajenos, dominios, villas, censo de tierras, rentas de hornos y molinos, y otros bienes semejantes, contrarios a la pobreza monástica" (11). Había que deshacerse de todo ello para lograr la pobreza, pero no era sino el primer paso. Se especifica en el mismo documento que " Los monjes de nuestra Orden deben obtener su subsistencia del trabajo manual, del cultivo de la tierra y de la crianza del ganado. También nos está permitido, para nuestro propio uso, las aguas, bosques, viñas, pastos, tierras, alejadas de la habitación de los hombres del siglo... Para trabajarlas, nutrir las y conservarlas podemos, cerca o retirado, pero no más de una jornada, tener granja que guarden los conversos" (12).

El Císter y las otras órdenes correspondían a las aspiraciones sociales del momento. Después de obtener una elevación moral y cultural del clero, se quiso que los monjes se acercaran más al ideal evangélico. Los aristocráticos cluniacenses se compaginaron mal con la pobreza evangélica, tal vez el ideal más entrañable para los hombres medievales.

Son muchos los testimonios que reflejan esta preocupación. De entre ellos tomaremos los siguientes. Para Wolbero, elegido abad en 1147, los trabajos eran las sombras, y la contemplación de Dios el día. Pero estamos aquí para trabajar y obrar bien, y de esta forma asegurar una vida más feliz (13). El trabajo es visto como penitencia, pero es imprescindible el llevarlo a cabo para alcanzar la vida eterna. Ivo, obispo de Carnot -había sido, como San Anselmo, discípulo de Lanfranco-declara que "Es necesario que los presbíteros lean asiduamente y oren, porque la vida del varón justo por la lección es preparada, y por la oración adornada, y por la constancia en la lección es defendido el hombre del pecado, conforme a aquel que decía: He escondido en mi corazón tu oráculo para no pecar contra ti (Ps. 118 (19) 11). Estas son verdaderamente las armas para vencer al diablo, a saber: el estudio y la oración. Estos son los instrumentos por los que es adquirida la eterna beatitud; con estas armas los vicios son reprimidos; con estos alimentos las virtudes se nutren. Pero cuando el estudio ha cesado, debe seguir el trabajo manual, por que la ociosidad es enemiga del alma. Y el antiguo enemigo, al que del estudio o la oración encuentra desocupado, fácilmente a los vicios arrastra. El estudio os enseñará de que modo viviréis y (cómo) a otros enseñaréis. Por la oración, vosotros y aquellos con los que estáis juntos en la caridad, avanzaréis en salud. Por el trabajo manual y el castigo del cuerpo, negaréis a los vicios su alimento y subvenderéis a vuestras necesidades, y tendréis de donde poder dar al que tiene necesidad" (14). El estudio, la oración y el trabajo, según este autor, permiten al monje llevar una vida adecuada a su estado. El trabajo, siguiendo a San Pablo, es, como ya se ha visto, un medio para sostenerse y hacer la caridad.

El mismo había ordenado: "Que el clérigo se busque su sustento mediante un oficio honrado". Y que: "El clérigo, aunque sea erudito en la palabra de Dios, sin detrimento y sin exceder la medida de su oficio, prepárese su sustento y vestido" (15).

Otro autor, Aelredo, advierte: "Nadie diga: Soy fuerte, soy casto, soy sabio, no tengo necesidad de trabajar, hacer vigilia o ayunar. ¿No fue más sabio Pablo, no fue más fuerte el Beato Benito? Pablo castigó su cuerpo y en sumisión se conducía. En el hambre y en la sed, en el trabajo manual y en fatigas (1^a Cor. VI) (16).

Pero veamos más completa la exposición de este pensamiento en uno de los más ilustres cistercienses, San Bernardo de Claraval.

Por principio de cuentas, San Bernardo estigmatiza a los que "se criaron entre sedas (7) abrazaron los estiércoles, esto es, el cuidado del vientre" (17). Pues los que se pasan la vida en comidas y bebidas excesivas, en desordenados convites, en torpes tratos e impurezas no dan fruto, no practican la pobreza (18). El hombre debe seguir el ejemplo de San Clemente Papa. Clemente era noble, poseía tierras, su herencia era cuantiosa y era sabio. Pero todo ello, que había recibido del Señor, dice Bernardo, lo despreció por amor a Dios para permanecerle fiel (19).

En su comentario a las Bienaventuranzas escribe "Bienaventurados los pobres de espíritu... quien habla es la verdad, que ni puede ser engañada ni engañar, y ella misma es quien dice que son bienaventurados los pobres de espíritu. ¿Y con todo eso, insensatos hijos de Adán, buscáis tanto las riquezas, deseáis las riquezas todavía, cuando ya la bienaventuranza de los pobres está divinamente recomendada... deséclas el pagano, que vive sin Dios; búsquelas el judío, que se aferró a las terrenas promesas, pero ¿ con qué vergüenza, mejor dicho con qué alma busca el cristiano las riquezas, después que Cristo pu**bl**icó bienaventurados a los pobres ? ¿ Hasta cuándo hijos descastados, hasta cuándo hablará vuestra boca la vanidad, llamando bienaventurado al pueblo que posee esos bienes terrenos, esos bienes visibles, esos bienes perecederos, cuando el Hijo de Dios, abriendo su boca, habló la verdad, declarando que son bienaventurados los pobres y pronunció aquel triste ¡Ay ! para los ricos" (20).

Los pobres, pues, son bienaventurados. Cristo mismo ha hecho su alabanza. " Pero atiende con cuidado que no nombra a los pobres sin alguna restricción; no habla de aquellos que son pobres, no por una voluntad loable, sino por una necesidad miserable. Espero, a la verdad, que a éstos también les aprovechará, para con la misericordia de la divina bondad, esa su miserable condición; pero sé que el Señor en este lugar no habló de ellos, sino de aquellos que pueden decir con el profeta: Te ofreceré un sacrificio voluntario" (21). Claramente se refiere San Bernardo a los monjes, a quienes compara con el Zaqueo de la Escritura, y les dice que no tan sólo dieron ellos la mitad de sus bienes a los pobres, sino que incluso nada dejaron para sí mismos (22).

A los pobres, asegura Bernardo, se les ha ofrecido la misma recompensa que a los mártires, pues es una especie de martirio la pobreza voluntaria (23). La prudencia busca la justicia y evita, no tan sólo la injusticia, sino también "aquellas cosas que en cierto modo son contra la justicia, atendiendo no a lo que es ilícito, sino a lo que conviene; y evita las riquezas y alguna otra cosa no porque sean ilícitas, sino porque suelen ser impedimento de la justicia" (24). ¿Cómo puede hacerse la condenación tan enérgica de las riquezas que arriba habíamos visto y proclamar al mismo tiempo que son lícitas?. Es que, como ya se había visto, la pobreza es una realidad espiritual y, al propio tiempo, una realidad material. Se puede ser rico materialmente, y ser pobre de espíritu. Y se puede ser pobre realmente y ambicionar las riquezas del siglo.

En la Iglesia existen tres órdenes: los que la gobiernan, como Noé; los que hacen penitencia y renuncian al mundo, como Daniel; y los que, como Job, "que empleó bien los bienes de este mundo en el matrimonio, designa al pueblo fiel, que posee lícitamente los valores terrenos" (25). Los ricos pueden ser como Job, si utilizan bien sus riquezas, pero como se dice arriba, la prudencia evita el peligro que la riqueza trae consigo, y los más

perfectos para Bernardo son los monjes, raza de Daniel. Estos se dedican a la oración y hacen penitencia por sus hermanos. ¡Con cuanta razón se compara a los monjes con las ovejas trasquiladas! Pues, a la verdad, están trasquilados aquellos a quienes ni los corazones, ni los cuerpos, ni cosa alguna del mundo se les dejó en propiedad" (26). Así pues, más que predicar un uso adecuado de las riquezas, se prefiere el alejamiento de ellos, pues ajenos a la mentalidad del lucro, de productividad, pensaban que la riqueza era un peligro del que era mejor alejarse, refugiarse en un monasterio, donde producían lo necesario para su vida, sin procurar crear abundancia aunque ésta favoreciera a todos.

Los monjes están entre dos mesas. La de los hombres que disfrutan de la tierra, y la de los santos que disfrutan del cielo. Al monje, no le queda, entonces, sino gemir, rogar a los santos y no envidiar a "aquellos que pecan y no hacen penitencia" (27). ¡No hacen penitencia! Vamos a examinar otro de los puntos que nos interesa. En un sermón pronunciado en la época de los trabajos de recolección, dice: San Bernardo: "Este trabajo, hermanos míos, nos recuerda nuestro destierro y nuestra pobreza y también nuestra iniquidad. ¿Por qué nos afligimos todos los días con mortificaciones, con muchos ayunos, con frecuentes vigiliias, con trabajos y fatigas? ¿Acaso hemos sido creados para esto? De ninguna manera. Aunque el hombre nace para el trabajo, no ha sido creado para el trabajo. Su nacimiento es pecador, y por eso merece pena." (28) El trabajo recuerda la pobreza. Ambos términos están profundamente ligados, como he tratado de demostrar. Pero también recuerda nuestra iniquidad. Es decir, es el precio, el rescate de la culpa. Aquí el trabajo no es únicamente el trabajo manual sino todas las penas, todas las calamidades. Sin embargo, la ocasión en que se pronuncia, no deja dudas acerca de que el trabajo manual está incluido dentro de ellas, y de que es necesario que sea llevado a cabo. Pero hay que aceptarlos con gozo, para ser salvos y salvar a otros y ahuyentar al diablo (20). "Así como mientras trabajan las manos no se cierra el ojo, no se abstiene de oír el oído, así y aún mucho mejor, mientras trabaja

el cuerpo, la mente debe estar fija en la obra y no descansar. Durante el trabajo piense en la causa del trabajo para que la pena que sufre la represente la culpa por la que padece" (30). Y ¡ ay ! de aquel que sin trabajar quiere ser salvo. "Anhelas el asiento y la altura, pero no será así, impío, no será así; no cogearás, porque no has sembrado. Los que siembran el trabajo y el abatimiento cogearán el honor y juntamente el descanso... Por eso decía uno de ellos: mira mi humillación y mi trabajo. Y hoy también habéis oído lo que prometía el Señor cuando decía a sus discípulos: Os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Ahí tenéis el descanso del asiento y el honor del juicio. Ni aún el mismo Señor quiso llegar a esto sino por la humillación y el trabajo. Aquellos, pues, que huyen del trabajo y aspiran a los honores, sepan que imitan al que buscó el descanso y la elevación, y si su culpa no es bastante para asustarles, a lo menos espúnteles su castigo" (31). Véase hasta que punto son indispensables el trabajo y la pobreza pues son la fuente de todo honor y lo que da derecho al descanso.

Reniega constantemente del perezoso, apedreado con excremento de buey (32), y hace innumerables elogios de la diligencia. Así, en su única obra de tipo hagiográfico, dedicada a San Malaquías, Bernardo lo ensalza por sus "manos que habfan amado siempre ejercitarse en laboriosas y humildes obras" (33). También en la alabanza que hace del hermano Humberto a su muerte, quien a pesar de sus muchos años y de la enfermedad "en los fríos y en los calores, subiendo y bajando por los montes y valles, seguía el trabajo de los más jóvenes... Si alguna vez lo detenía yo conmigo para tomar su consejo... parecía estar triste y mustio hasta que se le permitía volver a vuestra compañía" (34). San Bernardo delinea su ideal cuando hace la descripción de San Martín, obispo, "Pobre fué, desaliñado en el vestir y el rostro nada bello. Ciertos espíritus malévolos se lo echaron en cara al ser elegido obispo; más él después de su elección, no quiso cambiar nada de su manera de proceder en

esta parte... En lo que toca a su caridad para con los pobres, el Salvador mismo se gloriaba en los ángeles, ostentando la mitad de su capa que él le había dado" (35).

La caridad para San Bernardo es la culminación de las virtudes. Pero su relación con el trabajo y la pobreza es meramente clara que en otros autores. Sin embargo, aunque no explícitamente, existe en cierta medida. "Y, porque somos animales sociales, pasemos de las cosas que están en nosotros a aquellas que están alrededor de nosotros, para que, si puede ser, tengamos en cuanto esté de nuestra parte paz con todos los hombres. Esta es la ley natural de la sociedad: que no hagamos a otros lo que no queremos se nos haga a nosotros mismos, y que cuanto queremos que se nos haga a nosotros, procuremos hacerlo a los demás" (36). La pobreza y el trabajo se reflejan fuera de nosotros. Y si nadie puede salvarse sin la humillación y la caridad, la pobreza es la mayor de las humillaciones, y para dar es necesario producir.

En resumen se intenta dar un orden a la sociedad. Era éste el ideal de su sociedad. " Si, aquí, (en el monasterio) en donde la comida y la bebida, la vigilia y el sueño, el trabajo y el descanso, el andar y el sentarse y todas las demás cosas están reglamentadas con número, peso y medida no hay orden, ¿en dónde lo podrá haber ?" (37). Este orden debe ser llevado a la sociedad entera, dentro de la tendencia a convertir a la sociedad en un monasterio.

Se dice también que "todos los hombres o son prelados, o son iguales, o son súbditos" (38). Es decir, cada quien tiene su lugar y cometido. Esto se reflejará en el esquema de la sociedad que entonces se impone.

Oratores, Bellatores, Laboratores.-

En la Alta Edad Media, se pensó a la sociedad mediante un esquema bipartito. Pobres y ricos, los grandes y los débiles, los clérigos y los laicos (39). Siendo una sociedad poco com-

plicada en muchos sentidos, la elaboración teórica de la composición social era también más sencilla. Incluso cuando aparecen distinciones, admiten pocos matices. Tiende a verse a todos los campesinos como siervos, a los clérigos como monjes, ya hemos dicho inclusive que trató de imponérselos a todos la regla benedictina, igualándolos; entre los caballeros se asimilaban todos a este estado, sin hacer mayores diferencias entre la alta aristocracia y los que eran tan solo acomodados, todos eran designados con el nombre de miles, caballero. Por otra parte, en esta época caballero podía serlo el que fuera rico, todavía no se consolidaba este grupo en una nobleza de sangre, por lo que la distinción entre ricos y pobres, grandes y pequeños, fue adoptada sin más matices.

Cuando el orden de los caballeros se consolida como grupo, se modifica el esquema teórico. Para los intelectuales medievales la sociedad era una unidad; en ella cada quien tenía su quehacer, su lugar establecido por Dios. Así se expresa en el siguiente verso de la época:

"Labor del clérigo es a Dios rezar,
justicia, la del caballero,
pan les proveen los labradores.
Uno alimenta, reza el otro, defiende el tercero.
En el campo, en el señorío, en el monasterio,
recíprocamente se ayudan en su quehacer.
Todos ellos para una buena armonía" (40).

El término labor cobra aquí un sentido distinto. Es el trabajo, la función de cada orden, y el que se realice es condición para la armonía social. Esta mentalidad se impuso, y penetró en todas las capas sociales, perdurando aún cuando en el terreno teórico el esquema tripartito había ya cedido paso a otras representaciones mentales de la sociedad, como veremos en su oportunidad. De hecho ese esquema correspondía a un fenómeno social real. Convienen en él formas de vida y de pensamiento.

Como hemos visto en otro capítulo, la sociedad estaba efectivamente organizada así. El comerciante, entonces, será visto con desconfianza; casi siempre extranjero, sin acomodo en el esquema. Mal visto por las autoridades eclesiásticas, despreciado por los señores feudales, de ellos recelaban los campesinos.

Pero laborare es sobre todo el trabajo de la tierra. El trabajo por excelencia es el del campo. Pero ahora será también el esfuerzo de los caballeros en la guerra, y las oraciones y trabajos de los monjes en los monasterios. Ninguno de ellos pug de dejar de cumplir con su obligación sin ofender a Dios.

Las primeras menciones sobre el esquema tripartita aparecen ya en el siglo X, en la libérrima traducción que Alfredo el Gran de hace de la Consolatio de Boecio. Para el servicio del rey debía haber "jebedmen, fyrdmen y worcmen" (41), hombres de plegaria, hombres de caballo y hombres de trabajo. Más tarde, Adalberón, obispo de Laon, dice: "La casa de Dios, que se crea ser una, está, pues, dividida en tres: los unos ruegan, los otros combaten, los otros, en fin, trabajan. Estas tres partes que coexisten no sufren por verse separadas; los servicios proporcionados por la una son la condición de las obras de los otros dos; así este conjunto triple no deja de permanecer unido, y es de esta manera como la ley ha podido triunfar y el mundo gozar de paz" (42).

A fines del siglo XI y principios del XII, Eadmero escribía lo siguiente. "La razón de ser de los corderos es proporcionar leche y lana; la de los bueyes, trabajar la tierra; la de los perros, defender de los lobos a los corderos y a los bueyes. Si cada especie de esos animales cumplen su oficio, Dios los protege... Igual hacen los órdenes que ha establecido con vistas a los diversos oficios que se han de realizar en este mundo. Ha establecido a los unos -los clérigos y los monjes- para que rueguen por los otros y para que llenos de dulzura como los corderos, los empapen con la leche de la predicación y les inspire con la lana del buen ejemplo en ferviente amor de Dios. Ha establecido a los campesinos para que hagan vivir - como los bueyes con su trabajo-

a sí mismos y a los otros. A otros en fin -a los guerreros- los ha establecido para que manifiesten la fuerza, en la medida de lo necesario y, para que defiendan de las amenazas, como de los lobos, a los que ruegan y a los que cultivan la tierra" (43).

Al realizar esta distinción de funciones, de trabajos, se justifica, en cierta forma, el abandono de los trabajos manuales por los otros dos sectores, puesto que éstos cumplían con su propia actividad. No obstante, en lo referente a los monjes, debemos encuadrarlos dentro de los movimientos que hemos señalado y dentro de su tradición. Por otro lado, hay que ver este intento de organización de la sociedad, como un capítulo de la lucha entre clérigos y guerreros por dominarla, siempre con los campesinos sometidos.

Tal concepción irá siendo sustituida, hacia finales del XII, pero sobre todo en el curso del siglo XIII y después, por otra muy distinta, que mejor que en los órdenes, se expresa en los "estados" o "condiciones". Para este momento, había hecho su aparición, con fuerza, un grupo social nuevo, los burgueses. En efecto, los habitantes de las ciudades, comerciantes y artesanos, reclamaron un lugar en la sociedad. A partir de entonces las clasificaciones se multiplican, pero lo interesante es que se han secularizado; ya no aparecen como un orden inmutable que rido por Dios; ahora se puede pasar de un estado a otro, se cambia de condición, aún cuando fuera difícil el hacerlo, no era imposible, ni se consideraba ilícito. Aparecen numerosos sermonarios dedicados a los diversos oficios, lo mismo, los manuales de los confesores clasifican los pecados según los oficios. En uno de tantos ordenamientos de los grupos sociales, el de un documento florentino del siglo XIII, aparece lo siguiente: "El diablo tiene IX hijas, a las cuales ha casado a la simonía, con los clérigos seculares, a la hipocresía con los monjes, a la rapiña con los caballeros, al sacrilegio con los campesinos, a la simulación con los alguaciles,

a la usura con los burgueses,
a la pompa mundana con las matronas
y a la lujuria, a la que no ha querido casar, pero que ofrece a
todos como amante común" (44).

Esta transformación no fue fácil. Un sermón inglés del siglo XIV dice que "Dios ha hecho a los clérigos, los caballeros y los labradores; pero el demonio a los burgueses y los usureros" (45). En cambio otros teólogos, ya en el siglo XII hablaban que en "esa gran fábrica, ese gran taller que es el universo... el que por el bautismo ha renunciado al diablo, aún cuando no se haya hecho clérigo o monje, es reputado de haber renunciado al mundo, de manera que sean ricos o pobres, nobles o siervos, comerciantes o campesinos, todos los que han hecho profesión de la fe cristiana deben rechazar lo que es hostil y seguir lo que conviene; cada orden, en efecto, y más generalmente toda profesión, encuentra en la fe católica y en la doctrina apostólica una regla adaptada a su condición, y si el buen combate se conduce bajo ella podrá así alcanzar la corona" (46).

Compárese esa actitud con lo que dice Eadmero en su vida de San Anselmo: "Toda la vida del hombre puede compararse a un molino colocado en un río tumultuoso. Hay en ese molino una muela que se hace mover a mano. Entre los que muelen, hay unos que dejan caer la harina al río, otros guardan una parte en sus manos y dejan perder el resto; otros, en fin, la recogen y conservan toda. El que no ha guardado nada de harina, no tendrá nada que comer por la noche; el que ha guardado un poco, tendrá una porción módica, y el que lo ha guardado todo, contará con una ración abundante... Los hombres trabajan, siembran, recogen, hacen moler el grano, hacen el pan y lo comen. La rueda ha terminado su labor. ¿Se para entonces? Nada de eso; se vuelve a comenzar. Se trabaja, se siembra, se recoge, se muele, se hace pan y se come. Estas tareas se hacen todos los años y vuelven sobre sí mismas como una rueda. Suponed, pues un hombre que realiza todas estas acciones, para obtener ventajas terrenales y no busca más que lo temporal, pasajero. Este hombre muele, por lo mismo

que trabaja; pero toda la harina, fruto de su trabajo, cae en el rfo... Cuando al fin de su vida este hombre salga del molino, vuelva a su casa y quiera comer el fruto de sus obras, no encontrará nada, por que el rfo se lo habrá llevado todo... El otro no pierde completamente su harina, porque hoy día hace una limosna por amor de Dios, el día siguiente va a la Iglesia para vacar al servicio de Dios, otra vez visita a un enfermo... Pero como al mismo tiempo se dá a los placeres de la carne, pronto a vengarse de las injurias que ha recibido, se ensalza con la alabanza de los hombres..., no se dá cuenta de que la mayor parte de la harina se le va " En cambio el tercero, el monje, recoge toda la harina (47).

Aquí, pues el trabajo es la vida del hombre y sus afanes. No aparecen los otros órdenes clásicos, aunque si división tripartita, pero el papel de los monjes en la sociedad es señaladamente disímulo. Además, dada la descripción de los tres tipos de personas, se podría, de manera general, asimilar el primero a los caballeros y el segundo a los campesinos. Aquellos son los que pueden caer más fácilmente en la lujuria, y vengarse de sus enemigos, y ser alabados.

Es conveniente señalar, que este esquema tripartito impedía que se viera al trabajador, al siervo, al campesino dependiente como algo despreciable. Su lugar está establecido por Dios, y era digno. Era además "la condición de las obras de los otros dos órdenes". Había una estrecha relación entre todos. Citemos otra vez al mismo Adalberón en el siglo XII: "Proveer a todos del oro, el alimento y el vestido, tal es la obligación de la clase servil... Esta clase infortunada no posee nada que no haya adquirido por un duro trabajo. ¿Quién podría, operando las cuentas de un ábaco, contar las penas, las carreras, las fatigas que han soportado los pobres siervos? ¡Ay ! No existe ningún fin para las lágrimas y los gemidos de estos desventurados" (48). Hay aquí el reconocimiento del trabajo campesino, y hay así mismo compasión por sus dificultades, pero no encontramos menosprecio.

En esta época aparecerán, sobre todo entre las gentes de Iglesia, muestras similares de conmiseración, como en Ives de Chartres, Gofroi de Troyes, Raoul Ardent y Mauricio Sully, quienes proclaman la dignidad del trabajo y la igualdad original del hombre ante Dios (49). Pero no considerando la Iglesia despreciable el estado del siervo, y teniendo al conservadurismo, no pensó en propiciar directamente la liberación de los siervos; en cambio procuró su mejoramiento económico (50). Solamente a partir del siglo XIII, comenzarán a verse en el villano la personificación de los vicios, sobre todo de aquellos contrarios al ideal caballeresco.

La Paz de Dios

Este movimiento tuvo sus orígenes en las postrimerías del siglo X. Llama aquí nuestro interés porque significó un esfuerzo por proteger a los trabajadores. En 989, y en 990, en los concilios de Charroux y Narbona, los obispos protestaron por la violencia que perturbaba la paz pública. Ahí se pronunciaron anatemas contra tales revoltosos. No únicamente se quiso proteger a los clérigos, sino que también recayeron las sanciones sobre quienes robaban a los campesinos y oprimían a los pobres (51). Se prohibía penetrar violentamente en los templos, robar caballos y ganado, hacer prisioneros a los campesinos y a los que anduvieran desarmados. En el año 1000, otro concilio declara que todas las disputas deben ser dirimidas conforme al derecho. En presencia de Roberto II el Piadoso, se juró solemnemente la paz de Dios en 1010-1011 en Orleans. Por fin, en Verdún en el concilio de 1021-1022, se hace relación pormenorizada de los casos en que la lucha quedaba prohibida. En esta misma declaración se protegía a los comerciantes, a los campesinos y a sus ganados. Otra novedad es que comenzó a limitarse el tiempo en que podían efectuarse las contiendas: desde el sábado por la tarde a la mañana del lunes, quedaban prohibidas. En 1041, un concilio de la arquidiócesis de Arlés ordena la tregua de Dios entre el miércoles por la tarde y la mañana del lunes, en el Adviento y la Navidad, hasta el domingo de Epifanía. Lo mismo ocurría en el tiempo transcurrido entre el tercer domingo anterior a la Cuaresma y el primero después de Pascua.

Se declararon inviolables gran cantidad de lugares, sobre todo pueblos de nueva fundación, muchos de los cuales se establecían en antiguos cementerios para que disfrutaran de la inmunidad de que éstos gozaban.

Las sanciones que se impusieron ya no serían tan sólo de carácter eclesiástico, sino, por ejemplo, el destierro por treinta años de la diócesis. Al parecer, había tribunales es peciales para estos casos (52). Los reyes y los príncipes territoriales se hacen paladines de este movimiento, para limitar los privilegios de los señores feudales.

El clero secular, que había impulsado extraordinariamente este movimiento, se empeñó también en desviar la energía guerre ra de los señores contra enemigos no cristianos, "para no derramar la sangre de Jesús" (53), es decir, propician las cru zadas. Este movimiento, interesante por tantos aspectos, nos llama aquí la atención porque el irse de cruzado estuvo íntimamente ligado con el ideal de pobreza. El cruzado debía partir a sus trabajos con espíritu y actitud de pobreza, como cuenta Joinville que dejó él su castillo al seguir a San Luis (54). La cruzada unía en sí la pobreza voluntaria, el afán de peregrinaje y el esfuerzo al servicio de Dios - al menos eso se pensaba. Hay que añadir que los pobres se sintieron especialmente llamados a llevar a cabo el objeto de la Cruzada, que era, para ellos, no sólo rescatar los Santos Lugares, sino llegar a la Jerusalén celestial (55). No únicamente se sintieron escogidos, sino que llegarán a negar a los caballeros la posibilidad de tener éxito en sus empresas, por no ser pobres. Pero sobre esto hablaré todavía un poco en otro lugar.

NOTAS

- (1) San Benito: Su vida y su regla, Madrid, B.A.C. 1954, p. 562.
- (2) Ibid., p.565
- (3) Ibid., p. 500 y 503
- (4) LATOUCHE, op, cit., p. 75
- (5) CARLOMAGNO, "Capitulare Longobardum" en MIGNE, J.P.: Patrologiae cursus completus patrum latinorum traditio catholica, Parisiis, Ecclesiasticae Ramoseditore, 1844, T. XCVII, p. 128
- (6) SAN BENITO DE ANIANA, "Concordia Regularum" en MIGNE, op, cit., T. CIII, p. 1184.
- (7) Loc. cit.
- (8) Ibid, p. 1186
- (9) Ibid., p. 1185
- (10) SAN PROSPERO "Liber Sententiarum Ex operibus S. Agustini delibatarum" en MIGNE, op, cit., T, LI, p. 441.
- (11) PARIAS, op. cit., pp. 112-113
- (12) Loc. cit.
- (13) WILBERO, "Commentaria super Canticum Canticatorum Salomonis" en MIGNE, op, cit., T. CXCIV, p. 1156.
- (14) Ibid., SAN IVO, "Decretos de clericis", T. CLXI, p. 486
- (15) Loc. cit.
- (16) Ibid., AELREDO, "Sermones. In natali sacti Benedecti", T. CXCIV, p. 243
- (17) SAN BERNARDO: "Sentencias" en Obras Completas Madrid, B.A. C. 1953. T. I. p. 11854
- (18) Ibid., "En el natalicio de San Benito Abad" T. I., p. 648
- (19) Ibid., "En el día de San Clemente, papa y martir", T.I., p. 825
- (20) Ibid., "En la fiesta de todos los santos" "I" T. I. pp. 763-64
- (21) Loc. cit.
- (22) Ibid. p. 768

- (23) Loc. cit.
- (24) Ibid., p. 767
- (25) Ibid. "De las tres órdenes de la Iglesia, Predicado a los Padres reunidos en capitulo" pp. 1015-16
- (26) Ibid. "De la propiedad de los dientes aplicadas a la profesión de la vida religiosa" p. 1131.
- (27) Ibid. "En los trabajos de la recolección, p. 1032
- (28) Ibid. " en los..." pp. 1030-31
- (29) Ibid., "En la fiesta de San Andrés, Apóstol I" p. 834
- (30) Ibid., "En los..." p. 1031
- (31) "En el natalicio..." p. 653
- (32) Ibid., "Sentencia" p. 1180
- (33) Ibid., "En el Tránsito de San Malaquías, obispo" p. 800
- (34) Ibid., "En la muerte de Dom Humberto" p. 848
- (35) Ibid., "En la fiesta de San Martín, obispo" pp. 820-21
- (36) Ibid., "Tres géneros de bienes" p. 942
- (37) Ibid., "De la propiedad..." p. 1130
- (38) Ibid., "De la Triple introducción: en el huerto, en la despensa, en el aposento"
- (39) LE GOFF, op. cit. pp. 351-52; Cf. también HONORIUS en MIGNE op. cit., T. CLXXII, p. 866.
- (40) JACCARD, op. cit., p. 135
- (41) LE GOFF, op. cit., p. 349
- (42) Ibid., pp. 349-50
- (43) Loc. cit
- (44) Ibid., p. 358
- (45) Ibid., p. 356
- (46) Ibid., p. 358
- (47) EADMERO, "Vida de San Anselmo" en SAN ANSELMO: Obras completas, Madrid, B.A.C., MCMLII, T. I., pp. 39-40.

- (48) PARIAS, op. cit., p. 84
- (49) BOISSONADE, op. cit., p. 193
- (50) Ibid., p. 194
- (51) DOHONDT, op. cit., p. 252
- (52) Ibid., p. 256
- (53) Loc. cit.
- (54) COHEN, Gustave: La vida literaria en la Edad Media. La literatura francesa del siglo IX al XV, Mexico, F. C.E., 1958, p. 138.
- (55) COHN, Norman: En pos del Milenio. Revolucionarios, milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media. Barcelona, Barral editores, 1972, pp. 95 y ss.

CAPITULO VIII

LA IDEA DEL TRABAJO Y LA SOCIEDAD FEUDAL

Hemos visto que el cristianismo pensó al trabajo como algo valioso y necesario. Así mismo, lo pensó en relación con la caridad, es decir, con el disfrute comunitario de los bienes de fortuna, o al menos de los productos que el trabajo humano obtenía de esos bienes. La realización de las condiciones mencionadas llevaban a alcanzar la pobreza, equilibrando su sentido espiritual con su sentido material.

Antes de convertirse en la religión más importante del Imperio romano, el cristianismo combatió la influencia de otras religiones de misterios que rivalizaban con él. Aparte de otros elementos que habilitaron a la religión cristiana para imponerse a las demás (1). Podemos afirmar que en los conceptos anotados en el párrafo anterior encontramos un factor poderoso que le permitió difundirse y fortificarse. En efecto, independientemente de los elementos que compartía con las otras religiones-como la vocación universal, ya esté ligada a su origen, ya haya sido obra de los judíos de la Diáspora y señaladamente de San Pablo-, el cristianismo se hacía atractivo a los trabajadores al reconocer la dignidad del trabajo; a los desposeídos, al predicar la caridad; y a todos aquellos que buscaban una vida espiritual más noble, y que constituyeron, a no dudarlo, una de las fuerzas principales del cristianismo, los atraía al postular la pobreza como la culminación de las otras dos actitudes, y como ideal cristiano.

Al propio tiempo, al equilibrar la huida del mundo - característica que era propia de todas estas religiones- con la obligación del trabajo manual, se abrió la posibilidad de un acuerdo con la sociedad secular, ya que no descartaba tan radicalmente las actividades productivas, indispensables para la supervivencia

de todo grupo humano. Al juntarse la idea espiritual y trascendente con la realidad cotidiana, se produjo naturalmente una transacción. El equilibrio logrado por los conceptos trabajo, aprovechamiento comunitario de los bienes y pobreza era frágil, inestable. Así, uno de los medios de transacción fue la distinción entre la pobreza espiritual y la pobreza real. El juego entre estos términos, que debían complementarse, permitió que la renuncia a los bienes terrenales no fuese tan completa. A ello se agrega que la propiedad comunitaria de la Iglesia fue privada de su sentido por la ambición de poder y riqueza de los eclesiásticos. Se disminuyó la fuerza del pensamiento cristiano sobre los problemas que nos ocupan. Pero, en cambio, se dieron a la Iglesia posibilidades reales de sobrevivir y de expandirse y de ejercer su dominio sobre la sociedad.

De todas formas, estos compromisos deterioraron la imagen de la Iglesia y el entusiasmo de los adeptos más radicales. Contra esto, la Iglesia contó con la ayuda efficacísima y poderosa del movimiento monacal. Al resguardo de los monasterios, las almas deseosas de una vida cristiana íntegra, sin compromisos, encontraban la posibilidad de manifestarse, y guardaban para la Iglesia la ganancia de su gran prestigio. En su marco limitado, pudieron trabajar para obtener su sustento y para dar a los otros, pudieron disponer de los bienes comunmente, y pudieron practicar la pobreza.

En los "años oscuros", el papel de los monasterios fue muy importante y positivo, no sólo en el plano espiritual, sino en el económico. A la par que mantenían vivo en la sociedad el espíritu de trabajo, pobreza, bienes comunitarios, vivificaban la actividad económica, organizaban la propiedad y la producción (2). Se trató de ordenar a la sociedad conforme a estos preceptos, de manera que fuera de los monasterios se reprodujera la vida monacal. Se consideraba a los campesinos dependientes como participantes de la propiedad señorial, entre señores y siervos debían darse relaciones de servicio mutuo, la labor de los segundos era la condición del alimento de los primeros.

La idea de la caridad fraterna desembocó así en un justificante de la explotación del campesino. Sin embargo, esta conclusión no es tanto fruto del desarrollo propio del pensamiento cristiano, sino que su aparición es por el contrario la influencia de las condiciones concretas de la sociedad de aquel tiempo. En efecto, cuando los cristianos como San Pablo, reflexionen sobre los diversos estados de los hombres, éstos se les aparecen como naturalmente dados, y más tarde como divinamente queridos; no existiendo teoría económica, no había ninguna razón para que los pensaran como expresión de una sociedad particular, y por lo tanto para que quisieran transformarlos; la separación no podía ser vista como un mal en sí misma. Se observaban sus desarreglos, y entonces se ocupaban de componerla. La base de este arreglo era un imperativo moral que quedaba en principio a la conciencia de la persona; sólo mucho después dió origen a una reglamentación. Los distintos oficios deben ayudarse; las diferentes funciones deben complementarse fraternalmente.

Naturalmente, ésto era el precepto, la realidad, como se ha visto, era otra cosa.

Los monasterios - hablamos de los monasterios porque serían los que más conocieran estas cuestiones, y los más obligados a cumplirlas- se enriquecen desmesuradamente. La concepción original del cristianismo, entiéndase sobre los asuntos que aquí interesan, se olvida por la ignorancia del clero y por su misma riqueza; para entonces las ideas sobre el trabajo habían perdido mucho de su valor original, y se acentúa en ellas la noción de que es una acción para elegir los malos pensamientos, en gran parte por la influencia de la inclinación contemplativa. Logicamente, el balance que debía existir en los conceptos se pierde, y con ello disminuye su capacidad para influir en su medio social. Así y todo, su influjo se dejó sentir en dos direcciones opuestas; suavizando las duras condiciones del trabajador y, por lo menos, manteniendo la dignidad

de un oficio, aunque el labrador siguiera resintiéndose más que otros grupos lo brutal de las condiciones de vida generales a su sociedad; y ligando al campesino a su labor para que cumpliera su función, es decir, dar de comer al caballero que defendía la comunidad, y al clérigo que oraba por ella.

Si bien la separación de funciones, en cuanto reflejo de una realidad, se incorpora a la problemática del cristianismo, desde muy temprano, su forma concreta en clérigos, guerreros y campesinos nace de las condiciones específicas de la sociedad medieval. Y la elaboración teórica sólo viene a acomodarse a esta realidad. Pero, al hacerlo, le da impulsos propios.

Contribuye a la condenación de la idea de lucro. No hacía falta producir más de lo necesario para vivir (lo que por otra parte, como hemos visto, era difícil en una sociedad tan pobre). Cuando en la Edad Media se piensa en aumentar la producción, no se hace desde luego con vistas a invertir más, sino para aquello que era símbolo de la vida señorial, como el acrecentamiento del número de los hombres fieles que podía sostener, que era una forma de distribuir la riqueza, y dar limosna a los pobres (3).

San Anselmo, por boca de su biógrafo Eadmero, pensaba que "el Padre común de los hombres había creado las riquezas del mundo para utilidad de todos, y que, según la ley natural, no pertenecían más a uno que a otro" (4). En principio, pues, todos los hombres tenían derecho a la utilización de esos bienes, pero debía cada quien cumplir con su función para recibirlos. Si esto no ocurría, la armonía social se perturbaba. Por eso, también la preocupación por volver monjes a todos los hombres, como se manifiesta, por ejemplo, en la herejía joaquimita, porque la mejor manera de disfrutar de estos bienes es, el trabajo, y para distribuirlos la caridad y la pobreza. Son dos líneas del mismo pensamiento, que sería conveniente investigar.

Este tipo de mentalidad se extendió por amplias capas sociales, y, fue muy influyente. Por eso, fue manejada por los diversos grupos sociales conforme a sus propios intereses.

Los clérigos, que habían creado la idea de la sociedad tripartita, asignando a cada quien su trabajo, la emplearon para dominar a los guerreros; los guerreros y los clérigos, para mantener sometidos a los campesinos; los campesinos para defenderse de sus opresores. En una palabra, era parte integrante de una visión del mundo, conforme a la cual, los hombres pensaban sus problemas y trataban de resolverlos.

Para los clérigos, fue un arma con que defenderse de la ingerencia de los señores feudales en la Iglesia. Se inscribe dentro del esfuerzo que diera también origen a la reforma gregoriana. Pero desde luego, no se limitó a poner una barrera a esa intervención de los laicos. Pronto se transforma en una tendencia a someterlos a su autoridad y guía. Resultado de esta intervención es también la Cruzada, en que la Iglesia señala a los guerreros en fin al cual dirigir sus esfuerzos. El poderío aislado de los señores no se hallaba en posibilidad de enfrentar eficazmente a la Iglesia. Ésta, pese a las fracturas internas, formaba una unidad, que se iría estrechando, poseía una riqueza territorial enorme, y un influjo espiritual incontrastable. Por eso, desde el siglo XII, la visión religiosa aparece como triunfadora sobre la guerrera (5). En el esquema que crean los clérigos, el papel que se asignan es el más sobresaliente, realizan la parte culminante del trabajo social; los campesinos labran la tierra para que ellos puedan orar, los guerreros los defienden con el mismo fin; a ellos toca orar por todos, para llevarlos a la vida eterna. Cualesquiera significados de labo rare, están subordinados a la opera Dei.

En cuando a los señores laicos, ya hemos visto como la necesidad misma orilló a los campesinos a ponerse bajo su protección. A cambio de ello les entregaban una parte de su trabajo. Cuando la protección de los guerreros se torna más ficticia que real, el peso de las ideas será muy importante para continuar la relación de dependencia. Sobre todo porque para esta época ya se habían originado costumbres conforme a las cuales se -- reglamentaban las relaciones, y en las que se encontraba cierta

protección. "Las relaciones sociales dentro de los pueblos estaban reguladas por normas que, aunque variaban de pueblo a pueblo, eran sancionadas por la tradición, siendo siempre consideradas como inviolables. Y ésto se aplicaba no sólo en cuanto a las relaciones de los habitantes del pueblo, sino también en las relaciones entre cada campesino y su señor. En el curso de largas disputas cada feudo había desarrollado sus propias leyes que, una vez establecidas por el uso, prescribían los derechos y obligaciones de cada individuo. El mismo señor estaba sujeto a esta "costumbre del feudo", y los campesinos acostumbraban vigilar que de hecho se cumpliera. Los campesinos solían estar muy resueltos a defenderla -y a veces ampliarla- y sus derechos tradicionales eran defendidos porque la población era escasa y había mucha demanda de trabajadores de la tierra; ésto les daba una ventaja que en cierta medida contrapesaba la concentración de la tierra y la fuerza armada en manos de sus señores. Como consecuencia de ésto el régimen feudal no fué un sistema de explotación incontrolada del trabajo." (6).

También es conveniente recordar que el poco rendimiento del trabajo mantenía a los campesinos ligados a su señor, quien en los momentos difíciles podía ayudarles con grano, alimentos, animales, etc. Lo que no dejaba de ser una suerte de protección.

Pero todas estas ideas que hemos examinado trabajaron así mismo en otro sentido. Fueron un medio de crítica social. La diferencia entre la realidad y el ideal, del que estaban bien compenetrada la mentalidad de los trabajadores, era demasiado evidente para no ser notada. La propiedad comunitaria quedaba desmentida por el uso que hacía la Iglesia de sus tierras, como un medio de poder, que era manejado por los prelados como un beneficio personal. Las grandes órdenes monásticas se enriquecieron desmesuradamente, muy a menudo muchos de ellos dejaban de cumplir en forma estricta con las reglas. La propiedad laica por su parte, iba dejando de prestar a los campesinos los servicios que, bien o mal, les había proporcionado hasta entonces.

El trabajo manual irá siendo abandonado frecuentemente, sobrecargándose en los campesinos todo el peso de esta obligación.

Durante los siglos IX a XIII, es decir, desde la aparición de la organización feudal a su época de madurez, y el inicio de su resquebrajamiento, los campesinos no parecían haber encontrado excesivamente agobiante el régimen dominical en cuanto tal. Ciertamente la vida era de una gran dureza, pero no a causa del régimen señorial propiamente. A partir del siglo XI, y principalmente en los dos siguientes, las condiciones fueron incluso más favorables. Las nuevas formas de economía que se introdujeron llevaron consigo cambios en lo político y en lo social, que se han estudiado en otros capítulos. La mentalidad medieval -por más que no fuera una sola- se enfrenta a la aparición perturbadora de fenómenos desconocidos: La vida urbana, con sus grupos humanos característicos; intercambios más abundantes y bajo formas nuevas; un crecimiento extraordinario de la población, ensanchamiento de los horizontes geográficos y espirituales, etc.

¿Cómo repercuten estas alteraciones en los trabajadores? Destacaremos en este momento dos vertientes. El surgimiento de una gran población trabajadora en las ciudades, y la ruptura de las formas tradicionales de la vida agrícola. Cuando la propiedad señorial resulta capaz de producir lo suficiente para entablar relaciones comerciales más estables, comienza a transformarse, como se ha visto, la relación con los campesinos que de ella son dependientes. La liga personal va perdiéndose. El señor se va convirtiendo en patrón, atento únicamente a los beneficios, el siervo pasa a ser un asalariado, sujeto a un contrato y no a una dependencia paternal. El esquema teórico se ha roto. La realidad ya no cabe dentro de él. A esto contribuyó la creciente diferenciación entre los labradores y los braceros, y también la presión ejercida sobre las clases altas, las que, defendiendo su posición preminente recurren a una visión despectiva del campesino.

Lo que se reflejará en toda la literatura caballeresca.

Anteriormente, "La trama de las relaciones sociales en las que nacía un campesino era tan fuerte y se daba tan de por hecho que excluía cualquier posible cambio radical. Mientras esta trma permaneció intacta los campesinos disfrutaban no sólo de una cierta seguridad material sino también -y ésto es incluso más importante- de un cierto sentido de seguridad, una certeza que no podía ser destruída ni por la continua pobreza ni por el peligro ocasional" (7). Pero cuando, como se decía arriba, esta situación cambia, los campesinos tienen reacciones diversas. Buscan el "milenio", se dan al bandolerismo, parten a la Cruzada, se rebelan violentamente, etc.

La persecución del ideal milenarista aparece precisamente en las masas de campesinos desplazados de sus comunidades, y se entrelaza con las aspiraciones a una mayor justicia en la sociedad. Como un ejemplo tenemos el célebre movimiento de los "pas-torcillos" en Francia, en 1231. Aunque nacido entre los pastores, pronto se le unieron muchos hombres de todos los géneros, mendigos, proscritos, bandoleros, monjes apóstatas, prostitutas, etc. Su cabeza fue el celebre "maestro de Hungría", un monje renegado. Este aseguraba haber recibido una carta de manos de la Virgen María, en ella se ordenaba a los pastores rescatar a San Luis, pues Dios estaba irritado contra los caballeros franceses por su soberbia y ostentación, por lo que no eran dignos de la empresa. Aunque esta cruzada popular no llegó a efectuarse, esta multitud se dedi-có a maltratar a los caballeros y sobre todo a los clérigos, enri-quecidos e inobservantes de las reglas. Este movimiento se con-vertió en un peligro de gran magnitud, que tuvo que ser vencido por la fuerza de las armas. En 1330 se dará una rebelión similar, también originada entre los pastores, y también con el ánimo de que los pobres lucharan por rescatar los Santos Lugares. Esta conmoción "mientras duró parecía amenazar, más que cualquiera de las anteriores, la total estructura de la sociedad" (8). Estos levantamientos pretendía muchas veces volver a su orden a la so-ciedad. Algunos llegaron a tener una convicción muy clara de

que la desigualdad social era injusta, como en la rebelión campesina inglesa de 1381, cuyo dirigente más importante fue John Ball, a quien se atribuyen esas palabras: "Cuando Adán cavaba, y Eva hilaba ¿Quién era caballero?", y este fragmento de un discurso: "Y si todos nosotros descendemos de un padre y de una madre, Adán y Eva, ¿cómo pueden los señores decir o probar que ellos son más señores que nosotros, salvo que ellos nos hacen cavar y cultivar el campo para que puedan despilfarrar lo que producimos? Ellos visten terciopelo y seda, forrados de piel de ardilla, mientras nosotros nos cubrimos con pobres telas. Ellos tienen vinos, especias y blanco pan, mientras nosotros sólo tenemos centeno, salvado y paja, y solamente agua para beber. Ellos tienen hermosas residencias y castillos, mientras que nosotros tenemos afanes y trabajo, siempre en los campos bajo la lluvia y la nieve. Pero proviene de nosotros y de nuestro trabajo todo aquello con lo que mantienen su pompa y boato" (9). La ideología religiosa, en sus formas ortodoxas o heréticas, sirvió de vehículo de expresión a la inconformidad social. Otros movimientos reclamaban directamente a los clérigos y a los guerreros el incumplimiento de sus papeles sociales. "Algunas veces, escribía Cristina de Pisa, se defecan murmuraciones entre los tres estados ... porque parece a los unos que los otros no hacen bien su trabajo en sus oficios" (10). Este punto de vista parece haber sido importante en la famosa Jaquerie, en Francia. Muchas otras rebeliones tenían por objeto defender el uso comunal de bosques y pastos, que ahora los señores escamoteaban a los campesinos, de ahí el subido tono de algunas expresiones que marcaban una tendencia a la propiedad común. No pretendían, en realidad, sino volver a una situación anterior que había conocido una combinación de propiedad individual y propiedad colectiva.

En el medio urbano ocurrían fenómenos similares. Su proletariado estaba constituido por campesinos desplazados, muchas veces en condiciones de una gran inseguridad pues el trabajo era inestable, sujeto a la arbitrariedad de los patricios y a los vaivenes del comercio internacional. Ya completamente fuera de

la comunidad aldeana y de su solidaridad protectora, con su reglamentación conocida; privados además de los auxilios que la sociedad rural daba a los campesinos en los momentos difíciles. Formaban un conglomerado revoltoso, paupérrimo, brutal y, ocasionalmente, peligroso. Teóricamente, su actividad tardó en ser reconocida, y por ello en parte tardaron en aparecer instituciones y medidas de protección. Su insatisfacción también tomó diferentes causas; muy a menudo se tradujo en revueltas en las que se entremezclaban las preocupaciones misionaristas y las aspiraciones a una Sociedad Justa con los conflictos políticos del momento; todas estas revueltas no fueron ajenas a la crisis de las ciudades en el siglo XIV.

En estas fechas comienzan a menudear las expresiones sobre las penalidades de los artesanos, tarea que antes se había concentrado en los trabajadores del campo, cuando sólo raramente aparecían manifestaciones como el siguiente poema del poeta cotesano Cristián de Troyes:

Siempre paños de seda tejeremos
y no estaremos más vestidas,
siempre estaremos pobres y desnudas
y siempre sed y hambre tendremos;
jamás tanto ganar sabremos
que más tengamos que comer.
El pan tendremos sin variar
por la mañana poco y por la noche menos:
por el obrar de nuestras manos
nadie tendrá para el sustento
más que cuatro denarios de una libra
y con eso no podemos
tener bastante carne y paños;
pues la que en su semana saca
veinte centavos no está fuera de apuro.
Sabedlo pues bien todas
que no hay entre nosotras una

que gane más de veinte céntimos.
¡Por ésto un duque serfa rico !
y nosotros pasamos gran miseria
mientras que con nuestros salarios se enriquece
aquel por el que trabajamos.
Buena parte de las noches velamos
y todo el día para ganarlo; nos amenazan con moler
los miembros, cuando reposamos:
así reposar no osamos. "

Pero en estos comentarios que no provenían de los trabajado-
res, no se muestran soluciones; pues en su opinión no las había.
Cuando llegan a proponerse soluciones, muchas veces, éstas sí,
provenientes de los medios humildes, son de tipo anarquista,
desconociendo toda autoridad, y preconizando la destrucción de
todos los ricos, que son considerados como "inucos o herederos
de un inucio" haciéndose eco de la frase de San Jerónimo. Aquí
ya no hay confusión entre el sentido espiritual y el real de
la pobreza.

En resumen, se puede decir que el intento por organizar
la sociedad conforme a los principios del trabajo manual y la
caridad fraterna, es decir, una sociedad "pobre", fracasó, pero
ello no quiere significar que tal empresa no hay dejado honda
huella en la sociedad medieval, que no haya actuado sobre ella.
A la desintegración de la organización feudal, corresponde la
transformación del pensamiento. El ideal social sobre el tra-
bajo ya no se expresará diciendo "Hay que trabajar para ser
pobre", sino que se dirá "Hay que trabajar para ser rico",
viendo a la riqueza como un símbolo de la elección divina, pero
ésto cae ya fuera de este estudio. Aquí sólo se ha querido
mostrar como, conforme a ciertas condiciones históricas y a
ciertas formas de pensamiento, los hombres de la Edad Media,
hasta que se inicia la descomposición de la feudalidad, obtu-
vieron su pan de cada día, y que valor asignaron a su esfuerzo.

NOTAS

- (1) GUIGNEBERT, op, cit., pp. 186-87.
- (2) LATOUCHE, op, cit., pp. 51 y 75 y ss.
- (3) LE GOFF, op, cit., pp. 313 y ss.; y DUBY, op, cit., pp. 54 y ss.
- (4) EADMERO en SAN ANSELMO, op, ct., p. 24.
- (5) LE GOFF, op, cit., p. 353.
- (6) COHN, op, cit., pp. 57-58.
- (7) Ibid., p. 58.
- (8) Ibid. p. 111
- (9) Ibid., p. 216
- (10) LEWIS, P.S. : Later Medieval France, London, Macmillan, 1968, p. 284.
- (11) COHEN, op, cit., pp. 73-74.

INDICE

	Páginas.
Prólogo	I-III.
Una sociedad rural.	1-7
Notas.	8
Señorío y Feudalidad.	9-20
Notas.	21-22
El trabajo de la tierra.	23-37.
Notas.	38-39.
La segunda edad feudal.	40-59.
Notas.	60-61.
El trabajo artesanal.	62-71.
Notas.	72.
"Que el que no trabaje no coma".	73-88.
Notas.	89-90.
"Ora et labora".	91-112.
Notas.	113-115.
La idea del trabajo y la sociedad feudal.	116-126.
Notas.	127.